# Guillaume Musso

## ANGÉLIQUE

AdN

# Guillaume Musso

# ANGÉLIQUE

Traducido del francés por Amaya García Gallego

AdN Alianza de Novelas

*Para Nathan y Flora*

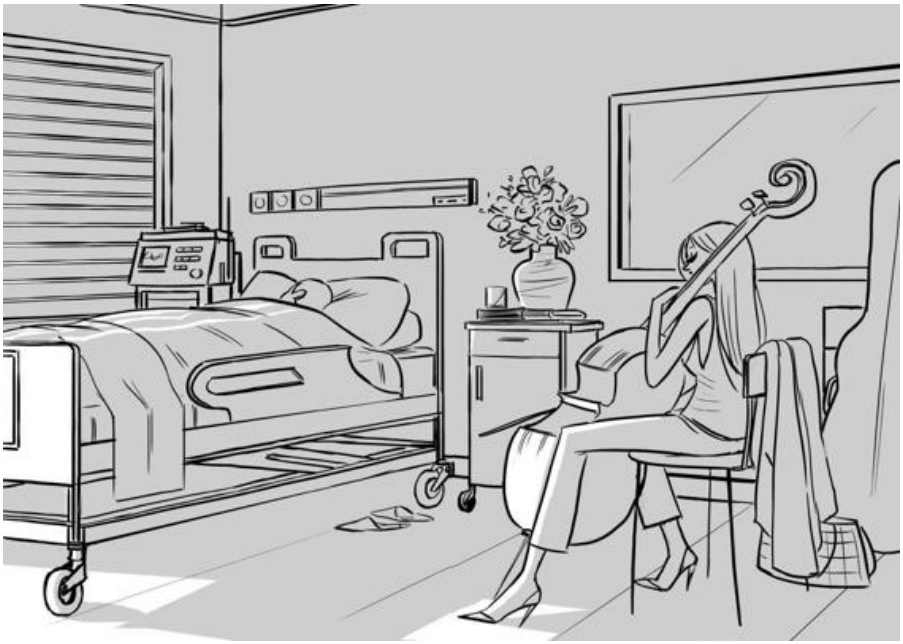
*Tengo curiosidad por las insatisfacciones del alma, esa porción nunca satisfecha del hombre, que podría ser algo distinto, no necesariamente mejor, pero algo distinto.*

Patricia HIGHSMITH

*Busco un estilo no solo neutro, sino un estilo que encaje con lo que piensa mi personaje en ese momento. El estilo debe ir siguiéndolo todo el rato, cambiar a medida que mi protagonista piensa.*

Georges SIMENON

# I
# Louise Collange



# 1
# La joven del violonchelo

*Solo nos encontramos chocándonos [...].*

Gustave FLAUBERT

**1.**

*París.*

*Hospital Pompidou.*

*Lunes, 27 de diciembre.*

Una brecha de luz en un cielo atormentado. Esa era la imagen que la música generaba en su cabeza. El largo fraseo del violonchelo dibujaba ondulaciones hipnóticas que invitaban a soltar lastre. En estado de semiinconsciencia, Mathias notó que la respiración se le alteraba para adaptarse al ritmo de la melodía. Dejándose llevar por las notas, se entregó a ese viaje interior que le producía un sosiego que hacía tiempo que no experimentaba. Iban aflorando destellos y sensaciones. El azul del Mediterráneo, los cuerpos lánguidos sobre la arena, los besos en los labios salados.

Pero se trataba de una dicha precaria. No muy lejos, se estaba fraguando un tormenta. Se entrelazaban sentimientos discordantes, una simbiosis contradictoria entre despreocupación y gravedad. De pronto, la armonía se quebró como si el arco hubiese derrapado sobre las cuerdas, aniquilando así cualquier esperanza de voluptuosidad.

Mathias Taillefer abrió los ojos.

Estaba tumbado en una cama de hospital, vestido con uno de esos espantosos camisones de algodón desvaído que dejan el culo al aire. Del catéter que tenía clavado en el brazo salían los tubos de dos goteros mientras que a su izquierda un monitor trazaba los agitados latidos de su corazón. En la cama de al lado, su compañero de cuarto, de edad canónica, no había asomado en todo el día y tenía la desagradable impresión de que lo habían ingresado en cuidados paliativos más que en el servicio de cardiología. El *staccato* deprimente de la lluvia había sustituido a la voz cálida y vibrante del violonchelo. En lugar del Mediterráneo, la grisalla parisina lo oscurecía todo. Por un momento, la música de sus sueños lo había

transportado lejos del hospital, pero había sido una escapada muy breve.

«Qué vida más perra.»

Mathias se colocó la almohada con dificultad para incorporarse a medias. Y fue entonces cuando la vio, sumida a medias en la sombra: la silueta de una joven, sentada muy tiesa en una silla, con el violonchelo entre las piernas. Así pues, la música había existido fuera de su cabeza.

—¿Quién eres tú? —pronunció con voz pastosa.

—Me llamo Louise. Louise Collange.

La voz juvenil delataba el final de la adolescencia, pero no parecía ni pizca de intimidada.

—Y… ¿qué pintas en mi habitación, Louise Collange? ¿Te crees que es el lugar más indicado para ensayar el concierto del insti?

—Soy voluntaria de la asociación Un músico en el hospital —contestó ella.

Mathias entornó los ojos para verla mejor mientras se acercaba a él. Rostro ovalado que enmarcaba una melena lacia y rubia, hoyuelo en la barbilla, jersey con cuello bebé, falda trapecio de pana y botines de piel. Una antorcha que iluminaba las sombras en el sopor del hospital.

—¿No le ha gustado?

—¿Eso de Schubert que has tocado? No, ha sido como un dolor de muelas… que encima me ha dejado mal sabor de boca.

—No se pase.

—… y me ha despertado.

Louise, ofendida, se encogió de hombros.

—A la gente suele gustarle.

—¿A los pacientes ingresados les gusta que entren en su habitación para jorobarlos?

—Es lo que se llama «contraestimulación sensorial» —explicó la joven arrastrando la silla de escay rojo a su lado antes de sentarse—. La música sirve para encender un cortafuegos que hace que el enfermo sienta menos el dolor.

—Menuda chorrada —resopló él meneando la cabeza—. ¿Te crees que eres médico? ¿Dónde has leído eso?

—Pues precisamente en los manuales de medicina. Estoy en segundo de carrera.

—Pero ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete. Me he saltado dos cursos.

Si se pensaba que iba a impresionarlo con eso… Taillefer ni se inmutó. Los cromados de la barra de sujeción de la cama le devolvían fragmentos móviles de su rostro cansado: pelo hirsuto, sienes canosas,

barba de una semana y mirada azul marino con un velo de hastío.

—Bueno, y ahora que has acabado con el recital, ya puedes dejarnos, Louise.

Con un ademán de la barbilla, señaló la cama que tenía al lado:

—No creo que esa música tuya sirva de mucho para sacar del formol a Papy Brossard.

—Lo que usted diga.

Mientras la joven volvía a meter su instrumento en el estuche, Taillefer se frotó los párpados, agotado. Había ingresado en el hospital la víspera, después de un fallo cardíaco sin gravedad aparente pero que exigía una auténtica batería de pruebas dados sus antecedentes médicos y su condición de trasplantado. Si los resultados de los análisis eran satisfactorios, quizá pudiera aspirar a que le dieran el alta al día siguiente. Hasta entonces, tenía que seguir viviendo durante unas horas en esa habitación siniestra en la que podía presentir la muerte.

No dejaba de pensar en su perro, que se había quedado solo en casa, y en el asco de tiempo que padecía París en ese final de año: semanas de lluvia y cielo encapotado, y el horizonte cubierto desde hacía tanto tiempo que daba la sensación de que la primavera no volvería nunca. Y ahora, la cría esa empeñada en no irse…

—¿Sigues aquí? —rezongó.

—¡Un momento, que estoy guardando las partituras!

—¿No tienes nada mejor que hacer que dártelas de Jacqueline du Pré en los hospitales?

Louise se encogió de hombros.

—¿Quién es Jacqueline du Pré?

—Búscalo. En serio, sal de este lugar siniestro y vete a hacer cosas de tu edad.

—Y según usted, ¿qué son «cosas de mi edad»?

—Qué sé yo: salir con las amigas, tontear con los chicos, emborracharte…

—Qué inspirador.

Taillefer endureció el tono:

—Bueno, y ahora, ¡largo, fuera de aquí! Vuélvete a casa si no tienes ni novios ni amigas.

—Pues sí que es usted borde.

—¡Pero si eres tú la que ha venido a tocarme las narices! —dijo él enfadado y subiendo la voz.

Le sonaron las tripas con un prolongado gruñido. Se puso la mano en el estómago con una mueca.

—Y encima estoy muerto de hambre. Hombre, si de verdad quieres

hacer algo útil, intenta encontrarme algo para picotear antes de irte.

—Se lo pediré a las enfermeras.

—¡No, no, ni se te ocurra! No quiero que me den compota vomitiva de esa. En el vestíbulo del hospital hay un café, el Relais H. Píllame un bocadillo de jamón con mantequilla, o de pan polar con salmón.

—¿Y qué tal una cerveza, ya de paso? La sal es mala para el corazón.

—Haz lo que te pido, por favor. Me gustará mucho más que oírte mancillar a Schubert.

Tras un titubeo, Louise peguntó:

—¿Me vigila el chelo?

Él asintió con la cabeza.

—Descuida.

**2.**

Cuando se hubo quedado solo con Papy Brossard, Taillefer miró el reloj de pulsera: aún no eran ni las cuatro de la tarde y ya casi había anochecido. Se puso la mano a la altura de la extensa cicatriz que le dividía el tórax en dos. Llevaba cinco años y medio viviendo con el corazón de otro. El costurón se había ido atenuando con el tiempo, en la misma medida en que crecía el temor de que cualquier día el corazón de repuesto lo dejara tirado. Cerró los ojos. El día anterior, cerca de las colmenas del parque Montsouris, pensó muy en serio que le había llegado la hora. Había notado de pronto una intensa quemazón en el pecho y, luego, como si le comprimieran el corazón con un cepo. El dolor se le extendió hasta la mandíbula y le hizo trastabillar, con náuseas y sin aliento, como si acabara de correr una carrera de medio fondo.

Cuando recobró el sentido, ya estaba en la ambulancia que lo conducía al hospital Pompidou. Aunque las pruebas y reconocimientos iniciales habían dado resultados bastante tranquilizadores, seguía con el miedo en el cuerpo. El hospital lo paralizaba. El ambiente siniestro, la comida asquerosa, la infantilización de los pacientes, la pistola de plasticucho en la que tenías que mear, el elevado riesgo de contraer una infección nosocomial… No podía quitarse de la cabeza la convicción visceral de que a veces se ingresaba por una nimiedad y se salía con los pies por delante.

—¡A merendar!

Taillefer se despabiló. Louise Collange meneaba ante sí una bolsa de papel.

—Le he cogido unas verduritas, que son más sanas —anunció mientras sacaba una tarrina de ensalada.

Taillefer saltó como un resorte.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Por qué lo has hecho? Te había pedido salmón o…

—Tranquilo, que la verdura es para mí. ¡Aquí tiene su bocadillo!

Él le lanzó una mirada sombría —maldita la gracia que le hacían ese tipo de bromas— y desenvolvió el tentempié refunfuñando.

—No te sientas, ni mucho menos, en la obligación de hacerme compañía —advirtió a la joven cuando esta se acomodó a su lado, en la silla.

—¿Es cierto que es usted poli?

Taillefer frunció el entrecejo. Iba a ser un día muy largo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Oí a las enfermeras comentarlo. Dicen que trabajaba en la Criminal.

Taillefer meneó la cabeza.

—Eso fue en otra vida. Hace cinco años que dejé la policía.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y siete.

—Es muy joven para jubilarse.

—Así es la vida —contestó él dando un mordisco al pan polar.

Ella insistió:

—¿Qué le pasó? ¿Fue por sus problemas de corazón?

—No es asunto tuyo ni por asomo.

—Y ahora, ¿a qué se dedica?

—A oír lo que dices —suspiró él—. A aguantar tu interrogatorio mientras me pregunto qué habré hecho yo para merecer esto.

—Qué difícil es tratar con usted.

—Tienes toda la razón.

Taillefer se terminó el bocadillo en silencio antes de ponerse más firme.

—Mira, Louise, seguro que eres una joven brillantísima, pero no me gusta que me toquen las narices. Seguro que en este pasillo hay gente a quien le interesa tu labor de voluntariado. Pero a mí, tu vida, tus estados de ánimos y todo lo que me cuentes me la refanfinflan. Y, a pesar de las apariencias, no soy un tío majo. Así que te voy a pedir educadamente y por última vez que te vayas de mi habitación o si no…

—Si no ¿qué? —interrumpió ella—. ¿Va a llamar a una enfermera?

—Si no, me voy a levantar y yo mismo te echaré a patadas —contestó él con calma—. ¿Te queda claro?

—Si está mano sobre mano, puede que tenga un trabajo para usted.

—¡No necesito trabajo! —gritó él—. ¡Necesito descansar!

—Puedo pagarle. Tengo dinero, ¿sabe?

Atónito por tanto aplomo, Taillefer tuvo un instante de desaliento. La chica se estaba poniendo más plasta y machacona que François Pignon en femenino. Una tocapelotas de la que no iba a tener más remedio que librarse *manu militari*.

—Me gustaría que investigase la muerte de mi madre.

—Eso es otra cosa…

—Murió hace tres meses.

—Lo siento por ti.

Louise asintió con la cabeza y Taillefer se vio en la obligación de seguir:

—¿De qué murió?

—Según la policía, por un accidente.

—¿Y según tú?

—Creo que la asesinaron.

En ese momento, una enfermera empujó la puerta de la habitación para hacer la ronda de control. Comprobó los goteros, las constantes en el monitor y la saturación en el oxímetro mientras charlaba con desgana. Taillefer dudó si aprovechar la ocasión para pedir que lo libraran de la pesada, pero al final no dijo nada. En cuanto la sanitaria hubo desaparecido, Louise retomó la palabra:

—Me gustaría que le echase un vistazo al expediente, que hiciera algunas llamadas, que…

—Pero ¿a qué expediente te refieres?

—Empiece por leer los artículos de prensa sobre su muerte. Busque usted su nombre en internet.

—De ninguna manera.

—Solo le llevará un par de horas. Y a cambio me puede pedir lo que sea.

En los ojos de la joven brillaba un resplandor de inteligencia. Una luz viva e inquieta.

—¿Lo que sea? ¿En serio?

De pronto, se le ocurrió una idea que tenía la ventaja de aliviar la preocupación que lo estaba atormentando desde que lo habían ingresado en el hospital.

—¿Irías a mi casa a darle de comer al perro?

—¿Y a cambio usted retoma la investigación sobre mi madre?

—No, no. A cambio dedico dos horas a leer artículos de prensa sobre la muerte de tu madre, que no es lo mismo.

—Trato hecho. ¿De qué raza es su perro?

—Un pastor alemán. Se llama Titus.

—¿Es bueno?

—Qué va, y no le gustan nada las tocapelotas, así que no te fíes.

Taillefer le dio a Louise las llaves, el código de la alarma y su dirección, en la calle Square de Montsouris.

—Entonces, estamos de acuerdo: entras, das de comer a Titus y te vas sin más y sin tocar nada en la casa.

—Estamos de acuerdo —asintió ella—. ¿Cómo hacemos para hablar de lo mío?

—Déjame tu número y me pondré en contacto contigo. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—Petrenko. Stella Petrenko, bailarina *étoile* de la Ópera de París.

# 2
# La caída de Stella Petrenko

*Cuando una persona busca algo desesperadamente, no lo encuentra. Y cuando alguien lo rehúye, ese algo le llega de manera espontánea.*

Haruki MURAKAMI

**1.**

*Siete de la tarde.*

Tumbado en la cama del hospital, Mathias Taillefer conectó el portátil al móvil. La conexión iba a pedales, pero era mejor que nada. En los auriculares, la guitarra familiar de Pat Metheny. A través de la ventana, la noche parisina: oscura, lluviosa y desesperanzada. Taillefer tecleó para buscar información sobre la madre de Louise. Si bien el nombre de Stella Petrenko no le resultaba desconocido, habría sido incapaz de ponerle cara. En cuanto al comunicado de su muerte, se le había pasado por completo.

Descargó una docena de artículos de los principales periódicos nacionales y los leyó por encima en orden cronológico para hacerse un retrato bastante completo de la bailarina *étoile*.

Con su metro setenta y dos de estatura, sus piernas de saltamontes y su largo cuello de cisne, Stella Petrenko había sido una de las grandes figuras francesas de la danza clásica en las décadas de 1990 y 2000. Había nacido en Marsella en 1969 en el seno de una familia humilde originaria de Leópolis, en Ucrania, y a los doce años se trasladó a la capital para ingresar en la escuela de danza del Palais Garnier. Petrenko, producto de la más pura excelencia de la Ópera de París, va subiendo de grado con determinación. A los diecisiete entra en el cuerpo de baile y sigue ascendiendo en los años posteriores: *quadrille, coryphée, sujet*. A los veintidós es *première danseuse* en el doble papel de Odette y Odile en *El lago de los cisnes*. Pero ese mismo año, la atropella un motorista en pleno centro de París. El accidente exige una operación y una larga rehabilitación que le obligan a dejar su carrera en suspenso. Stella seguirá el resto de su vida con la espalda

y la rodilla frágiles. Pero a pesar de ese revés de fortuna, pelea para regresar al nivel más alto y a fuerza de tenacidad logra pisar de nuevo el escenario. Finalmente alcanza la categoría de *étoile* bastante tarde, a la edad de treinta años.

Petrenko había trabajado con los mayores coreógrafos del momento —Maurice Béjart, William Forsythe, Pina Bausch— y había ofrecido interpretaciones memorables de *La consagración de la primavera* y del *Bolero* de Ravel. Había aparecido en elegantes anuncios de Repetto, Hermès y AcquaAlta, pero las reiteradas lesiones le habían estropeado el final de su carrera: la espalda, una vez más, y los ligamentos de la rodilla. Al cumplir los cuarenta y dos, la edad de jubilación obligatoria de las bailarinas *étoiles,* tuvo que retirarse de los escenarios muy a su pesar.

En 2004 tuvo una hija con Laurent Collange, su compañero de entonces, primer violín de la Orquesta Filarmónica de Radio France.

Taillefer se quitó los auriculares y abrió una lata de Coca-Cola Zero que un auxiliar de enfermería con pocos escrúpulos había salido a comprarle a cambio de un billete de diez euros. En YouTube reprodujo un fragmento de *Romeo y Julieta* de Prokofiev con Stella en el papel protagonista. Su interpretación lo conmovió.

Stella Petrenko no tenía nada que ver con la típica estampa de bailarina filiforme con cara de porcelana. No saltaba a la vista que era de origen ucraniano. A primera vista, su físico carecía de auténtica gracilidad. Era de complexión musculosa, tenía las piernas demasiado largas, esculpidas por las ocho horas diarias de entrenamiento, y los brazos de apariencia huesuda. Esa singularidad también se advertía en el anguloso rostro. Mejillas chupadas, ojos desmesuradamente grandes y atormentados, y pelo de ébano, a menudo con un mechón que se escapaba del moño tirante.

Pero cuando empezaba a moverse, se obraba la magia. Por efecto de una extraña alquimia, en el escenario, Petrenko no era sino gracia y feminidad. Ese peculiar encanto, ese halo cautivador descolocaron a Taillefer, pantalla mediante. Como el efluvio de un armañac añejo.

El poli concluyó la búsqueda en la galería de imágenes de una página web dedicada a la ópera que trazaba la carrera de la bailarina. A medida que leía los artículos, se iba enterando de muchísimas cosas y, aun sin haberla conocido, la madre de Louise le caía bien. Según iba pasando las fotos, no le costaba imaginarse lo difícil que había sido su trayectoria. Una niña superdotada y solitaria que se había entregado a la danza en cuerpo y alma. Una adolescente en un entorno con una competencia brutal en el que solo sobrevivían las más fuertes. Una vida de luchas y sacrificios truncada al alzar el vuelo por culpa de un

accidente, y luego la voluntad de recuperar la luz. Una vida exigente, dopada con adrenalina y el vértigo del escenario. Una vida baqueteada y abollada, con constantes altibajos, que debía de haberle dejado un regusto a tarea inconclusa. Aun siendo poco conocida entre el gran público, a Stella Petrenko la habían nombrado bailarina *étoile,* pero tarde, y para colmo ese día —el mejor de su vida, la consagración de miles de horas de trabajo— el mal fario quiso que la compañía de ballet tuviera que actuar sin decorados ni vestuario por culpa de una huelga de trabajadores discontinuos del espectáculo.

En una entrevista al *Journal du Dimanche* con ocasión de su despedida de los escenarios, Stella aseguraba tener un sinfín de deseos y proyectos para seguir con su carrera: cine, teatro, moda… Diez años después, se habían cumplido muy pocos. La bailarina había sufrido un prolongado eclipse mediático y no se volvió a hablar de ella más que para comunicar su muerte.

**2.**

Taillefer se terminó la lata de refresco y se frotó los ojos, cansados por el brillo de la pantalla. Se puso las gafas de leer antes de seguir con sus indagaciones.

La muerte de Stella Petrenko, a finales del verano anterior, no había ocupado la primera plana de los periódicos. De milagro la ministra de Cultura tuvo el detalle de publicar un tuit comodín: «Me entristece sinceramente enterarme de la repentina muerte de Stella Petrenko, una de las mejores bailarinas de las dos últimas décadas. Esta mujer, plenamente volcada en su arte, defendió con pasión lo que había elegido en unas interpretaciones que aunaban virtuosismo y sensibilidad».

Cabe decir que la bailarina había elegido el peor momento para hacer la última reverencia. En efecto, el 6 de septiembre de 2021 también lo marcó el fallecimiento de Jean-Paul Belmondo. «Gafada hasta el final», pensó Taillefer torciendo el gesto. Recordaba haber oído en un programa de radio a Jean d'Ormesson disertando en clave de humor sobre el riesgo que supone para un artista morirse al mismo tiempo que una celebridad más mediática. El escritor citó el ejemplo de Jean Cocteau, cuya muerte quedó ensombrecida por la de Édith Piaf, y el de Aldous Huxley, que falleció el día en que asesinaron a Kennedy. Por no hablar de Farrah Fawcett, el ángel de Charlie de quien Taillefer estaba enamorado a los doce años y que tuvo la mala suerte de morirse el mismo día que Michael Jackson.

Total, que el mutis del Magnífico había desplazado al de la bailarina de los homenajes en los telediarios y las páginas culturales

de los periódicos. Hubo que esperar hasta el día siguiente por la tarde para que la Agence France Presse se decidiera a anunciar su muerte en un breve texto que las páginas web de los medios reprodujeron en mayor o menor medida.

Fallece Stella Petrenko
al caer de un 5.º piso
AFP

La antigua bailarina étoile sufrió una caída mortal desde el balcón de su piso de la calle de Bellechasse. Tenía 52 años.

Alrededor de las 23.30 h de ayer, la antigua bailarina étoile cayó al vacío desde su balcón, situado en el penúltimo piso de un edificio sito en la calle de Bellechasse, 31, en el distrito VII.

Los bomberos, a quienes habían avisado los vecinos, se presentaron en el lugar poco después. La bailarina étoile, gravemente herida en la cabeza y en los miembros superiores e inferiores, aún estaba viva cuando llegaron los servicios de emergencia. A pesar de los intentos de reanimación, su muerte se declaró veinte minutos después de los hechos.

Las circunstancias del accidente siguen siendo una incógnita. «¿Caída accidental o impulso suicida? Lo decidirá la investigación», comentan fuentes judiciales, pues insisten en que la hipótesis criminal ha quedado descartada. Por otra parte, el fiscal ha indicado que se está realizando una autopsia para determinar las causas exactas de la muerte. […]

Taillefer releyó con calma el artículo para no pasar nada por alto. La publicación planteaba más preguntas que respuestas. Para obtener más datos no podía prescindir de ponerse en contacto con sus antiguos compañeros.

Pero ¿a qué puerta llamar un 27 de diciembre por la noche? Se rascó la barba mientras reflexionaba. ¿A quién le habrían asignado el caso? Sin lugar a dudas, no a la Criminal, según los datos del artículo. La investigación seguramente había recaído en la Policía judicial de la orilla izquierda. Según sus últimas noticias, la dirigía Serge Cabrera. La imagen del capitán de la 3e DPJ[1] se impuso en su mente: silueta corpulenta, cuello de toro, camisas con los botones siempre a punto de saltar y corte *mullet* anclado en los años ochenta. Cabrera, al que apodaban el Nizardo, también era conocido por una rudeza, un sexismo y un lenguaje soez que encajaban cada vez menos la época. Puede que ni siquiera ocupara ya el cargo y lo hubieran apartado por el #MeToo o alguna metedura de pata. Taillefer comprobó que aún tenía su número y le envió un mensaje para tantear el terreno, sin hacerse muchas ilusiones. Entre Navidad y Nochevieja, nadie iba a mover ni un dedo para ayudarlo.

«Y ahora ¿qué?»

Apagó la lamparilla de la cama de hospital y se puso a ver en el portátil el vídeo del *Bolero* de Ravel en la versión de Maurice Béjart, una de las coreografías a las que Stella Petrenko debía su reputación.

**3.**

*Distrito XIV*.

Con la llovizna, el cochecito sin carné recordaba a una tarrina de yogur. Un Danet de caramelo arrastrándose entre el tráfico. Detrás del volante, Louise se arrepentía de haberse metido por los bulevares des Maréchaux. Pisó el acelerador a fondo, pero el motor, cuyo límite eran cuarenta y cinco kilómetros por hora, no daba más de sí. A su lado, el violonchelo, tumbado en el asiento de plástico, ocupaba todo el espacio. Con la humedad que se filtraba dentro del habitáculo, le entró de repente una sensación de claustrofobia. Estornudó. Había renunciado a encender la calefacción para que la batería tardase más en descargarse, pero estaba tiritando.

Salió de los bulevares a la altura de la Porte de Vanves para cruzar las calles variopintas del barrio de Petit-Montrouge. Estaba cayendo la noche, gris y helada. Al pie de los edificios, flotaban capas de niebla, cosa poco habitual en París.

La joven aprovechó un semáforo en rojo para buscar en el móvil la dirección que le había dado Taillefer. Pegó el teléfono a la ventosa del parabrisas y dejó que el GPS la guiara. Dejó atrás el león de la plaza de Denfert-Rochereau, atrapado en el frío en medio de una sabana fantasmal. Al llegar a la altura de la Cité Universitaire, vio emerger la fortaleza rodeada de césped del depósito de Montsouris, que abastecía de agua potable a buena parte de la capital. Hasta ahí se había encontrado en terreno conocido, pero empezó a resultarle mucho menos familiar cuando el GPS la metió por la calle Square de Montsouris.

El Danet aminoró la marcha por los adoquines de aquella vía privada de tan empinada y resbaladiza que era. Aunque desentonara, la callecita emanaba un encanto bucólico. Detrás de las verjas se distinguían, a pesar de la oscuridad, las fachadas invadidas de hiedra y glicinia. Los bonitos chalés *art déco* alternaban con los talleres de artista, sumergidos en la vegetación.

Louise aparcó delante del número que le había indicado Taillefer. De la cancela colgaba un letrero que ponía sobre aviso: «PROHIBIDO EL PASO – PERRO PELIGROSO». El rótulo, de color rojo vivo, estaba adornado con la silueta de un pastor alemán. Louise abrió el cerrojo de la entrada con aprensión y empujó uno de los batientes sin bajar la

guardia. Detrás de la puerta del jardín, no había ningún perro. Un detector de movimiento se encendió. El caserón parecía una vivienda campestre en pleno París: entramado de madera aparente, ventanas en voladizo, cálida fachada de color pajizo. Louise se armó de valor y abrió la puerta principal. De inmediato, la recibió el pitido de la alarma. Marcó el código para detener el sistema de seguridad y vio que entre las piernas se le metía rodando… un perrito monísimo, de pelaje blanco y leonado, y orejas caídas. «Falsa alarma.»

El poli se había quedado con ella. En lugar del pastor alemán, se había dado de bruces con un *beagle* de unos cuarenta centímetros de altura.

—Hola, Titus —le dijo, acariciándole la cabeza.

Aliviado de que por fin lo liberasen, el animal se abalanzó hacia el jardín y se puso a recorrerlo varias veces. Louise se adentró en la casa. El interior era radicalmente opuesto a lo que se había imaginado. Pensaba que se iba a encontrar un edificio rústico y estrafalario. Una casa de poli que oliera a tabaco, sudor y cacharros sucios olvidados en la pila. Nada más lejos de la realidad. Saltaba a la vista que la casa estaba recién reformada. Habían tirado todas las paredes para crear un espacio diáfano. Tenía una decoración depurada: madera en bruto, parqué claro aceitado, lámparas Jieldé de varios tamaños, una silla Barcelona de líneas angulosas. Todos los elementos encajaban entre sí para crear una inmaculada armonía color crema. El *beagle* había vuelto con ella y gañía a su alrededor en el cuarto de estar. Dejó que la guiara hasta la cocina, donde encontró latas de comida de perro apiladas en una estantería. Llenó un plato de albóndigas de carne y cambió el agua de la escudilla antes de volver al salón.

Desde que había salido del hospital, Louise notaba que el cansancio la iba venciendo. No conseguía entrar en calor, como si estuviera incubando una enfermedad. En la chimenea alguien había dispuesto una bola de papel, astillas y tres troncos grandes en forma de tipi. Era demasiado tentador. Frotó una cerilla larga y encendió el papel. Mientras el fuego prendía, se puso a curiosear por la habitación, incumpliendo la promesa que le había hecho a Taillefer. Para empezar, la amplia biblioteca. El poli era un incondicional de la literatura extranjera, el arte y la filosofía. En la pared había tres lienzos de caligrafía china y una litografía de Fabienne Verdier y, en la mesa baja, un bronce de Bernard Venet que representaba dos espirales metálicas desestructuradas y enmarañadas. Otra escultura, colocada encima de un bloque de madera petrificada, representaba un personaje formado por una malla de letras blancas: un Hombre Alfabeto vestido de encaje que parecía estar montando guardia.

Todo estaba limpio y dispuesto con gusto, no había nada por ahí tirado. Quien hubiera recogido la casa debía de ser un maníaco del orden. También por eso Louise enseguida se sintió allí en su elemento. El desorden siempre la había angustiado. La obsesionaban la exactitud y la simetría. Le gustaba que las cosas estuvieran en su sitio. Se fijó en que no había ni fotos ni rastro de la presencia de mujer o hijos en la vida del poli. No se atrevió a subir al piso superior. Taillefer era capaz de haber colocado cámaras de vigilancia.

La joven se quedó de pie junto al fuego hasta que tuvo la piel ardiendo. Le gustaba esa sensación de estar también ella a punto de consumirse.

Luego se frotó los párpados y se tumbó un ratito en la «cama turca» que ya había visto en la consulta de un psicólogo. Titus fue con ella y se hizo un ovillo, pegado a sus piernas. Louise cogió el móvil y tecleó el nombre del poli en un motor de búsqueda. Taillefer había aparecido en la prensa en dos ocasiones: a principios de la década de los 2000 por una reyerta en la estación del Norte que había acabado mal y en el verano de 2016, en un periódico local del sudeste que había publicado un reportaje para promover la donación de órganos. Aparte de esas menciones, no había ninguna información sobre el policía. Louise cerró los ojos mientras se preguntaba quién era realmente Mathias Taillefer. ¿Por qué había decidido confiar en él a pesar de su faceta hosca y asocial? ¿De verdad había sido buena idea hablarle de su madre? Pero ¿a quién recurrir si no? Desde que vivía en una residencia de estudiantes en Maubert, veía poco a su padre. Y de todas formas, hacía muchos años que Laurent Collange había pasado la página de Stella Petrenko sin remordimiento alguno.

## 4.

Una espiral. Un vórtice. Un torbellino de notas repetitivas que se metían como tornillos en la mente. Una vez más, la música arrancó a Taillefer del sueño, pero esta vez las notas del timbre de su móvil sustituían al arco de Louise Collange sobre las cuerdas.

«NÚMERO DESCONOCIDO.» Tragó saliva y se incorporó en la oscuridad. Era más de medianoche. Se había quedado dormido delante del ordenador mientras miraba las imágenes de Stella bailando el *Bolero* de Ravel. Le dolían las cervicales, tenía la cabeza embotada y la garganta seca. Y ganas de mear.

—¿Sí? —dijo al descolgar.

—¿Comandante Taillefer? —preguntó una voz femenina.

—Soy yo. Bueno, lo fui.

—Buenas noches, soy la teniente Fatoumata Diop, de la 3e DPJ. El

comisario Cabrera me ha pedido que me ponga en contacto con usted.

Gratamente sorprendido por la llamada, Taillefer encendió la lámpara de cabecera. O sea que, contra todo pronóstico, el Nizardo se había dignado a mandarle una emisaria, y encima por la vía rápida.

—Gracias por llamar. Como le dije a Cabrera, me gustaría saber más detalles sobre la muerte de Stella Petrenko.

—¿Qué tipo de detalles?

—¿Fue su unidad la que acudió al lugar de los hechos?

—Llegamos unos minutos después que los bomberos, sí. Si quiere algún dato, dese prisa, tengo delante el resumen del caso.

—¿Y qué tal si me lo envía, para ganar tiempo?

Diop suspiró.

—Ni lo sueñe. Mire, no me hace ninguna gracia este jueguecito, así que si…

—En su opinión, ¿cuál fue la causa de la muerte de Stella Petrenko? —preguntó Taillefer para volver al tema.

—Sin lugar a dudas, un accidente. O un suicidio, pero es menos probable.

—¿En qué circunstancias se habría producido el accidente?

—Por lo visto, la mujer se subió a una escalerilla para regar las jardineras que tenía colgadas en el balcón a cierta altura. En la acera encontramos una regadera, cerca del cuerpo.

—He leído que la caída se produjo poco antes de medianoche, ¿es así?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Usted riega las plantas a medianoche?

—Por una vez, por qué no. Fue a principios de septiembre en París, hacía calor, estaba despejado. Aún era verano. El sol se pone tarde, la gente se queda fuera más rato.

—Ya…

—Vi la barandilla metálica —añadió Diop—. No era muy alta y estaba carcomida de óxido. El balcón no cumplía la normativa. Un crío podría haberse caído fácilmente. La bailarina se subió a la escalerilla para regar las macetas. Había bebido, sufrió una caída y punto pelota. *Game over*.

Mathias se masajeó la nuca.

—Y en la autopsia, ¿salió algo?

—Poca cosa. Un gramo de alcohol en sangre, eso sí. Esa noche se abrió una botella de borgoña y se bebió tres cuartas partes. También debió de fumarse un porrete.

—¿Señales de agresión?

—No.

—¿Nada en las uñas? ¿Restos de piel? ¿Fibras textiles?

—Tampoco.

—¿Con eso bastaba para descartar la hipótesis de un crimen?

—Quien dice crimen, dice móvil —se impacientó Diop—. No encontramos ni por dónde empezar a buscarlo.

—¿No robaron nada en el piso?

—Había joyas de valor y bastante efectivo en un monedero en un lugar visible. No los había tocado nadie.

—¿Y la hipótesis del suicidio?

—Tampoco me convence mucho, pero la tuvimos en cuenta. La mujer no estaba muy allá desde que dejó los escenarios. A menudo, por la noche, se vestía como para una gala, con tutú, maillot, zapatillas y todo el equipo.

—¿También la noche en que murió?

—Sí, nos la encontramos así. Parecía un cisne muerto caído en la acera.

Taillefer se estremeció con esa imagen y le sorprendió que ese dato no hubiera trascendido a la prensa.

—Y la marihuana, ¿tenía mucha?

—¡La cultivaba ella!

—¿Para traficar?

—No, solo unas pocas plantas para su reservita personal. Bueno, mire, Taillefer, me gustaría irme a casa, así que…

—Espere, ha dicho que los primeros en llegar fueron los bomberos y que Petrenko no murió en el acto.

—Sí, ¿y qué?

—¿Tuvo tiempo de decirles algo?

—¿Y de escribir en la acera «ME A MATAO OMAR» con su propia sangre como en aquella película? No, no tuvo tiempo, porque ya estaba como para recogerla con cucharilla. ¡Imagínese qué cuadro!

—Una última cosa: ¿está segura de que no pudo entrar nadie en el piso?

—¿Cómo iban a entrar? La puerta tenía la llave echada por dentro.

Taillefer abrió la boca para seguir profundizando en las comprobaciones, pero se había quedado sin argumentos.

Antes de colgar, Fatoumata Diop le dio la puntilla:

—A mí también me habría encantado investigar un asesinato, pero fíese de mí: estuvimos buscando, lo comprobamos todo, pero no encontramos nada. A Stella Petrenko no la mató nadie.

---

[1] 3.ª Dirección regional de la policía judicial. *(N. de la T.)*

# 3
# La investigación imposible

*Y ¿quién podría decir las pasiones*
*y los pensamientos contrarios que pueden convivir*
*en el hombre?*

André GIDE

**1.**

*28 de diciembre.*

—¡Despierta! ¡Que te despiertes!

Cuando Louise abrió los ojos, ya era pleno día. Un *beagle* le estaba lamiendo la cara mientras la mano gigantesca de Taillefer le sacudía el hombro sin miramientos. Tenía la sensación de estar saliendo de un túnel muy largo, como si hubiese estado inconsciente varios días. ¿Por qué había dormido tanto y tan profundamente? El cansancio acumulado de la universidad, la desolación del invierno, el impacto de la muerte de su madre?

—¡Pare, me está haciendo daño! ¡Me va a dislocar el hombro!

El expolicía, con el entrecejo fruncido y mirada amenazadora, era una mole iracunda.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—¡Ya lo ve, estaba durmiendo!

Louise se soltó de la garra de Taillefer. Había vuelto el sol. La perspectiva de pasar el día con una luz tan bonita le infundió ánimos. Se levantó y dio unos pasos por el parqué. De día, la casa resultaba aún más acogedora, con el salón que se prolongaba hasta el jardincito mediante una zona de terraza.

—¿Cómo ha vuelto del hospital?

—En taxi.

—Tendría que haberme avisado, habría ido a buscarlo.

—¿Con esa lata de sardinas? Es muy poca cosa para mí.

Con un ademán de la barbilla, le señaló el violonchelo que había colocado encima de un sillón.

—Que sepas que te habías dejado las llaves en el contacto del coche y el instrumento dentro. Muy lista, la verdad. ¿Te crees que vives en

Barrio Sésamo?

—Bah, no sé qué barrio es ese, pero el suyo parece muy tranquilo.

—No te fíes de las apariencias. Jamás. Y responde a la pregunta: ¿por qué has dormido aquí?

—Porque tenía sueño —contestó Louise encogiéndose de hombros.

Taillefer alzó la voz:

—Que por qué has dormido aquí. ¡EN MI CASA!

—No hace falta que grite. Le di de comer al perro, como me pidió, y me quedé traspuesta. Tampoco es para tanto.

—¿Vives con tu padre? Avísalo, se va a preocupar.

Louise negó con la cabeza mientras ahogaba un bostezo.

—Vivo en una residencia de estudiantes en la calle de Les Carmes. Mi padre está en Val-d'Isère, con su mujer y sus dos críos. Luego le envío un mensaje. —Se estiró—. ¡No me había fijado en que ya son las doce! ¿No tiene algo para picar?

El poli suspiró, pero trató de dominar la ira. Al fin y al cabo, él también tenía hambre y un par de preguntas que hacerle a Louise.

La joven lo siguió hasta la cocina. La estancia, organizada en torno a una extensa isla central de Corian, tenía las mismas tonalidades crema que el salón, realzadas con banquetas de bar de roble envejecido.

—¿Qué te apetece? —preguntó él.

—¿Tiene pasta? —preguntó ella acomodándose en una banqueta alta.

—¿A la carbonara te parece bien?

—¡Guay!

**2.**

—Entonces, ¿ha investigado sobre la muerte de mi madre?

Taillefer puso el agua a calentar en una olla grande y colocó todos los ingredientes junto a la placa de inducción.

—Investigar es mucho decir. He hecho lo que prometí: leer todo lo que he encontrado, examinar detenidamente los hechos y hablar con la poli que dirigió al equipo que acudió al lugar de los hechos.

—¿Y qué ha sacado en limpio?

Taillefer cogió un cuenco, cascó tres huevos, echó dentro las yemas y las mezcló con parmesano.

—¿Por qué crees que a tu madre la asesinaron?

Un poco desamparada, a Louise no le quedó más remedio que reconocer que carecía de argumentos.

—Es una corazonada.

Taillefer alzó los ojos al cielo.

—¡Las corazonadas no sirven para nada!

—Si su ayuda es decirme eso, gracias por nada.

—Te voy a decir otra cosa de forma un poco brusca: tu madre tenía más de un gramo de alcohol en sangre y cultivaba su propia maría en el balcón.

—¿Y qué?

—Que no era un modelo de persona equilibrada.

—¿Y qué más?

—Párate a pensarlo un momento: ¿a quién le beneficia su muerte?

Louise se encogió de hombros y abrió las manos.

—¿Le has echado un vistazo a sus cuentas bancarias? —preguntó él.

—Estaban casi vacías. En lo más alto de su carrera, una bailarina *étoile* cobra siete mil euros, pero mi madre era más cigarra que hormiga. Ni siquiera había terminado de pagar el piso.

—¿Quién lo ha heredado? ¿Tú?

—Sí, emancipación mediante. Y a condición de que mi padre me ayude a terminar de pagar la hipoteca.

—Hablando de tu padre, ¿qué relación tenía con ella?

—Ninguna. Mis padres se separaron cuando tenía cinco años. Vivir con Stella Petrenko no es un camino de rosas.

—¿Y eso? —preguntó él mientras seguía batiendo enérgicamente la mezcla.

—Mi padre suele decir que una bailarina *étoile* solo te escucha si estás hablando de ella. Seguramente exagera, pero en el caso de mi madre no puede decirse que se equivocara.

El poli añadió un puñado de sal gorda al agua que había empezado a hervir y metió en la olla la pasta en forma de cinta.

—Yo quería a mi madre —prosiguió Louise, empeñada en precisar lo que decía—, pero ella era egoísta e infeliz, no les ponía las cosas fáciles a quienes la rodeaban. Era peleona, pero creo que se había llevado demasiados golpes como para ser capaz de vivir en paz.

—En el momento de su muerte, ¿había algún hombre en su vida?

—Uno no, docenas: todas las semanas se enamoraba de alguno.

—¿No te estás pasando un poco?

—No, ese era otro motivo de inestabilidad: su amor por el amor.

«Y, para ser sinceros, su necesidad insaciable de sexo.»

Taillefer vertió una gota de aceite de oliva en una sartén para dorar el *guanciale* cortado en tiras.

—¿Te has planteado que podría haberse suicidado? —prosiguió.

Louise se encogió de hombros:

—Mi madre era demasiado narcisista para suicidarse.

—Aun así, la poli me dijo que estaba vestida como para actuar: maillot con faldita, zapatillas… ¿No tiene un poco pinta de ceremonia de despedida?

—No, era una costumbre que se le había quedado. Seguía practicando y poniéndose sus antiguos tutús, incluso durante el día.

—Bueno, entonces, ¿cuál es tu teoría?

—¿Qué teoría?

—¿Qué te lleva a pensar que a tu madre la asesinaron si resulta que la puerta del piso tenía la llave echada por dentro?

—El tejado —contestó Louise como si resultara obvio—. Alguien se coló por el tejado y saltó hasta el balcón para pillarla por sorpresa. En verano sacaba la poltrona a la terracita y se pasaba ahí el día leyendo o mirando el teléfono.

—Incluso suponiendo que fuera posible, sigue sin haber un móvil.

—Pensé que lo había entendido.

—¿El qué?

—¡Que eso es precisamente lo que me gustaría que me ayudara a descubrir!

**3.**

Louise no tardó ni tres minutos en engullir el plato de pasta. Para aprovechar el buen tiempo, Taillefer había puesto la mesa en el jardín y había encendido una estufa grande parecida a las que se ven en las terrazas de los cafés.

—No puedo decir que no le hagas los honores a mi comida.

Él terminó de comer en silencio mientras la joven seguía intentando convencerlo de continuar investigando.

—Por lo menos venga a ver el piso de mi madre para juzgar por sí mismo. Le llevo después de comer.

—No me servirá de mucho tres meses después de su muerte. Y esta tarde tengo una cita importante.

—¡Entonces mañana!

—Ni mañana ni nunca.

—¿Pasado?

—Tú estás sorda como una tapia…

Recogió la mesa y volvió con dos expresos.

—Te voy a dar un consejo —dijo mientras se sentaba—. Pasa página. Tu madre está muerta, es triste, pero tienes que aceptarlo. Y, créeme, con una pseudoinvestigación no vas a recuperarla.

Louise se puso de pie de un salto y empezó a deambular a lo largo y ancho de la terraza.

—No voy a parar ahora —aseguró con grandilocuencia—. Voy a

llegar hasta el final, con o sin usted. Hay investigadores privados que…

—Di que sí: fúndete lo poquito que has heredado contratando a un detective. Una idea brillante. Resulta que al final no eres tan lista.

—Pues entonces, ¡ayúdeme! ¡Ayúdeme, caramba!

Taillefer se limitó a soltar un prolongado suspiro. Como estaba sentado de cara al sol, se puso las gafas ahumadas, cruzó los pies debajo de la mesa y se encendió un cigarrillo.

—Es un verdadero inconsciente por fumar estando mal del corazón. El tabaco aumenta la presión arterial y tapona las arterias. Se está matando poco a poco. ¡Es repulsivo!

No hubo respuesta. El poli arañaba un poquito de sol mientras se tiznaba los pulmones voluptuosamente. Tenía ganas de mandarlo todo a la mierda. Llevaba varios días sintiéndose febril. Con la moral por los suelos. En el fondo del pozo. Y sabía el porqué: era 28 de diciembre. Una fecha importante en su vida. Una fecha que lo devolvía a una época sinónimo de dicha, reciprocidad y esperanza, pero que ahora veía perfilarse con una angustia que, nunca mejor dicho, le encogía el corazón. Iba a ser un día muy largo. Acudiría a su cita de las cuatro. Remolonearía un poco para no volver a casa demasiado pronto. Una vez ahí, vaciaría una botella con una benzodiacepina para sucumbir lo antes posible. Lo mismo que mañana. Y al día siguiente. Huir. Durmiendo, soñando, hundiéndose. Y si el corazón no aguantaba, peor para él. O hasta puede que mejor…

—Mathias, ¿nos vamos? ¿Le llevo al lugar de los hechos?

Plantada delante de él, la niñata plasta volvía a la carga. Si aún no la había echado a la calle era por un solo motivo. En cierto modo, lo distraía. Al estimularle la mente, impedía que se fuera a pique.

—¿Has descartado lo de contratar a un detective?

—Quiero que lo haga usted. Se lo he dicho cien veces.

—Mira, no te conozco. Ya te lo he dicho, no soy buena persona. Tienes diecisiete años. Siempre has vivido entre algodones y no sabes nada de lo peligrosa que es la vida. No puedes fiarte de alguien solo porque te parezca majo.

—Quédese tranquilo, no me parece usted nada majo.

—Como pareces más espabilada que la media, te lo voy a decir una vez más muy clarito: conmigo estás en peligro.

Ella lo miró con una mueca dubitativa. Nada más verlo, le había parecido todo lo contrario. Ese hombre no le inspiraba desconfianza ni miedo a que se la jugara. Por el contrario, tenía toda la pinta de ser un escudo capaz de parar las flechas y los golpes si daba la casualidad de que alguien intentaba herirla.

—No te fíes de las corazonadas —le recordó él como si le estuviese leyendo el pensamiento.

—Y ahora tocan grandes frases lapidarias… —se burló ella mientras apagaba la estufa.

—¡Vuelve a encenderla!

—Ni hablar, ese chisme es una aberración ecológica.

—Al menos sirve para que no se te congele el culo.

—Para que no se te congele el culo y para destruir el planeta.

—Destruir a la humanidad, como mucho.

—¿Y le da igual?

—Si te soy sincero, lo que me da es bastante alegría. Al planeta le irá muy bien sin nosotros.

—Es usted patético. Bueno, ¿me va a ayudar o no? Porque así no vamos a ninguna parte.

El último titubeo. ¿Y si precisamente el toparse con esa chica era una señal del destino? ¿O más bien un instrumento?

—Estoy dispuesto a ir a ver el piso de tu madre, pero a cambio tienes que hacer algo por mí.

—¿Otra vez? ¿Qué va a ser ahora?

—Y lo harás sin preguntar nada.

—*We have a deal.*

## 4.

*Distrito VII. Barrio de Saint-Thomas-d'Aquin.*

Louise aparcó el cochecito entre una tienda de muebles italiana y la nueva sede de Yves-Saint-Laurent, en pleno centro de la abadía cisterciense de Penthémont. El piso de Stella se encontraba en un bonito palacete haussmanniano en la esquina de las calles de Bellechasse y de Las-Cases. Taillefer alzó la mirada para estudiar al edificio. Una construcción sólida de sillares de color blanco tirando a amarillo: la famosa piedra calcárea de la cantera de Saint-Maximin que desde el siglo XVIII revestía algunos de los edificios más hermosos de la capital. Renqueando, porque el ataque al corazón aún se hacía notar, el poli siguió a Louise por el portal revestido de oropeles, losas de cuarzo y un farol de techo gigantesco con varios brazos. Pasaron por delante de la portería que, a pesar de lo que indicaba el horario, no estaba abierta. Luego cogieron el ascensor hasta el quinto.

—Lo he dejado todo como estaba —avisó Louise empujando la puerta.

El refugio de Stella Petrenko era un pisito de esquina de planta cuadrada y decorado en tonos pastel. Un amplio espejo detrás de una barra de ballet le daba mayor amplitud a la habitación principal. Y la

vista sobre los tejados de París remataba el cuadro de nidito romántico.

El sitio era tal y como Taillefer se lo había imaginado. Adivinaba que la bailarina había querido recrear el ambiente de un camerino de la Ópera. No faltaba de nada: la colección de zapatillas de punta atadas en unos ganchos, los maniquíes vestidos con maillot y tutú, y la poltrona de terciopelo sacada directamente de un cuadro de François Boucher. Detrás de un tocador de marquetería, había una pared entera cubierta de tarjetas postales y de notas de admiradores, además de fotos de maestros del ballet, pianistas y celebridades. El poli reconoció a Pina Bausch, a Béjart, a un Nuréyev entrado en años y al expresidente Sarkozy otorgando una condecoración.

Louise abrió los dos ventanales e invitó a Taillefer a salir al que ella pensaba que era el lugar del crimen. Se trataba de un balcón atípico que parecía más bien una terracita, a caballo entre el interior y el exterior. Una disposición que no era la original y que habían apañado colocando una marquesina de cristal esmerilado con unos soportes de hierro forjado por los que se enrollaban los zarcillos de parra virgen. A lo largo del antepecho, había unas macetas con flores, pero estaba todo seco por culpa del frío. Unos elevados postigos de madera con la pintura desconchada sujetaban una retahíla de jardineras de barro cocido. En una esquina, una vieja escalerilla de teca grisácea daba la sensación de haberse petrificado *in situ*.

Taillefer se inclinó por la barandilla, baja y oxidada, tal y como la había descrito Fatoumata Diop. Miró hacia arriba para examinar los tejados. En teoría, era posible que alguien pudiera acceder a la terraza si era ágil y ligero, pero esa hipótesis no lo convencía. ¿Qué ladrón iba a arriesgarse tanto para luego marcharse con las manos vacías? Por no hablar de que un enfrentamiento con la bailarina habría dejado señales de lucha. Nada de eso tenía sentido. Las circunstancias más probables eran las que habían establecido los polis de la 3e DPJ: Petrenko, borracha, se había subido a la escalerilla para regar las plantas y había ejecutado un último salto del ángel fallido. Hizo partícipe de lo que pensaba a Louise, que le lanzó una mirada de desaprobación.

Un destello luminoso hirió a Taillefer en plena cara. Al otro lado de la calle, alguien acababa de abrir o cerrar una ventana. El cristal había reflejado la luz del sol como un espejo. El poli se puso la mano de visera. Los edificios de enfrente —un conjunto de tres bloques blancos de seis plantas— eran un vivero de testigos potenciales, pero, por lo que él sabía, ninguno se había presentado para aportar algún dato de interés.

Volvió dentro dejando la puerta acristalada entreabierta y asomó la cabeza al cuarto de baño, en busca de algún indicio improbable. En el botiquín encontró preservativos y a sus dos compañeros, la benzodiacepina y la sertralina. Obviamente, entre bastidores todo era menos glamuroso que en el escenario. Le entraron náuseas. ¿Qué coño pintaba él allí, rebuscando en los cubos de basura como un fisgón?

Volvió al salón, donde lo estaba esperando Louise. Para quedarse con la conciencia tranquila, miró por encima las cosas que había sobre el escritorio: una libreta, un teléfono, una antología poética de Anna Ajmátova, un Zippo con incrustaciones de nácar y una novela que abrió por una página que tenía una frase subrayada: «No existe una edad para amar. Lo que sí existe, y se pasa, es la edad de ser amado». Hojeó mecánicamente la agendita de piel granulada mientras iba y venía por el piso sin saber muy bien qué pensar. Escaneaba el espacio, grababa detalles como había hecho cientos de veces cuando estaba en activo, con la esperanza de que surgiera una chispa, una conexión con algún dato que hubiese recabado antes. Aguzó el oído, pendiente del rumor que subía desde la calle, del roce sordo del ascensor, de un hipotético ruido de pasos en el pasillo.

Cuando alzó la cabeza, le llamó la atención un cuadrito que colgaba de la pared: el retrato de un joven con los ojos plateados y sin pupilas que se recortaba sobre un fondo azul turquesa. Los rasgos finos y gráciles del modelo, junto con los ojos vacíos de zombi, causaban un efecto de fascinación y miedo a partes iguales.

—¿Sabes de quién es este cuadro?

—No —contestó Louise—. No lleva aquí mucho tiempo.

—Y ese móvil, ¿es el de tu madre? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Te sabes el PIN?

—No, por eso precisamente pensé que quizá usted…

—Olvídate. No tengo ni pajolera idea de telefonía. De eso seguro que tú sabes más que yo.

El sonido del timbre interrumpió la conversación. Era la portera, que los había visto pasar y quería aprovechar que Louise estaba allí para entregarle un montón de correo. Taillefer se quedó aparte mientras ellas hablaban. El cuadro del joven zombi ejercía sobre él un verdadero poder de atracción. Las obras de arte que posee una persona cuentan muchas cosas sobre ella. Vivir durante años con un cuadro o una obra no es algo inocente. La elección de un cuadro, para empezar, revela nuestra personalidad. Y, cuando ya está colgado, te va contaminando poco a poco, día a día, difundiendo ondas dentro de ti, para lo bueno y para lo malo.

El cuadro no estaba firmado en el anverso, Taillefer lo descolgó

para leer la etiqueta que estaba pegada detrás del marco.

Marco SABATINI
Soldado #96
Galería Bernard Benedick
C/ del Faubourg-Saint-Honoré, 125

Tomó nota de la referencia y, alzando los ojos, llamó a la portera antes de que se esfumara.

**5.**

—Buenos días, señora. Soy el comandante Taillefer, de la Brigada Criminal. ¿Puede concederme cinco minutos?

Ella lo miró con desconfianza, soltando el clásico: «Ya se lo he contado todo a sus compañeros, hace tres meses». El expolicía notaba que estaba a punto de pedirle la identificación. Procuró poner cara amable y sacó su voz más cordial.

—El juez ha ordenado una investigación complementaria antes de cerrar el caso. No tardaremos mucho.

Le sonrió y la invitó a sentarse al otro lado del escritorio. Actuó a la antigua usanza, destapó uno de los bolígrafos que había en la mesa de trabajo y tomó notas en un viejo bloc de papel de cartas que la bailarina se había llevado del hotel Normandy.

—¿Cómo se llama?

—Myriam Morlino. Soy la portera de tres edificios de esta calle. El número 27, el 29 y el 31.

—¿Tiene la portería en este edificio?

—No, en el de al lado. Antes había dos porteras, pero la comunidad de vecinos no quería gastar tanto, ya sabe lo que son estas cosas.

—¿Conocía bien a Stella Petrenko?

—Bastante bien. Solo llevo trabajando aquí desde enero, pero la señora Petrenko hablaba bastante conmigo. También podría preguntarle a la antigua portera, la señora Mertens.

—Eso haré. La noche del accidente, ¿no oyó usted nada?

—No, me acuesto temprano, pero todo esto ya lo he contado.

Myriam Morlino llevaba una bata de talla grande que sacudía con la mano como para darse aire a pesar del frío que hacía en la habitación.

—¿Quién avisó a los bomberos?

—El dueño del 9 Thermidor, el café que hay en la esquina. Estaba a punto de cerrar cuando se produjo la caída.

—¿Quiénes fueron las últimas personas que la vieron viva?

—No lo sé muy bien —se impacientó la portera—. Me daba la

impresión de que en los últimos tiempos no salía mucho. El día que pasó, vine a traerle el correo a eso de las once, como todas las mañanas, y a última hora de la tarde se pasó una enfermera.

—¿Una enfermera?

—Para cambiarle el vendaje después de la operación.

Taillefer se volvió hacia Louise, frunciendo el ceño.

—¿Qué operación?

La joven se zafó de la pregunta haciendo un revés con la mano.

—Una intervención benigna, ahora se lo cuento.

El poli recordaba la referencia a un consultorio de enfermería que había visto garabateada en la agenda de la bailarina. Abrió la libreta y encontró las señas que buscaba.

*Consultorio de enfermería Nora Messaoud*
*C/ de Bourgogne, 35*
*75007 París*

Taillefer arrancó la página y se la metió en el bolsillo antes de proseguir con el interrogatorio.

—Que usted supiera, ¿Stella Petrenko tomaba algo más aparte de porros y pastillas? ¿Venía algún camello por aquí?

—Pero ¿se ha vuelto loco o qué? —lo interrumpió Louise.

—No tengo ni idea —respondió la portera—. Sí que venían hombres, pero no creo que fuera para vender droga.

—Entonces, ¿para qué?

—Visitas, relaciones… —dijo Morlino, algo apurada.

—¿Amantes? —la acució el policía.

—Sí, seguramente. A la señora Petrenko no le resultaba fácil envejecer. Le reconfortaba gustarles a los hombres, aunque últimamente primaba la cantidad sobre la calidad, sin ánimo de ofender, señorita.

—¿Quién vive en este edificio, señora Morlino?

Con expresión contrariada, la portera soltó un prolongado suspiro de exasperación, como si lo que le preguntaba Taillefer supusiera un esfuerzo sobrehumano.

—En la planta baja hay un bufete de abogados propiedad de un matrimonio, los Lambert, que también tienen un dúplex en el primero y el segundo. En el tercero, está la consulta del doctor Rolland y también su vivienda. En el cuarto, están los americanos, pero solo vienen en primavera.

—¿Y aquí, en el quinto?

—Pues la señora Petrenko y otro piso pequeño que usaba el pintor de arriba para guardar materiales.

—¿Arriba están los cuartos del servicio?

—Sí, pero los juntaron para convertirlos en un taller grande.

—¿Y quién es el dueño?

—Marco Sabatini, un pintor joven, italiano. El que pintó ese cuadro —dijo señalando la obra que Taillefer había descolgado de la pared.

Algo se iluminó en los ojos del policía.

—¿Está ahora mismo en su taller? Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Pues no le va a resultar fácil.

—¿Por qué?

—Porque se murió.

—¿Cuándo?

—El verano pasado. Por la covid. Bueno, eso fue lo que me dijeron, pero…

Dejó que pasara un ángel.

—Pero ¿qué? —la apremió Taillefer.

—Para mí que lo que lo mató fue la vacuna.

—¿La vacuna contra la covid?

—¿Usted sabe lo que lleva esa vacuna? Unos huevecitos microscópicos de óxido de grafeno. ¿Y sabe para qué? Para controlar a distancia a la gente con los chips 5G.

Por un instante, Taillefer pensó que estaba bromeando, pero Myriam Morlino no solo hablaba en serio, sino que entraba en detalles:

—El grafeno sirve para magnetizarnos y así controlar nuestra voluntad. La sangre se detiene y deja de irrigar el corazón y el cerebro. Mi cuñada conoce a alguien que se murió de eso. Han desajustado el campo electromagnético.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —objetó Louise—. Soy estudiante de medicina y puedo decirle que lo que cuenta es peligroso.

—No, para nada. Nos tachan de conspiracionistas, pero los espabilados somos nosotros. Cuando la mayoría de la gente esté vacunada, activarán unas ondas mediante los móviles y los huevos empezarán a desarrollarse para dar vida a LA COSA. Una especie de alien que tomará el control de su cuerpo.

Louise renunció a discutir y miró a Myriam Morlino consternada. Taillefer había dejado de escucharla. Con la edad, se había vuelto intolerante y alérgico a la estupidez. Miró la hora en el reloj de pulsera. De ninguna manera podía llegar tarde a la cita.

—Esta broma ya ha durado bastante —le dijo a Louise—. Nos vamos.

Antes de irse, metió el cuadro de Marco Sabatini en una *tote bag* de

Repetto que había encontrado debajo del escritorio.

—¿Por qué se lleva ese cuadro? —preguntó Louise.

—Porque es una prueba. Y además, me gusta.

# 4
# Una época insensata

*Era una época insensata. Habían sentado a los muertos a la mesa.*

Louis ARAGON

**1.**

*Plaza de La Concorde.*

El cochecito iba zigzagueando entre el tráfico. Hecho un cuatro en la plaza del copiloto, Taillefer tenía la sensación de estar apretujado en un asiento baquet de plástico rígido. Louise dejó atrás la fuente des Mers, el obelisco y encendió las luces de emergencia antes de detenerse en la explanada de la noria parisina. Según se paró el vehículo, Taillefer abrió la portezuela, se extrajo lo más rápido que pudo de esa prisión y se puso a sacudir las piernas para desentumecerlas. Louise se le unió delante de la entrada de la atracción, que desde finales de noviembre había recuperado su cantón parisino.

—Siempre he odiado ese trasto —dijo ella señalando la noria.

—No he sido yo quien ha elegido el lugar de la cita.

—¿Con quién ha quedado? ¿Con un niño de ocho años?

Él sacudió la cabeza con desgana.

—He llegado antes de la hora. ¿Y si te invito a un gofre?

—Con usted no se para de zampar, Taillefer. Cuando termine esta investigación, habré ganado diez kilos por su culpa.

El poli se dirigió al puesto de gofres, que olía de maravilla a vino caliente, y no dudó en empujar a un adolescente indeciso para coger sitio y pedir un cucurucho de churros. Louise acabó cayendo en la tentación de una crepe. Mientras les preparaban el pedido, Taillefer se apartó y sacó la página que había arrancado de la agenda de Stella Petrenko. La desarrugó para descifrar el número de teléfono que había garabateado la bailarina. Quería comprobar ese asunto de la enfermera. Llamó al consultorio de Nora Messaoud, se topó con el contestador y pidió que le devolvieran la llamada urgentemente.

—Vamos a repartirnos las tareas —le propuso a la joven cuando

volvió con su crepe—. Después de la cita, me las voy a apañar para hablar con la enfermera antes de que acabe el día. Mientras tanto, me gustaría que tú visitaras la galería que expone las obras de Marco Sabatini.

—¿Por qué? —preguntó ella, mirando de reojo el cochecito aparcado de mala manera.

—El asunto ese del pintor que murió de covid me tiene intrigado.

—¿Qué tiene que ver con la muerte de mi madre?

—Es una corazonada.

—Creía que las corazonadas no servían para nada.

—Haz lo que te pido en lugar de infligirme tu insolencia. Dos muertos en el mismo edificio en un intervalo de pocos días es algo que merece la pena indagar.

—Todavía no me ha explicado lo que quiere de mí a cambio de participar en la investigación.

—A eso voy, pero quiero dejar las cosas claras: yo te explico y tú ejecutas. Nada de preguntas ni comentarios. ¿Estamos?

Ella asintió con la cabeza. Taillefer prosiguió:

—Cerca de la plaza de Furstemberg hay un restaurante italiano que se llama Numéro 6.

—Creo que sé dónde está.

—Esta tarde, espera hasta las siete para ir, siéntate en la barra y pide algo de beber. Pero sin alcohol, ¿eh?, no te busques problemas. Desde ahí tendrás una visión de conjunto del local.

—¿Y luego?

—Observa a la gente e intenta localizar a una mujer: cuarenta y pocos, guapa, de origen libanés.

—¿Quién es?

—Quedamos en que nada de preguntas.

A Louise no le habría importado hacer una broma, pero algo le decía que era mejor no intentarlo.

—Si la ves, sácale un foto con el iPhone y me la envías.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Estará sola?

—Si acude, sí.

—¿Cuánto tiempo espero?

—Tres cuartos de hora. Una hora como mucho.

—Entendido.

—Estaremos en contacto —dijo Taillefer, agitando el teléfono.

Y ya se estaba alejando cuando Louise corrió tras él.

—Espere, ¿qué le pregunto al galerista de Marco Sabatini?

Mathias se volvió y, de nuevo, le dejó impactado la mirada a la vez vivaz, chispeante e inquieta de la joven.

—Yo qué sé, pero eres lo bastante lista para que se te ocurra algo a ti solita.

Dio media vuelta y la dejó con sus interrogantes. Louise se quedó un rato mirándolo mientras se alejaba y no tardó en unirse a él una silueta alta que llevaba una parka roja con borde de piel en la capucha. Entornó los ojos para tratar de ver mejor al desconocido, pero en un segundo el gentío ya había engullido a los dos hombres.

**2.**

La galería Bernard Benedick estaba situada en un amplio local de la calle del Faubourg-Saint-Honoré. Aunque tenía las luces encendidas, Louise pensó de entrada que estaba cerrada. A través del cristal no se veía ninguna presencia humana. Aun así, llamó al timbre y, al cabo de unos segundos, la puerta se desbloqueó. Una joven —pelo corto, *piercing,* tatuajes visibles y camiseta blanca y negra que exigía «JUSTICIA PARA ADAMA»— avanzó hacia ella:

—¿Puedo ayudarla?

—Me gustaría hablar con Bernard Benedick.

La galerista parpadeó detrás de las gruesas gafas graduadas.

—¿Hablar sobre qué? —preguntó con un ápice de condescendencia.

—Sobre este cuadrito —contestó Louise sacando de la *tote bag* el lienzo que Taillefer había cogido en casa de su madre.

La actitud de la chica cambió de golpe.

—¡Oh, es un Sabatini! Es muy bonito. El fondo azul luminoso es el que más demanda tiene, junto con el rosa. Voy a avisar al señor Benedick. Está usted de suerte: ha llegado esta mañana de Nueva York y mañana se marcha de nuevo a San José.

Cuando se quedó sola, Louise se preguntó qué pintaba ella allí, con ese malestar que no lograba quitarse de encima. Aunque estaba satisfecha con la implicación inicial de Taillefer, esta pista le parecía muy alejada del asunto que la preocupaba y no se le ocurría cómo podía contribuir a que avanzara la investigación.

«Eres lo bastante lista para que se te ocurra algo a ti solita.»

«¡Y tú eres un capullo, Taillefer!», pensó Louise.

Mientras esperaba a Bernard Benedick, deambuló por la galería. Las dos primeras y espaciosas salas acogían una exposición titulada «Ruido blanco». Era una muestra colectiva en torno al color blanco. Cuadros monocromos, esculturas de mármol, tapices de lino blanco que dibujaban un paisaje de nieve flotante y silencioso. En una de las paredes, parpadeaba un tubo de neón grande. Su luz pálida

proclamaba «El mal blanco debe desaparecer». A Louise le entraron como ganas de vomitar. La exposición en su conjunto le recordaba a una piscina enorme llena de leche condensada cubierta de escarcha. Resultaba angustioso y nauseabundo.

Encontró refugio en la última estancia, mucho más interesante. Bajo el título «El ejército de los muertos», la exposición reunía unos veinte retratos obra de Marco Sabatini. Los lienzos se parecían entre sí. En todos ellos figuraba el mismo personaje del joven de ojos vacíos y plateados que te clavaba una mirada de muerto viviente. Algunos, con mucha textura, representaban dunas, la selva, la montaña, mientras que otros tenían el fondo plano y de color brillante. La luz tampoco era siempre la misma y abarcaba desde el crepúsculo hasta la palidez de las noches de invierno. En cada representación se percibía una tensión, como si en esas pinturas misteriosas se estuviera gestando una tragedia. La lucha, la sangre y la muerte nunca andaban demasiado lejos.

—Menudo curro, ¿verdad?

La pregunta sacó a Louise de sus reflexiones. Se volvió para saludar a Bernard Benedick. Jersey naranja, vaqueros pitillo y deportivas de colores: un sesentón que había decidido ir de joven.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Louise le enseñó el cuadro y le explicó que lo había encontrado en casa de su madre, la bailarina *étoile* Stella Petrenko.

—Sí, claro, nosotros se lo enmarcamos y se lo llevamos a casa. En el distrito VII, ¿verdad?

Louise asintió.

—Fue un regalo del artista a su madre. Me pareció entender que eran vecinos y que se llevaban bien.

Los ojos redondos y cálidos del galerista chispeaban detrás de unas gruesas gafas a lo Le Corbusier.

—Si su madre desea vender este cuadro, estoy dispuesto a comprárselo.

—Mi madre murió.

—Oh, de verdad, lo… lo siento. Seré metepatas… Paso mucho tiempo en el extranjero y esa noticia se me había…

—No se preocupe —lo interrumpió Louise.

—¿Le apetece un café? ¿O alguna otra cosa?

—Un poco de agua, si tiene.

Benedick le ofreció que lo siguiera a su despacho, que estaba en un altillo al que se accedía mediante una escalera industrial. Allí el galerista había montado un sobrio saloncito con una mesa de plexiglás y dos sillones sapo.

—El agua, ¿con gas o sin gas?

—Sin gas, por favor. ¿Podría contarme algo más sobre el cuadro de Marco Sabatini?

—Será un placer —contestó el galerista, que seguía confundido por su falta de tacto—. Cuando murió, Marco acababa de cumplir los treinta y uno. Había estudiado en Milán, en la Academia de Bellas Artes de Brera. Era lo que llamamos un artista emergente: empezamos a exponer sus obras hace dos años. Al principio fue en muestras grupales, donde destacó. Este año dimos el paso y organizamos una exposición en solitario dedicada a sus autorretratos. Un conjunto que él mismo llamaba «El ejército de los muertos».

—¿Lo conocía usted bien?

—La verdad es que no. Era un artista muy enigmático y reservado que casi no salía de casa. Nunca estaba disponible para promocionarse y se mantenía totalmente al margen de los asuntos materiales. Teníamos poco contacto con él, aunque vendimos muy bien sus obras en Art Paris, la Fiac y Art Basel. A nivel comercial, su muerte nos ha supuesto un duro golpe.

—Me da la impresión de que siempre pinta el mismo cuadro, ¿no?

—Sí, es cierto, siempre es el mismo personaje que sufre, con algunas variaciones que hacen las delicias de los coleccionistas.

—¿Hay algún mensaje detrás?

—Lo ignoro. No era de los que comentaban su obra, pero… —el galerista se levantó para coger un catálogo de una estantería— publicamos un folleto sobre su última exposición. El conservador del patrimonio que redactó los textos hace un paralelismo entre el proceso de zombificación de la tradición vudú tal y como se practica aún en Haití. Léase el texto, es muy interesante. Tenga, se lo regalo.

—Gracias —respondió Louise, un poco perdida.

—Me pregunto si Sabatini habría sido capaz de pintar otras cosas. Por desgracia, no lo sabremos nunca.

—¿De verdad se murió de covid?

—Sí, eso fue lo que dijeron en la prensa. Me lo confirmó su novia cuando vino a traerme tres de los cuadros que Marco había terminado justo antes de morir. Hay que ver, con lo joven que era…

—¿Sabe usted qué tipo de relación tenía con mi madre?

Bernard Benedick hizo una mueca.

—De verdad que me gustaría ayudarla, pero no sé nada más.

**3.**

*Plaza de La Contrescarpe.*

*Distrito V.*

Acabo de llegar al café, le informó el mensaje.

Taillefer alzó los ojos hacia la puerta del bar y vio a Nora Messaoud. La enfermera tenía estilo: trinchera beis, melena negra planchada y pintalabios rojo intenso. El poli le hizo una señal con la mano para atraerla a la mesa que ocupaba al fondo del local.

—Gracias por venir. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —contestó ella dejando el bolso en una esquina de la mesa—. Todavía me quedan al menos un par de horas de curro. Si me pongo ahora a beber Moscow mules, podría haber muertos.

Varios relámpagos, a los que siguió el profundo retumbar del trueno, iluminaron el café. Nora se desplomó en la silla, se miró el reloj de pulsera y cambió de opinión parcialmente.

—Sí que me tomaría una Perrier con menta y dos rodajas de limón, siempre y cuando no me tenga aquí mil años.

Taillefer paró *manu militari* a un camarero que pasaba para hacerle el pedido.

—No he entendido nada de lo que me contó por teléfono, inspector Taillefer.

—Comandante —la corrigió él.

—¡Como prefiera, *signor comandante!*

—La Brigada Criminal ha reactivado la investigación sobre la muerte de Stella Petrenko.

—¿Nada menos que la Criminal?

—Unas comprobaciones rutinarias antes de cerrar el caso definitivamente.

—¿Y en qué me afecta a mí?

—Usted la vio el día en que murió, ¿no es así?

—Sí, le estuve cambiando el vendaje durante un mes.

—¿Qué padecía exactamente?

—Contractura de Dupuytren. ¿Sabe lo que es?

—Ni idea.

—Es una enfermedad de la mano que afecta a los tejidos de la palma y a los dedos.

Para ilustrar lo que decía, Nora Messaoud le mostró las coyunturas de su propia mano. Tenía las uñas pintadas de rojo escarlata desmesuradamente largas y con la punta cortada, como el tacón de unos zapatos.

—Es una enfermedad benigna en sus inicios, que se va agravando con la edad. Poco a poco los tejidos afectados se anquilosan y forman nódulos en la palma de la mano y bridas muy duras que retraen y cierran progresivamente los dedos.

—¿Cuál es la causa?

Ella se encogió de hombros y bebió un trago.

—No se sabe muy bien. Seguramente es genético porque a menudo la padecen varios miembros de una misma familia. Parece ser que el alcohol y el tabaco también son factores de riesgo.

Taillefer no conseguía apartar la mirada de las manos de la enfermera. Cada uña era única y estaba decorada con dibujitos: una estrella, una flor, una mariposa, una media luna… Las afiladas garras lo tenían fascinado.

—¿Duele? —preguntó.

—No mucho, pero a la larga es muy incapacitante y hay que operar.

—¿Fue lo que le pasó a Stella Petrenko?

—Sí, le extirparon por completo los tejidos afectados: las bridas calcificadas que le he dicho.

—En ambas manos.

La enfermera se lo pensó un momento.

—No, solo tenía afectada la mano derecha. Por suerte para ella, Stella era zurda.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Así que habría podido sujetar una regadera llena de agua con la mano útil?

—Sí. Oiga, ¿le importa si voy a fumarme un cigarrillo?

Salieron los dos del café y se quedaron debajo del porchecito que compartían los adictos a la nicotina. La plaza de La Contrescarpe brillaba bajo la lluvia. Taillefer llevaba meses sin pisar el Barrio Latino. Tenía recuerdos lejanos de aquel lugar en primavera. Imágenes bucólicas de una plaza de pueblo que contrastaban con la tristeza de ese 28 de diciembre. El lugar parecía desplumado. El Ayuntamiento había talado dos de los cuatro hermosos árboles que rodeaban la fuente central. Para llenar el vacío, los servicios municipales habían colocado un cono de madera reciclada que supuestamente hacía las veces de alternativa ecológica al tradicional árbol de Navidad. Una mísera guirnalda pegada deprisa y corriendo a las láminas de contrachapado emitía una luz asquerosa.

—Siempre me he preguntado por qué la gente acepta que desfiguren así su ciudad —observó Nora.

Aunque el poli estaba de acuerdo, prefirió no abrir un debate para no desviarse de la investigación.

—O sea, que su trabajo era hacerle a Stella Petrenko las curas postoperatorias de su intervención.

—Sí, pero no era muy difícil. Stella llevó una férula durante quince

días y luego había que cambiarle los vendajes regularmente.

—¿Todos los días?

—Sí, para evitar las infecciones.

—Así que la estuvo viendo a diario aproximadamente durante un mes.

—Eso es —dijo ella exhalando una larga bocanada.

—¿Y de qué hablaban?

—De poca cosa. Ese tipo de vendaje se cambia rápido, ¿sabe? No solía quedarme más de diez minutos.

—¿Qué impresión le causó?

—Mi hija hace ballet, así que, lógicamente, me despertaba curiosidad el personaje. Stella me regaló una de sus bolsas de bailarina para ella. Fue maja.

—En el cuarto de baño, encontré bromazepam y sertralina. ¿Estaba deprimida?

—¿Y quién no lo está un poco? —contestó ella con una sonrisa.

Taillefer frunció el ceño:

—Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, supongo que estaba de bajón. No llevaba bien lo de envejecer y no ser ya la estrella que fue.

—¿Tenía amantes?

—Para mí que follaba todo lo que podía.

—¿Le habló de ellos?

—La verdad es que no, es un mal trago totalmente gratuito —soltó mirando el reloj—. Bueno, si no me necesita para nada más, me vuelvo al tajo, comandante. Gracias por el aperitivo.

Nora Messaoud tiró la colilla en el reguero del bordillo y se marchó como una exhalación, despidiéndose con la mano.

**4.**

Taillefer volvió al bar unos segundos, soltó un billete en la barra y salió sin esperar el cambio. Anduvo callejeando bajo la lluvia hasta la parada de taxis de la plaza de Monge, se subió a un coche, dio la dirección y le pidió al conductor que apagara la radio que atronaba en el habitáculo.

Con el retorno de la lluvia y la oscuridad, se había aislado y hecho un ovillo, anticipándose al calvario y la soledad aquella noche. Estaba mirando, ausente, el paisaje fantasmal que pasaba por la ventanilla, cuando le sonó el móvil.

Louise Collange en FaceTime.

Descolgó con aprensión. Luz tamizada y la imagen temblorosa de la joven sentada en el bar Numéro 6.

—Bueno, pues su amiguita no ha aparecido. Espero un rato más y me largo, ¿vale?

Mathias se quedó callado. Lo que veía en la pantalla despertaba reminiscencias dolorosas. Recordaba ese escenario: el suelo de gres, las paredes de ladrillo rojo, las vigas vista de roble. Un ambiente discreto pero acogedor. Y unos ravioli «de la abuela» para morirse.

Louise le contó la visita poco productiva que había hecho a la galería Benedick y el poli hizo otro tanto sobre su encuentro con la enfermera. La conclusión no admitía réplica: la investigación se había metido en un atolladero nada más empezar.

—Te lo dije —empezó a decir Taillefer—, tu madre…

—¡Es usted un plasta! —le espetó ella antes de colgarle en las narices.

Prolongado suspiro. Los adoquines de la calle Square de Montsouris. La casa. La presencia reconfortante de Titus. Mathias abrió la puerta y ni siquiera se molestó en encender la luz. Se descalzó a oscuras y repitió los mismos gestos, mecánicos y cotidianos, para dar de comer al perro. De vuelta en el salón, buscó casi a tientas la botella de Karuizawa y se desplomó en el sofá. Primer vaso hasta el borde. El hecho de no tolerar el alcohol seguramente le había impedido volverse alcohólico y, sin más demora, el whisky lo dejó KO.

Caos.

Cerró los ojos y se dejó llevar a la deriva, mientras les daba vueltas a los acontecimientos del día. El halo de luz pálida que fosforecía en torno al rostro de Louise Collange. Los ojos de zombi del cuadro de Marco Sabatini. Los de huevo duro de la portera y su rostro deformado por la logorrea conspiracionista. La misteriosa conversación que había tenido en la noria de la plaza de La Concorde. La cita en el Numéro 6 a la que no había acudido Lena. Las uñas *stiletto* de Nora Messaoud.

En ese momento, Taillefer estaba totalmente desconectado de la realidad. En su pesadilla, los dedos alargados de la enfermera le estaban despedazando la garganta. Se desangraba, pero sin dolor. Estaba tumbado en un campo de batalla, entre dos trincheras. Veía a los cuervos volando en círculos en el cielo. A horcajadas encima de él, la enfermera seguía clavándole las uñas, esta vez en las entrañas. Al fijarse en ella, se dio cuenta de que no era Nora sino Myriam Morlino, la portera de la calle de Bellechasse.

—¡Cuidado con el grafeno! ¡Quieren controlarle la mente!

Estaba lleno de sangre, le dolía la cabeza y sentía como si una aguja de hacer punto le atravesara los oídos. Morlino lo agarró por el pelo y le sacudió la cabeza.

—¡Está sonando el teléfono, atontado! ¡Es LA COSA! —vociferó.

Taillefer se despertó sudando. «Joder…» El corazón se le salía del pecho. Titus había saltado hasta su cara y le estaba babeando la nariz y la boca. Se limpió con la manga antes de descolgar. No era La Cosa. Era Nora Messaoud.

—¿Está bien, comandante? Por cómo jadea, me parece que lo he pillado haciendo deporte. O en pleno folleteo.

—Pues mire, ninguna de las dos cosas. Estaba teniendo una pesadilla —la corrigió él.

—¿Ya está acostado a las nueve de la noche? ¡Pues sí que lleva usted una vida ordenada!

Taillefer le rascó la cabeza al perro antes de ponerse de pie.

—Al grano. Le llamo porque me he acordado de una cosa —prosiguió la enfermera—. Seguramente será un detalle sin importancia. —Taillefer aguzó el oído—. Le dije que había estado viendo a Stella Petrenko todos los días durante un mes. No es del todo exacto. A finales de agosto, unos diez antes de que muriera, me marché una semana de vacaciones y, como suele hacerse en estos casos, el consultorio contrató a una sustituta a través de una plataforma de profesionales sanitarios.

El poli se masajeó las sienes para asegurarse de que la había entendido bien.

—O sea, que durante ese tiempo otra enfermera se encargó de cambiarle el vendaje a la bailarina, ¿es así?

—Sí, del 25 de agosto al 1 de septiembre.

—¿Podría averiguar cómo se llama?

—Resulta que ya lo he hecho.

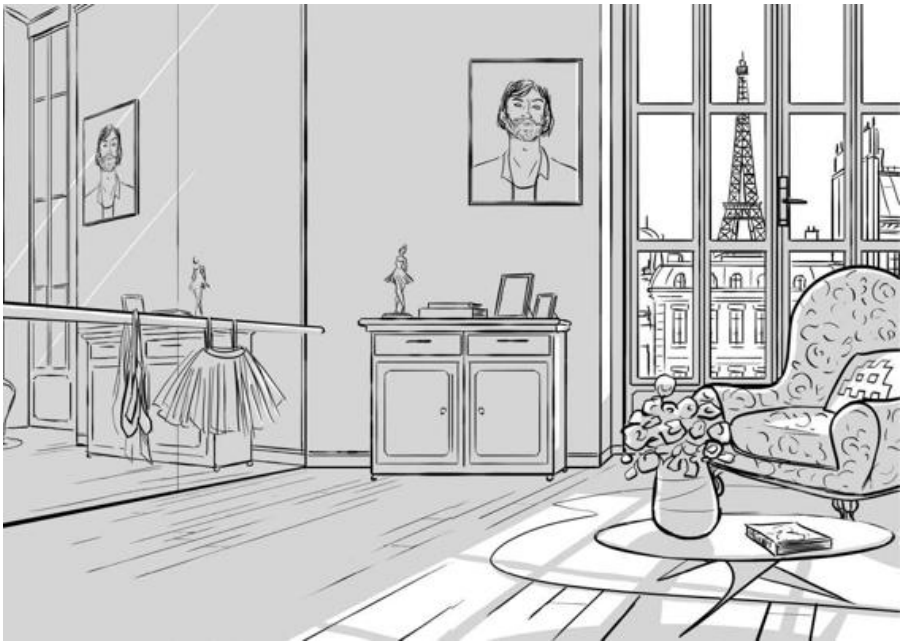
Taillefer cogió un boli para anotarlo.

—Se llama Charvet —anunció Nora—. Angélique Charvet.

La enfermera guardó silencio y por fin se atrevió a decir:

—He terminado mi jornada. ¿Qué tal si me invita a comer sushi? Conozco un japonés muy recomendable en el distrito VII…

# II
# Angélique Charvet



# 5
# Los dos lados de la barrera

*Cuando se derrite la nieve, ¿dónde va a parar el blanco?*

William SHAKESPEARE

*Cuatro meses antes.*
*Extrarradio de París.*
*28 de agosto.*

**1.**

Me llamo Angélique Charvet.

Tengo treinta y cuatro años.

Estoy en mi casa, sentada en el váter.

Con una prueba de embarazo en las manos.

Positivo.

**2.**

Las dos rayas del palito de plástico parecen estar haciéndome burla. Y eso que lo estaba viendo venir: un retraso en la regla, tirantez en los pechos, amagos de náuseas… Me levanto, tiro la prueba en el lavabo y me meto en la ducha.

Inmóvil debajo del agua hirviendo, intento retroceder en el tiempo para identificar al «padre». Mentalmente, cuento hacia atrás las semanas y los días… hasta que me topo con Corentin Lelièvre. Una cita penosa de Tinder, a principios de agosto, que ya tenía medio borrada de la memoria. Un redactor autónomo multiplataforma que se definía a sí mismo como «periodista militante» que se mueve en el margen entre el activismo y la prensa. Careto redondo tipo Tomás el Gafe, perilla de chivo y una calvicie de la que se avergonzaba y que trataba de ocultar debajo de una gorra de visera ancha. Sería un eufemismo decir que no se parecía a las fotos que aparecían en su perfil.

Me llevó al Enfants Terribles, un bar del muelle de Jemmapes. Recuerdo que llevaba una camiseta ecologista ridícula con el eslogan: «NECESITAMOS UNA TIERRA HAPPY». El tío tenía una opinión lapidaria

sobre todas las cosas. Le gustaba tanto oírse hablar que desconecté al cuarto de hora. Y empecé a pedir un Lemon Drop tras otro. Debí de beberme una cantidad disparatada, porque si no, nunca habría accedido a ir con él a su piso de la calle Eugène-Varlin. Follando seguía siendo mediocre. Fue entonces cuando debió de romperse el preservativo. Aunque seguro que no reventó por el tamaño de su polla.

Salgo de la ducha y me visto a toda velocidad. Tengo que dejar de pensar en ese pringado para no enlazar con mis propios tropiezos. Solucionar el tema como la última vez. Una IVE farmacológica en el consultorio de la comadrona Sophie Charbonnier, en la calle de Le Cherche-Midi. Sophie fue compañera mía en primero de carrera en Burdeos. Es tonta del culo, pero por lo menos no me dará la charla psicosocial. Una pastilla de mifepristona para interrumpir el embarazo y otra de misoprostol a las treinta y seis horas. Se pasa un mal rato, pero el fin de semana que viene ya me habré quitado el problema de encima.

**3.**

*Aulnay-sous-Bois.*

*Ocho de la mañana.*

Salgo bajo la lluvia de la casita anticuada de piedra molar en la que vivo desde que llegué a París, hace ocho años. Estamos a 28 de agosto. Es verano en todo el país menos en esta maldita Isla de Francia. Plaza del Genéral-Leclerc, bulevar de Strasbourg y la carretera de Bondy hasta la estación. ¿Puede haber algo más deprimente que el departamento Seine-Saint-Denis? Seine-Saint-Denis cuando llueve.

El caos de costumbre para pillar el tren de cercanías, concretamente el RER B. El vagón está sudando a chorros. Literalmente. Una humedad tropical impregna todo el tren, haciendo que el trayecto hasta París resulte aún más insoportable. Echo un vistazo a Instagram. Amigas en Córcega, Saint-Tropez, la Toscana y bonitos hoteles de la costa adriática. Mi *timeline* se ha teñido de colores mediterráneos. Está todo lleno de mar, gafas de sol, arena caliente, copas de *spritz* y piscinas con flotadores en forma de flamenco. *#summer #goodvibes #sun #love #holidays #naturelover #hotsummernight #summerbliss #protectyourskin #beachbabe #bikiniseason.* A los *hashtags* regocijados que van pasando por la pantalla responden los nombres de estación que pasan por la ventanilla. Drancy, La Courneuve, Gare-du-Nord, Châtelet-les-Halles. Transbordo en Saint-Michel-Notre-Dame antes de llegar a mi destino.

Bajar en la estación de Musée-d'Orsay es una liberación. Aire, por

fin. El Sena, las gaviotas, los dos relojes, los arcos eternos del Pont Royal. París intramuros es otro mundo. Hasta el tiempo parece más clemente. Ha parado de llover y un pedazo de cielo azul asoma entre las nubes. Mientras cruzo el barrio de Saint-Thomas-d'Aquin, vuelvo a respirar. La tormenta ha lavado la ciudad. Los edificios de la calle de Bellechasse brillan como una patena.

«¡Venga, ánimo!»

La jornada de trabajo me parece más llevadera en los barrios ricos. Y más cuando el programa matutino empieza con mi paciente favorita.

Llamo al telefonillo y subo en el ascensor hasta el quinto.

—Buenos días, Angélique. ¿Qué tal está esta mañana?

Es la cuarta vez que visito a Stella Petrenko y siempre es un momento agradable. Tenemos nuestras costumbres. Yo le cambio el vendaje y ella me sirve un té negro con cítricos y charlamos cinco minutos en torno al imponente samovar de plata. Me gusta su piso, la decoración, la vista despejada sobre los tejados, el parqué antiguo encerado. A la ex bailarina *étoile* le gusta darle a la sin hueso. Es ingeniosa y tiene sentido del humor. Me recomienda libros y películas, me cuenta anécdotas apasionantes de su carrera y, por un instante, tengo la sensación de que por fin estoy donde me corresponde. Me digo que también yo podría formar parte de ese círculo donde la vida parece más amplia. Librarme de mi deprimente cotidianidad. Salir de los suburbios y de su horizonte obstruido.

Siempre he intentado ascender: a través de los estudios, las relaciones, las intrigas amorosas, la seducción, la manipulación… Sé cómo ser camaleónica. Durante muchos años, creí a pie juntillas que algún día conseguiría cruzar esa frontera invisible que me mantiene en el lado equivocado de la barrera. Pero el tiempo y los desengaños fueron menoscabando esa convicción. Aprendí a reconocer mis ventajas y mis puntos débiles. Sé que dentro de mí conviven dos fuerzas. La lucha del ángel y el demonio. Los días buenos sí que consigo dar el pego, poner en pausa la angustia, la frustración y la ira, canalizar el caos que tengo en la cabeza. Entonces puedo parecer encantadora, sensata y entrañable. De hecho, eso es lo que seguramente está pensando en este preciso instante Stella Petrenko.

—¿Lo ha oído? —pregunta dejando de pronto la taza de té encima de la mesa.

En el piso de arriba acaba de retumbar un golpe preocupante. Como si hubiesen tirado un mueble pesado lleno de vajilla. Y luego, nada.

—Viene de casa de Marco —dice Stella—. Qué raro, él nunca hace

ruido.

—Quizá deberíamos ir a ver.

Asiente con la cabeza. La sigo hasta el rellano. Como el ascensor solo llega hasta el quinto, subimos las dos por las escaleras.

—¿Quién es ese tal Marco?

—Marco Sabatini, un chico joven que pinta. Un italiano un poco raro, pero muy majo. Ayer tarde vino a pedirme paracetamol. Se le salían los pulmones por la boca y no podía ni andar. Le ofrecí llamar a SOS Médecins, pero no quiso.

Llamo a la puerta varias veces:

—¿Señor Sabatini?

No contesta.

—¿Está ahí, señor Sabatini?

Intento abrir, pero la puerta tiene el cerrojo echado.

—¿La portera tiene copia de las llaves?

Stella asiente:

—Seguro que sí, pero… está de vacaciones.

Miro a mi alrededor.

—¿Qué es eso?

—La antigua escalera de servicio.

Empujo una puerta metálica y descubro un hueco con una escalerilla de mano que conduce a una ventana de evacuación de humo. A pesar de mis defectos, también tengo recursos. Sé mantener la calma y enfrentarme a las situaciones de crisis. Trepo por la escalerilla, giro la ventana y subo a pulso hasta el exterior.

—¡Cuidado, es peligroso! —me grita Stella.

La voz me llega deformada por el eco, diluida por el viento. Acuclillada encima del tejado, tengo la sensación de estar en otra parte. La vista es apabullante. Un océano vertiginoso de pizarra y cinc. Me incorporo a medias tratando de no perder el equilibrio. El viento sopla tan fuerte que tardo un rato en recuperar mis puntos de referencia y la orientación. Para que no me deslumbren los reflejos, me pongo la mano de visera y localizo una serie de claraboyas que deben de dar a la casa de Sabatini. Mientras me voy deslizando despacito a lo largo del canalón, una ráfaga casi me hace perder el equilibrio. Estoy temblando, estoy eufórica, me echo a reír para conjurar el miedo. Me gustan esos momentos que se salen de lo ordinario, que te permiten decir que el día no va a ser como los demás. Una de las hojas está totalmente abierta. Solo unos metros más y logro meter las piernas por el vano angosto sin romperme la crisma.

**4.**

Suelto un suspiro de alivio y me cuelo dentro del piso. Es un lugar sorprendente. Han juntado todos los cuartos de servicio del sexto para formar un espacioso taller de pintor de al menos ciento cincuenta metros cuadrados. En el techo abuhardillado se abren varios puntos de luz que iluminan el espacio.

A pesar de la ventilación, en el aire flota un fuerte olor a trementina. Recorro la estancia con la mirada y veo el cuerpo de Marco Sabatini tumbado en el parqué entre dos borriquetas. A su alrededor hay botes de pintura, tarros de vidrio hechos añicos y una superficie de trabajo que ha debido de tirar al caerse.

Me saco del bolsillo la mascarilla quirúrgica que me había quitado para aventurarme por los tejados.

—¿Señor Sabatini? ¿Me oye? ¿Cómo se encuentra? —le pregunto arrodillándome a su lado.

Tiene treinta y pocos. Melenita con el pelo pegado por el sudor y barba de varios días. El rostro de un ángel que acabara de meterse un chute de heroína.

Me inclino hacia él y le pongo la mano en la frente. Está ardiendo. Intenta farfullar algo, pero tiene tan poco aliento que la voz es inaudible.

—Soy enfermera. Vamos a cuidar de usted.

Me pongo de pie para girar la llave de la puerta de entrada.

—Su vecino está muy mal, Stella. ¿Podría traerme la mochila que he dejado en su piso?

—Claro.

Vuelvo con mi paciente. Lleva una camisa de lino blanco manchada con restos de pintura. Las mangas subidas dejan al descubierto varios tatuajes: la estrella de cinco puntas de las Brigadas Rojas, la paloma de la libertad, la inscripción *Wish You Were Here,* un puño alzado, un puñal de combate goteando sangre, una cita anticapitalista: «El infierno de los pobres es lo que constituye el paraíso de los ricos».

—¿Está vacunado contra la covid, señor Sabatini?

Por el dedo corazón que levanta hacia mí, imagino que significa que no.

Tiene el cuerpo en posición fetal. La mano izquierda crispada contra el pecho. Los pantalones del pijama manchados de rastros de heces líquidas. Sufre un ataque de tos que lo ahoga. Cuando Stella vuelve a subir con mi mochila, le pido que no entre.

—Es probable que sea contagioso.

Coloco el oxímetro en el dedo de Sabatini. Como me temía, la saturación de oxígeno en sangre está por debajo del 90 %, lo que requiere una hospitalización urgente.

Me pongo en contacto con el centro coordinador de emergencias del distrito XV y le explico al asistente los motivos de mi llamada. El tío del otro lado del teléfono tarda siglos en abrir un expediente informático. El típico problema de los dos meses de verano en los que el EMS está desorganizado por culpa de las vacaciones. Le digo que soy enfermera y que mi paciente tiene insuficiencia respiratoria. Como el muy capullo me trata con superioridad, lo presiono para que le pase la llamada al médico coordinador. Este coincide con mi diagnóstico, un caso de covid en estado crítico, y manda para aquí una ambulancia medicalizada.

A los diez minutos el médico, el enfermero y el conductor irrumpen en el sexto piso. Guantes, batas, gafas, efervescencia, el equipo médico se moviliza para administrarle a Sabatini los primeros auxilios de emergencia. Ofrezco mi ayuda, pero los tres tíos prefieren ir por su cuenta. Al final deciden subir al pintor a una camilla y terminar de atenderlo directamente en la ambulancia.

Me quedo sola un momento en el piso vacío. Hay tres cuadros en sus caballetes. Obras singulares que duplican el mismo rostro con mirada de mercurio sobre distintos fondos. Sabatini se ha representado a sí mismo. Un príncipe italiano del Renacimiento. Un Lorenzo de Médicis al que le han sacado los ojos.

Este piso me fascina a la par que me asusta. Cierro con llave con la intención de devolverla, pero al llegar a la planta baja resulta que el llavero no entra por la boca del buzón de la portería.

—¡Ah, Angélique, te necesitamos!

Me doy la vuelta. Es el enfermero, que me llama desde la acera. Qué careto más raro: el pelo rapado, un ojo de cristal hundido en la órbita y cejas de albino.

—¿Todavía estáis aquí? —pregunto al ver la ambulancia aparcada en doble fila—. ¿Qué tal el paciente?

—No muy allá. Intubado y con ventilación.

Hace un ademán con la barbilla para señalarme al médico colgado del teléfono, a cierta distancia, en la acera.

—El doctor está intentando encontrarle una posible cama en reanimación, pero está difícil. En vacaciones siempre hay el mismo follón.

—No me digas.

—Me llamo Esteban.

Asiento con la cabeza. Me fijé en él desde el principio por su aspecto inusual. No es el cuchillo más afilado del cajón, pero tiene algo enternecedor. Lleva en la mano la tableta digital para rellenar el parte de intervención del EMS.

—El doctor me ha pedido que lo ayude a rellenar la cosa esta, pero me estoy liando. ¿Sabes cómo se llama el paciente?

—Marco Sabatini.

—¿Cómo se escribe?

—Mira en el expediente de coordinación médica. Se sincroniza automáticamente.

—¿Me puedes echar una mano?

Echo un vistazo a la pantalla y lo ayudo a rellenar algunos datos del expediente del EMS. Uno de los apartados sobre los interlocutores del paciente solicita que se elija una «persona de contacto». Sin pararme a pensarlo, pongo mi nombre: «Angélique Charvet, amiga».

# 6
# Un poco loca

*Siempre he preferido la locura de las pasiones a la cordura de la indiferencia. Pero como mis pasiones no son de las que estallan, arrasan y matan, las personas corrientes no las ven.*

Anatole FRANCE

**1.**

*Ocho de la tarde.*

He terminado la última visita: una inyección de anticoagulante a un vejete tocapelotas de la calle de Assas. La jornada ha volado sin que me diera cuenta. He barrido todos los pensamientos negativos debajo de la alfombra: la prueba de embarazo, la futura IVE y la cara de gilipollas de Corentin Lelièvre. Hace bueno. El cielo está rosa, lleno de promesas. No me apetece nada meterme en el RER B mugriento para volver a Aulnay. Muy decidida a disfrutar de París unas horas más, subo a pie por el bulevar de Raspail con las manos en los bolsillos de la gabardina. Y me doy cuenta de que aún no he devuelto las llaves del piso de Marco Sabatini.

Como la calle de Bellechasse pilla muy cerca, vuelvo con la intención de dejárselas a Stella Petrenko. El doble código para entrar en el portal, el ascensor hasta el quinto, mi dedo a punto de tocar el timbre. Y un titubeo. Se me antoja algo que no había previsto. Volver a ver el piso de arriba. Sola. Subo las escaleras sin hacer ruido, meto la llave en la cerradura y me doy de narices con la serie de tres retratos de Sabatini.

—Hola, chicos. ¿Estáis velando a un muerto o qué?

Los pares de ojos plateados me miran sin verme.

Subo las cortinas para que entre la luz. Con su tamaño y las vigas vistas, el *loft* resulta aún más majestuoso. Es un espacio diáfano pero austero, casi por completo dedicado a la creación. Los caballetes y las borriquetas han remplazado a los muebles. El parqué está salpicado de millares de manchitas de colores. Por doquier, botes de pintura, paletas, trapos, cuadernos con bocetos abiertos, tarros con pinceles y

brochas.

Husmeo, abro la nevera, los cajones, los armarios, como si estuviera en mi propia casa. Tengo hambre, mordisqueo unos bollitos Chamonix, una manzana Gala, un yogur caducado. En el cuarto de baño, me topo con la reserva de droga que el médico de emergencias habrá descubierto antes que yo. Sabatini no era ningún aficionado en ese aspecto: coca, pastillas de éxtasis, un tubo de oxicodona, bolsitas de plástico de Spice. Miro toda esa mierda con asco. Siempre he procurado mantenerme al margen de ese mundo. Las quimeras que viven en mi cerebro no necesitan ningún adyuvante para joderme la vida. En cambio, no me resisto a un par de chupitos de la botella de vodka con miel que he encontrado en el congelador.

Debajo de un mueble, localizo el móvil de Sabatini, que debió de ir a parar allí cuando el pintor se desplomó esta mañana. Seguramente intentó llamar él mismo a emergencias antes de desmayarse. Un timbre. Que no viene del móvil del artista, sino del mío.

—¿Angélique Charvet?

—Soy yo.

—Soy del servicio de reanimación del hospital Pompidou. La llamo para informarle del estado de su novio, el señor Marco Sabatini.

—¿Cómo?

Me quedo cortada por un momento antes de comprender el malentendido. El informe del EMS ha llegado al hospital y la enfermera cree que soy la novia del enfermo. Su «amiguita» en lugar de su «amiga».

No son buenas noticias. Como ya había adivinado yo, la enfermedad ha afectado a los pulmones y al equipo médico no le ha quedado más remedio que inducir el coma al pintor. Por lo que me cuenta mi interlocutora, comprendo que el hospital está buscando información sobre los antecedentes y los tratamientos de ese paciente de nacionalidad italiana. Me preguntan si lo está tratando algún médico o algún centro de salud. Antes de colgar, le prometo que me enteraré.

**2.**

Me llevo el vodka con miel al balcón. Me desplomo en una mecedora de mimbre desvencijada que el pintor ha sacado para disfrutar del sol. Los colores pastel del cielo han adquirido un tono anaranjado parecido al color de la botella de *krupnik*.

El teléfono que he recogido del suelo es un modelo de iPhone muy viejo con la pantalla rota. Algunos trocitos de cristal amenazan con desprenderse y quedarse entre mis dedos, pero el aparato aún

funciona y no está bloqueado con ninguna contraseña. Sabatini no es un adicto al móvil. A primera vista, en el iPhone no hay nada interesante. El pintor lo usa para dos cosas: hacerle encargos a su camello y mandarle mensajes a su madre, una tal Bianca.

Los envía por tandas, en los momentos de crisis. Malas rachas en las que parece que al hijito le supera el miedo y le obsesionan unas pesadillas terribles. Rachas en las que asegura que lo persigue lo que él llama el «ejército de los muertos». Hasta que en la vida de Marco vuelve a reinar la calma y el intercambio de mensajes cesa. A veces con silencios de varios meses. Por lo que puedo leer en la pantalla, madre e hijo no han vuelto a hablar desde las Navidades pasadas. Retrocediendo aún más, compruebo que al italiano se le da muy bien engatusar a su *mamma* y convencerla de que ha dejado atrás los problemas de adicción. Y ella es lo bastante ingenua para creérselo.

«¿O bien, como parece más verosímil, prefiere cerrar los ojos?»

Siguiendo la conversación, se puede adivinar también que se ven muy de vez en cuando. Bianca Sabatini vive entre Turín y Venecia, y viaja mucho, unas veces a los Estados Unidos, otras a Asia o a las capitales europeas. El nombre de una empresa aparece reiteradamente en los mensajes: AcquaAlta. Conozco esa marca de ropa gracias a Insta y porque ya he pasado delante de su local de la avenida de Montaigne. Una tienda de lujo con prendas de cachemira que llegan a costar el doble de mi sueldo.

Vuelvo a mi móvil. Tengo que saber más. Google: «familia Sabatini» + «AcquaAlta». Los resultados de la búsqueda son interesantes y reveladores: Marco Sabatini es el heredero de una prestigiosa dinastía italiana. De enlace en enlace, la historia de la empresa se va dibujando poco a poco.

La familia Sabatini, de origen piamontés, está metida en el comercio de tejidos y lana desde mediados del siglo XIX. La empresa AcquaAlta, fundada al terminar la Primera Guerra Mundial, empieza construyendo varias hilanderías en el norte de Italia. Durante los Años Locos, amplían sus manufacturas y suministran textiles de calidad a las grandes casas de costura de la época: Paul Poiret, Lanvin, Vionnet, Chanel.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial y hasta la década de 1970, la empresa se internacionaliza y exporta a Asia y a los Estados Unidos, pero cambia de dimensión en los noventa. Es entonces cuando Lisandro Sabatini —el padre de Marco, a quien todo el mundo apoda *L'ingegnere*— toma las riendas del negocio. Sigue ascendiendo de categoría gracias al desarrollo de una lana muy fina procedente de las granjas de chilihueques, una especie de llama escasísima que solo se

encuentra en las montañas chilenas. Tras la caída de Pinochet, AcquaAlta multiplica las inversiones con el acuerdo de los sucesivos gobiernos chilenos para ampliar la cría del animal, que entonces estaba en vías de extinción.

Las grandes marcas de lujo no tardan en arrancarse de las manos esa lana más fina y más cara que la cachemira, y con fama de ser una de las más agradables para vestir. Última etapa de desarrollo: AcquaAlta lanza su propia línea de *prêt-à-porter* que distribuye a través de una red de tiendas de lujo. Un éxito económico fabuloso que ha despertado muchos apetitos. En los últimos años, LVMH, Kering y Richemont han intentado echarle mano a esta joya, a la que a veces se llama «el Hermès italiano». Pero la familia Sabatini rechaza los embates de los grupos de lujo. En las poquísimas ocasiones en que toma la palabra, *L'ingegnere* aprovecha para repetir que AcquaAlta seguirá siendo un negocio de artesanía familiar y que nunca sucumbiría a «la desalmada codicia de los grupos multinacionales».

**3.**

Después de la clase de economía, tocan los ecos de sociedad. Al principio de los años 2000, las revistas *Oggi* y *Gente* (las *Hola* italianas) publicaron varios reportajes fotográficos sobre la familia Sabatini. Marco y su hermana melliza Livia tenían por entonces unos diez años. Los Sabatini aparecían como una familia feliz. Excursiones a Riva por las aguas del lago Como, estancias en Cortina d'Ampezzo para esquiar, vacaciones en su casa del cabo de Antibes… Pero Livia murió a los diecinueve años haciendo senderismo en los Dolomitas. A partir de ese momento, el comportamiento de Marco se volvió inestable, entre chutes de heroína, rebeldía anticapitalista y calaveradas de todo tipo. Un artículo que publicó en 2015 *Il Corriere della Sera* resumía así sus devaneos:

Marco Sabatini, el hijo rebelde del imperio AcquaAlta,
hospitalizado por sobredosis

El hijo de Lisandro Sabatini, principal accionista del grupo AcquaAlta, apareció en la mañana de ayer inconsciente en una casa okupa del barrio de Quarto Oggiaro, en Milán. Fue su compañero de colocón quien tuvo el reflejo de llamar a los servicios de emergencia para avisar de que el hijo de L'ingegnere había consumido 5 gramos de cocaína después de inyectarse heroína. Marco Sabatini fue trasladado al hospital Niguarda. Está fuera de peligro.

El joven de 25 años, titulado en la Academia de Bellas Artes de Brera, es el único heredero de la dinastía Sabatini desde que muriera su hermana Livia. Ha repetido en múltiples ocasiones que no desea ocupar ningún cargo en la empresa. Mientras estaba en la universidad, gestionó una página web estudiantil vinculada al movimiento antiliberal y ecologista, en la que concretamente escribió: «El

capitalismo es la fuente de todos los males de la sociedad. Es incompatible con la supervivencia de la humanidad. A largo plazo, terminará autodestruyéndose, pero se nos ha acabado el tiempo. Por eso la erradicación de la burguesía debe empezar hoy mismo y la violencia es la única forma de lograrlo».

Cuando levanto la vista de la pantalla del teléfono, ya ha anochecido. El cuarto está sumido en una luz negra con reflejos azules. Al otro lado de la calle diviso a un chaval con los cascos en los oídos, jugando en una pantalla gigante. Me llegan desde abajo clamores lejanos. Los de un París en el mes de agosto, vacío en sus tres cuartas partes, que durante unas semanas vuelve a ser un poco provinciano. Una suave brisa refresca el ambiente. Me he terminado la botella de vodka. Atontada por el alcohol, cierro los ojos un momento. Es una sensación extraña. La cabeza me da vueltas y, al mismo tiempo, me noto increíblemente lúcida.

Desde siempre, el aire de la noche me calma. Me diluye la frustración, me estabiliza las ideas, las hace más sobresalientes y constructivas, aunque el mismo sufrimiento vuelva en oleadas. El de estar perdiéndome mi propia vida. El de ser ajena a mi existencia. Una mera espectadora incapaz de escribir su propia partitura. El de ir a rastras por una vía muerta donde se relega a los trenes que no van a ningún sitio. El de pensar que me merezco algo mejor. Como si Dios se hubiese liado al repartir las cartas que nos permiten jugar nuestra vida.

«Mais comment font ces autres à qui tout réussit ?»,[2] pregunta la canción. Yo no consigo encajar en los engranajes del mundo tal y como funciona. Voy a destiempo, recorriendo un camino paralelo que se empantana y se repite. Tanto es así, que me he perdido. Ni siquiera yo sé quién soy en realidad. Ni siquiera qué estoy buscando en realidad.

«Un poco loca.»

Hasta que siempre llega un momento en que vuelve esa expresión.

«Estás un poco loca, Angélique.»

En boca de mi madre. En boca de las que durante un tiempo fueron mis amigas. En la de algunos tíos que han pasado por mi vida.

«Un poco loca, hija mía.»

Un poco loca por vomitar la mediocridad que me rodea y por sentirme presa en ella. Un poco loca por pensar que la vida tiene una densidad diferente al otro lado de la barrera. Un poco loca por no tragarme la fábula de las pequeñas alegrías de la existencia que supuestamente constituyen toda la sal de la vida. Un poco loca por querer huir, por decirme que hay otra vida posible. Un poco loca por preferir «la locura de las pasiones a la cordura de la indiferencia». Un

poco loca por aspirar a algo mejor que esos tíos *low cost* que ligan contigo apoltronados delante del ordenador, entre una partida *on line* y una paja en Pornhub.

**4.**

Abro los ojos. Se me acaba de ocurrir una idea. Una idea «un poco loca», cómo no. Vuelvo a encender el móvil de Marco y selecciono el número… de su madre. La llamada tarda en establecerse. Estoy temblando, me planteo si debería colgar. Reconozco el tono característico de América del Norte y luego:

—*Marco, mio amore, va bene?*

—Hola, señora Sabatini, me he tomado la libertad de llamarla desde el móvil de su hijo, pero…

—¿Quién es usted? —me pregunta en francés.

—Me llamo Angélique Charvet, quería avisarla de que Marco tiene un problema de salud.

—*O Dio mio!* ¿Es grave? ¿Dónde está?

—En el hospital Georges-Pompidou.

Le explico la situación detenidamente. Desde el otro extremo de la línea, noto su desamparo, pero también su voluntad de no dejar que la venzan las emociones y de optar por las decisiones correctas.

—Estoy en Nueva York —me explica—. Son las tres de la tarde. Voy a intentar coger un vuelo a París esta misma noche. Le agradezco que me haya avisado.

—Es lo normal.

—¿No tendrá el número del hospital?

Se lo doy y le propongo:

—¿Quiere que vaya a esperarla al aeropuerto?

—Pero… ¿por qué?

—Podríamos ir juntas directamente al hospital para ver a Marco.

Guardo un prolongado silencio y añado:

—Me lo imaginaba, Marco nunca le ha hablado de mí, ¿verdad?

—No… Creo que no, la verdad.

—Soy Angélique, su novia.

---

[2] «Pero ¿cómo hacen esos a quienes todo les sale bien?» *Si'l suffisait d'aimer,* de Céline Dion. *(N. de la T.)*

# 7
# Situarse donde corresponde

*Entre la responsabilidad y la irresponsabilidad*
*existe una zona imprecisa, un ámbito de sombra*
*en el que resulta peligroso aventurarse.*

Georges SIMENON

**1.**

*Seis días después.*

*4 de septiembre de 2021.*

*Avenida de Montaigne.*

En estos últimos días de verano, el patio del Plaza Athénée era el corazón palpitante del lujoso hotel. Amparado del rumor del tráfico, ofrecía un oasis de tranquilidad y frescor. Las hiedras y las parras trepaban por la fachada hasta los últimos pisos. Los balcones rebosaban de geranios floridos cuyo color era como un eco del rojo vivo de las sombrillas.

Un anticipo de la auténtica vida tal y como me la había imaginado. Sí, al otro lado de la barrera todo tenía más colores, más fuerza, más intensidad. Por fin estaba actuando en una película con el papel protagonista. Una película cuyos decorados no eran de cartón piedra y donde los que me daban la réplica salían de la Juilliard School y no de la asociación teatral de la sala de fiestas de Villeuneve-les-Deux-Verges.

Desde que Bianca Sabatini estaba en París, las dos habíamos cogido la costumbre de quedar todos los días allí, en la terraza del restaurante del hotel, para tomar un almuerzo ligero. Su marido, *L'ingegnere,* se había quedado en Milán para ocuparse de los negocios de la familia. En un primer momento, trató de que trasladaran a su hijo al Hospital Americano de Neuilly, pero renunció después de comprobar la excelencia del Pompidou.

Bianca me adoraba. Porque sabía reconfortarla, porque confiaba ciegamente en mi amor por su *bambino.* Y porque tenía una bonita historia que contar.

Marco y yo nos habíamos conocido dos años antes en el muelle de

Voltaire. Él salía de Sennelier, donde había comprado botes de pintura, y yo, de casa de un paciente al que le había sacado sangre. Nos tropezamos y congeniamos. Marco me ofreció ir a visitar su taller y luego a cenar en Septime. Por entonces, desgraciadamente había vuelto a caer en las drogas, pero como el amor obra milagros, yo lo había ayudado a desengancharse y habíamos empezado a vivir juntos. Yo le había animado a seguir adelante con su serie de cuadros y a enseñárselos al galerista Bernard Benedick. Por la noche, nos gustaba pedir gambas al curri de Le Petit Cambodge y ver series de Netflix. Los domingos íbamos a correr al canal del Ourcq y a veces pasábamos el fin de semana en casa de mi madre, en Trouville. Las próximas vacaciones, Marco había prometido llevarme a Islandia para ver las auroras boreales. Una parejita muy maja de pijoprogres en la ciudad de Anne Hidalgo.

Para Bianca, yo era el ángel de la guarda que siempre había esperado que el cielo le enviara a su hijo para volver a encarrilarlo. El elemento estable que había logrado levantar un entorno seguro en torno al niño de sus ojos. Yo le parecía tranquilizadora: no era ambiciosa como la mujer de un futbolista, ni vulgar como una tía buena, ni codiciosa como las lagartas de los clubes de los Campos Elíseos. Yo era una dulce enfermera que había luchado «en primera línea» durante la crisis sanitaria y a la que la covid había convertido en una heroína cotidiana. Era altruista y me volcaba en los demás. Había sido voluntaria en el centro de atención de Médicos del Mundo en Plaine-Saint-Denis (lo cual era cierto, aunque fuera por poco tiempo). Mis padres eran profes. Podía mantener una conversación sobre pintura renacentista, había visto las películas de Antonioni y de Nanni Moretti, sabía quiénes eran Mario Draghi y Matteo Renzi. Era una buena chica del pueblo tal y como se las representan los ricos.

Y si yo le gustaba a Bianca, debo confesar que era algo recíproco. La italiana me fascinaba. Por ser amable sin fingimientos, por ser tan sencilla y distinguida a la vez. Incluso cuando la vida la ponía a prueba, no se desprendía de su porte de patricia. Tenía sesenta y pocos años, rasgos regulares y sosegados, y el pelo rubio apenas ceniciento recogido en un moño. Su ropa reflejaba una elegancia discreta perfectamente dominada y, se sentase donde se sentase, un oportuno rayo de sol siempre acababa resaltando su aura de madona.

Hablaba un francés impecable, pero, con el entusiasmo de la conversación, a menudo soltaba frases medio en italiano. A Bianca le gustaba contar las actividades filantrópicas que desarrollaba a través del buque insignia que constituía su fundación. AcquaAlta Foundation estaba orientada a la educación, las artes y la lucha contra la pobreza

mediante la implantación de microcréditos; tenía oficinas en Manhattan y en Turín, y manejaba millones de euros.

Pero su tema favorito seguía siendo, cómo no, su Marco, que tan preocupada la tenía. Cada vez que teníamos una conversación, aportaba pequeños toques al retrato de su hijito. Para mí era una historia trivial de niñato burgués. Para ella, la trayectoria de un «chico estupendo, inteligente y sensible» que había *«molto sofferto»*.

—*Non so si te l'ho detto, Angelica, ma* fue la muerte de su hermana la que le dio un vuelco a su vida. Livia y Marco estaban muy unidos, eran casi uña y carne. Invencibles. Pero cuando Livia se nos fue, Marco seguramente quiso seguirla. *Inconsciamente.* Empezó a echar a perder su vida, a cuestionar nuestra autoridad, a no querer plantearse trabajar en la empresa familiar y a hablar como un rojo.

—*Per attirare l'attenzione di suo padre?* —pregunté haciendo acopio del italiano que recordaba del instituto.

—*Probabilmente! Ma* Lisandro no lo soportó. Quiere a su hijo, pero prefiere AcquaAlta, el fruto de las entrañas de seis generaciones de Sabatini.

—¿Su marido quería que fuera Livia la que se encargara de la empresa?

—*Certo.* Marco siempre fue demasiado blando, demasiado artista. Nunca estuvo a la altura de las expectativas de su padre. De ahí que dejaran de tratarse hace nueve años. Mi marido incluso llegó a cerrarle el grifo, aunque, claro está, se barrunta que soy yo quien ha pagado el *loft* de la calle de Bellechasse y…

La frase se quedó en suspenso al interrumpirla el tono del móvil de Bianca. Descolgó y, por la luz de su mirada, enseguida comprendí que llamaban del hospital.

Por primera vez, había buenas noticias sobre la salud de Marco. La superinfección pulmonar empezaba a remitir, el estado general mejoraba y el equipo médico opinaba que podía volver a respirar por sí solo. A la italiana se le iluminó la cara. Dejándose llevar por la emoción del momento, me apretó el antebrazo y activó el altavoz del teléfono para comulgar juntas fervorosamente.

—Ya estamos reduciendo las dosis de medicamentos y vamos a suavizar la sedación —anunció el médico.

—*È una notizia eccezionale! Una grande speranza!*

—A ver cómo reacciona su hijo, pero tardaremos un buen rato en despertarlo. Nos gustaría que vinieran la señorita Charvet y usted. La reanimación suele ir mucho mejor cuando hay caras conocidas. Los pacientes están menos desorientados.

**2.**

Bianca quería ir al Pompidou de inmediato, pero por suerte el sanitario la disuadió: el despertar sería muy progresivo y duraría uno o dos días. Era mejor que reservásemos las energías para el día siguiente, cuando nuestra presencia resultara más útil. Bianca estaba en la gloria y demasiado emocionada para quedarse quieta. En lo que llegaba el momento, decidió dedicar la tarde a arreglar el piso de su Marco para que resultara lo más cómodo posible y convertirlo en un nidito acogedor en el que pudiera recuperarse cuando le dieran el alta.

El *loft* era el punto débil de mi plan. Antes de que la italiana lo visitara por primera vez, yo había llevado deprisa y corriendo a la calle de Bellechasse algunas cosas mías para crear la ilusión de que su hijo y yo vivíamos juntos, pero me di cuenta de que no era lo que ella se esperaba. Así que me inventé sobre la marcha una explicación: Marco y yo repartíamos el tiempo entre mi piso y el *loft*.

Tras ir de excursión a los locales de decoración del bulevar de Saint-Germain, pasamos el resto del día limpiando y reorganizando el espacio del taller. Bianca y su tarjeta de crédito hicieron milagros. Al enterarse de la identidad de su clienta, la tienda Knoll le ofreció llevarle ese mismo día unos muebles de exposición: una mesa Saarinen, unas sillas Chandigarh, un sillón Eames con su reposapiés y una alfombra clara de pelo largo. El piso podría haber sido portada de la revista *AD*.

Yo estaba de los nervios. Una borrasca inexorable iba a mandar a la mierda mi castillo de naipes. Y eso que notaba dentro de mí una fuerza desconocida. Una llama que en lugar de consumirme dejaba al descubierto recursos inagotables. Me gustaba la historia que había elaborado para Bianca. Me gustaba mi nueva vida. Aunque estuviera basada por completo en una mentira, ¿no se podría calibrar la realidad para que encajara con mis ficciones? Cuando las hadas se inclinaron sobre mi cuna, no estuvieron mucho rato, pero sí me concedieron un poco de pesquis y esa pizquita de locura que ahora me impulsaba a correr todos los riesgos.

Cuando anocheció, antes de despedirnos, Bianca y yo nos fundimos en un abrazo. Bajé con ella a la calle para acompañarla hasta el taxi. Me estrechó de nuevo, me besó en ambas mejillas y me acarició el pelo, convencida de que estábamos en vísperas de ser felices y comer perdices. «*Grazie, Angelica, grazie, figlia mia.*»

Incluso ya dentro del coche, la italiana bajó la ventanilla para seguir hablando conmigo. Marco iba a empezar una nueva vida por el buen camino. Esta dolorosa experiencia, a la postre, sería positiva. «*I momenti belli e quelli difficili, non durano per sempre.*»

Por fin el taxista arrancó. Respondí a los gestos de despedida de Bianca haciendo a mi vez grandes aspavientos y hasta me quedé aún casi un minuto en la acera después de que el coche desapareciera de mi campo de visión, notando un gran vacío. Luego subí al piso para recoger mi mochila.

A cada vez temía toparme con la portera, que ya había vuelto de vacaciones. Pero la portería principal estaba en otro edificio y me daba la sensación de que la portera tenía un concepto muy minimalista de su oficio, aunque solo me había cruzado con ella una vez y no me había dirigido la palabra.

Cerré la puerta en silencio y, al adentrarme en la habitación, vi que el sillón de cuero recién adquirido giraba sobre su eje. Sorprendida, solté un gritito.

Stella Petrenko, arrellanada en la *lounge chair* con las piernas cruzadas, me miraba con una sonrisa astuta en los labios.

**3.**

—Si te crees que no he comprendido lo que te traes entre manos…

—No está bien escuchar detrás de las puertas, señora Petrenko.

Intenté que no se me notara la turbación, pero esa noche, la bailarina me asustaba, con el turbante, las botas de fieltro oscuro y el inmenso chal negro que la envolvía por completo.

—Embaucar a la señora Sabatini haciéndole creer que eres la novia de Marco, ¿ese es tu plan, verdad?

—Creo que no es asunto suyo.

—Pues resulta que sí, porque Marco me cae muy bien.

Tenía el rostro desencajado. Ya no quedaba en él ni rastro de amabilidad ni benevolencia. Solo una sonrisa fija con la que parecía una bruja maléfica.

—¿Conoces el concepto de *Schadenfreude,* Angélique?

—Explíquemelo.

—Es una palabra alemana que designa el sentimiento de alegría que se experimenta al contemplar la desgracia ajena.

Entre las manos de Stella Petrenko apareció un cigarrillo que encendió con un Zippo muy raro decorado con nácar.

—Ya sabes, esa especie de placer culpable que sientes cuando mujeres más guapas que tú, más ricas, más luminosas, se llevan un buen palo en toda la jeta.

—No basta con ser feliz, además hace falta que el resto sea desgraciado, ¿es eso?

—Lo has pillado. —Le dio una larga chupada al cigarrillo antes de continuar—: ¿Sabes?, cuando las arrugas de las comisuras de los ojos

son cada vez más profundas, cuando ya no consigues perder los kilos de más, cuando se te encogen las tetas, cuando la cara se te descuelga como si fuera a largarse, cuando los tíos ya no se te quedan mirando por la calle… —Se detuvo en mitad de la frase para dar otra calada—. Empieza muy pronto, créeme, y es brutal… En fin, cuando comprendes que tus mejores años ya se han quedado atrás y que en tu vida ya no va a haber mucha pasión, te vuelves amargada y mala. Y una mañana te das cuenta de que tus mayores alegrías son las desgracias de los demás.

—No es para enorgullecerse.

—Cierto, pero es lo que hay. Ya no tienes compasión ni piedad. Al contrario, te regocijas con una alegría malvada. Te dices que no eres la única con una mierda de vida. Y eso te consuela.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque te calé a fondo desde el principio, a pesar de tu carita de buena y tus ñoñerías. ¿Y sabes qué? Que creo que eres clavadita a mí, que llevas dentro una ira y un resentimiento tremendos. Y ahora piensas que a lo mejor has encontrado una puerta que te permita salir de tu vida cutre para ir a jugar al patio de los mayores.

—Pero ¿usted por qué está enfadada?

Stella Petrenko soltó una risa nerviosa.

—Porque alcancé la luz y ya no estoy en ella. Cuando has probado esa sensación, todo lo demás te parece insulso. Dejar los escenarios es terrible. Los artistas no están hechos para vivir en la sombra.

Como un eco de sus palabras venenosas, su aspecto me recordó al personaje que interpreta Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses,* con el rostro decrépito, las pestañas cargadas de rímel, baba en los labios y las cejas elevadas en forma de medialuna.

—También yo voy a hablar con la señora Sabatini —amenazó—. Y te puedo garantizar una cosa: esta mentira la va a cabrear mucho. Una madre odia que alguien utilice a su hijo, puedes creerme.

—No saquemos las cosas de quicio, señora Petrenko. Creo que podemos encontrar un punto de acuerdo.

Metí la mano en la bolsa de tela que había encima de la mesa baja. Dentro había un abultado sobre, en blanco, que le alargué a Stella Petrenko.

La exbailarina lo abrió y se quedó un momento con la boca abierta delante de los fajos de billetes de cincuenta euros. Se puso a contarlos: uno, dos, tres, cinco, nueve, diez…

—Hay diez mil euros. Es un buen punto de acuerdo, ¿no?

Agarró los fajos con ambas manos, los miró como si fueran una valiosa joya y casi se los acercó a la nariz para olfatearlos.

—¿De dónde has sacado esta pasta? —preguntó, comprendiendo que me había subestimado.

Alzó la cabeza, recorrió el piso con la mirada y se le iluminaron los ojos al tiempo que soltaba una carcajada.

—Has vendido los cuadros, ¿a que sí? ¡Ya has vendido los tres cuadros de Marco, mal bicho!

# 8
# Dar el paso

*El Hombre es humano más o menos en la misma medida en que las gallinas vuelan.*

Louis-Ferdinand CÉLINE

**1.**

Cuando Stella Petrenko se hubo marchado, me quedé un buen rato sola en el piso, acodada en el balcón, con todas las luces apagadas.

El olor acre a pintura y cola se me subía a la cabeza. Así que esta noche iba a llegar el momento de la verdad. No podía seguir engañándome, el obstáculo era mayor de lo que yo pensaba. También había aparecido antes, pero si cedía al pánico, todo se derrumbaría. Tenía que mantener a toda costa la animación y la dinámica positiva de los últimos días. Ese despertar de las capacidades infrautilizadas que había notado dentro de mí y que me abría nuevas perspectivas. Tenía que resolver los problemas uno por uno. Actuar. Ya.

Bajé por las escaleras. Hacía una noche calurosa y agobiante. No me apetecía meterme en el horno del metro. Un poco más allá, en la calle de Casimir-Périer, había una estación de bicicletas Vélib'. A primera vista, había una amplia selección de bicis disponible —las azules eléctricas y las verdes mecánicas—, solo que, como de costumbre, no funcionaba ninguna. La «ciudad sosegada», campeona de la «movilidad sin motor» que tanto elogiaba el Ayuntamiento, era en realidad una zona de obras permanentes donde todo está escacharrado. La chapuza de la gestión de las bicicletas de uso compartido era un buen ejemplo: neumáticos pinchados, ruedas robadas, baterías averiadas, cadenas rotas… Por pura desesperación, me subí a una bici con la rueda torcida. Los frenos hacían un ruido tremendo y un pedal amenazaba con soltarse, pero era eso o nada.

«Hala, hija, a pedalear.»

El aire fresco me sentó bien y el esfuerzo me diluyó un poco la angustia. Calle de L'Université y luego la de Solférino hasta el Sena. Luego solo tenía que ir bordeando la orilla hacia el oeste. Era sábado por la noche. Los muelles estaban plagados de gente. En un ambiente

de final de verano, los parisinos se iban de marcha con el kiosco de Rosa Bonheur, la torre Eiffel o el puente Mirabeau de fondo. Alcohol, música y colocón para conjurar la pandemia, las mascarillas, los test y las amenazas de confinamiento de esta crisis sanitaria que no acababa nunca.

Pasado el parque André-Citroën, dejé la bici en la estación de la plaza de Le Moulin-de-Javel y me dirigí hacia los edificios del hospital.

**2.**

El hospital Pompidou es una pila de bloques que parecía haber construido un niño un poco torpe con piezas de Lego gigantes. Dejé la mochila en el banco de una parada de autobús, saqué la ropa de enfermera y me la puse por encima de la camiseta y los vaqueros: bata abotonada y pantalón sanitario de cinturilla elástica.

El tejado de cristal que cubría el patio central siempre impresionaba un poco. Eran las diez de la noche. Como la entrada de urgencias quedaba al otro lado, en la calle Delbarre, el hospital estaba bastante tranquilo. A través de la cristalera se filtraba una luz azul casi irreal que le daba al lugar un aspecto de nave espacial.

Llevaba una semana viniendo aquí todos los días para acompañar a Bianca, así que había tenido tiempo de aprender a ubicarme y visualizar todos los recovecos del vestíbulo. Había vigilantes, pero estaban obsesionados con las normas administrativas relacionadas con la covid. Había cámaras de vigilancia, pero no me preocupaban. No hacía falta bajar los ojos. Bastaba con adoptar la pinta rutinaria de una enfermera que entra de guardia o que acude como refuerzo.

Me lo sigo pensando, aún no me atrevo a ir más allá. Mi plan se basa en una jugada cuyas carambolas no domino plenamente. Aunque sí que soy consciente de que nada cambiará si no soy capaz de correr riegos. Llevo veinte años aguardando este momento. Veinte años esperando a que se presente una oportunidad. Siempre he pensado que a todos nos llega una vez durante la existencia la ocasión de cambiar de vida. Los griegos de la Antigüedad llamaban a eso el *kairós:* el instante decisivo que puede cambiarlo todo de manera radical. El parpadeo fugaz en el que había que actuar so pena de desaprovecharlo para siempre.

Actuar.

Antes de que pase la oportunidad.

Pulso el botón para llamar al ascensor. Rumbo a la primera planta. Estoy temblando de pies a cabeza. Todavía estoy a tiempo de dar media vuelta. Es como si todas las decisiones que he tomado hasta

ahora, tanto las buenas como las malas, hubieran servido para traerme hasta aquí. Hasta esta encrucijada en la que me juego la segunda parte de mi vida y puedo ganarlo o perderlo todo.

Se abren las puertas hacia los pasillos del área de reanimación.

A modo de recordatorio de ese embrión que me complica los planes, me dan arcadas por culpa del olor agresivo a desinfectante y comida mal recalentada. Como si estuviera teledirigida, recorro el laberinto entre carritos metálicos, camillas y sillas de plástico hasta la habitación donde se encuentra el heredero. Gracias a los contactos de papá, Sabatini disfruta de una habitación individual. Tengo que hacerlo muy deprisa. En cualquier momento podría irrumpir un médico, un auxiliar o un enfermero. Miro a «mi novio» tumbado boca arriba, con los párpados cerrados mediante sendas tiritas de esparadrapo. La barba y el pelo largo le dan un aire a Jesucristo, con la maraña de goteros y catéteres a modo de corona de espinas. En el monitor de cardio ondulan y centellean las constantes vitales —ritmo cardíaco, presión arterial, saturación de oxígeno— que dan fe de que mi amorcito ha recuperado la salud.

**3.**

Si algún día acabo en los tribunales, me será imposible negar que actué con premeditación. He hecho los deberes, le he dado muchas vueltas al tema, he investigado, incluso llamé a un colega reanimador, como quien no quiere la cosa. Lo primero que se me ocurrió fue pincharle a Sabatini un bolo de potasio. Una inocente jeringuilla de cinco gramos de KCl que suele utilizarse en tratamientos largos, como suplemento para los pacientes con hipopotasemia. Al inyectárselo de golpe, la concentración plasmática podría provocar una bradicardia y una asistolia. Pero el potasio se mide en los ionogramas estándar y, en caso de análisis *post mortem,* llamaría la atención. Así que hipótesis descartada.

Siento el pecho atenazado. Trago saliva y respiro hondo. ¿El plan que he elaborado sobre la marcha es factible? Y, sobre todo, ¿tendré agallas para llevarlo a buen puerto?

Saco un botiquín de la mochila. Dentro hay una jeringuilla con un protector de seguridad. El calcio funciona según un principio distinto al del potasio. Un bolo de seis o siete gramos de cloruro de calcio aumenta la excitabilidad cardiaca provocando una taquicardia ventricular y luego una fibrilación que puede acabar en paro cardiaco. Ventaja: el calcio no se mide en los ionogramas estándar. Solo se detectaría si se buscara específicamente.

«¿Hay huevos o no?»

No pensar que he perdido el norte. Pensar que es ahora o nunca. Pensar que tengo muy bien calculado el alcance de lo que estoy haciendo. Y que asumo las consecuencias. Para tener el privilegio de empezar de nuevo, hay que romper las reglas.

Clavo la aguja.

Y suelto un grito.

«¡Joder!»

¡Sabatini ha abierto los ojos a pesar del esparadrapo! Me agarra el brazo con todas sus mermadas fuerzas y me mira a la cara, desorientado y aterrado a partes iguales. Me contengo para no chillar, hago de tripas corazón para sostenerle la mirada y aprieto el émbolo.

Soy consciente de que esto supone un antes y un después.

De que acabo de cruzar un punto de no retorno.

Pero era el precio que había que pagar para reconquistar mi vida.

# 9
# Una hija de la familia

*Lo que es terrible en esta Tierra es que todo el mundo tiene sus motivos.*

Jean RENOIR

**1.**

Muere Marco Sabatini
víctima de la covid-19

La Stampa – Agencia France Presse

El pintor Marco Sabatini, hijo de Lisandro y Bianca Sabatini, ha fallecido en París como consecuencia de las complicaciones vinculadas a la covid-19.

El estado del joven, que llevaba varios días ingresado en el hospital europeo Georges-Pompidou, se agravó rápidamente la noche del sábado al domingo.

Marco Sabatini, único heredero del grupo de lujo AcquaAlta tras la muerte de su hermana Livia en 2009, siempre se mantuvo alejado de los negocios familiares y se trasladó a vivir a París hace algunos años. Su trabajo está expuesto desde 2019 en la prestigiosa galería Bernard Benedick.

«Nuestro hijo Marco se ha ido para estar con su hermana Livia», han escrito sus padres en un comunicado de prensa. «A pesar de los cuidados y la entrega sin paliativos de los equipos médicos, a pesar del coraje del que ha hecho gala, Marco no tuvo ánimo suficiente para ganar esta batalla.»

Como todos los miembros de su familia, Marco Sabatini será inhumado en Tortona (Piamonte), feudo histórico de la dinastía desde hace dos siglos.

Tenía 31 años de edad.

**2.**

*6 de septiembre de 2021.*

Lisandro Sabatini me había citado en Chez Luca, un restaurante italiano de la calle de Boccador. No eran más que las diez de la mañana, pero el restaurante había abierto solo para él. Una *trattoria* elegante forrada de madera, con paredes envejecidas de color verde almendra y suelo ajedrezado en rojo y blanco.

Ese día estaba lloviendo. Un capote de plomo y humedad impedía que París respirase. La luz del local estaba tan tamizada que acentuaba

la sensación de claustrofobia. *L'ingegnere* estaba sentado al fondo de la sala, en un banco corrido de cuero negro, detrás de una mesita de mármol opalescente. El hombre de negocios, todo él de una elegancia sobria y refinada, era fiel a las fotos suyas que había visto en internet. Silueta alta y esbelta, traje entallado con solapa ancha, mocasines cerrados y reloj Chronomètre à Résonance F.P. Journe por encima del puño de la camisa, al estilo de Gianni Agnelli.

Hizo un ademán con la mano para invitarme a ocupar la silla que estaba frente a él. Me pasó revista unos segundos, pero sin incomodarme.

—Me habría gustado conocerte en otras circunstancias, Angélique, pero así es la vida. Bianca me ha contado lo mucho que la has apoyado estos últimos días y te lo agradezco.

Asentí con la cabeza, tratando de mantener la calma, con los ojos clavados en la pared que había detrás de él y de la que colgaban fotos en blanco y negro de áridos paisajes de Apulia y Sicilia.

Sabatini prosiguió, fatalista:

—No puedo decir que me sorprenda este desenlace. Hace tiempo que me preparé para que el día menos pensado me anunciaran que mi hijo había muerto. Aunque habría apostado más bien por una sobredosis, un suicidio o la puñalada de un camello. No, al final ha sido la jodida covid…

Se sacó del bolsillo una fotografía de Marco y su hermana en la gloriosa inocencia de sus diez años. Los niños, todo sonrisas, se lo estaban pasando en grande en una piscina de bolas de colores. La inestimable alegría de vivir de la infancia.

—Llevaba años sin hablarme con Marco, pero conservaba en el corazón todos los momentos felices que compartimos cuando era pequeño.

Como yo no decía nada, Lisandro se impacientó.

—Marco te habrá contado las peores cosas sobre mí, pero ninguna es verdad. A pesar de mis negocios, no fui un padre distante ni ausente. Todas las mañanas los acompañaba al colegio, a su hermana y a él. Supervisaba sus deberes a diario y volvía a última hora de la tarde para contarles un cuento antes de volver a la oficina. Bianca y yo no hemos criado a nuestros hijos como príncipes, hemos…

—Marco no me contó nada horrible sobre usted —lo interrumpí—. Sencillamente le reprochaba no haberlo dejado elegir su vida.

—¿Elegir su vida? Pero ¿desde cuándo puede uno elegir su vida? ¿Tú has podido elegir la tuya? —Sabatini se aflojó el nudo de la corbata—. Sé sincera: ¡Marco se pasaba todo el rato pintando zombis con los ojos reventados! ¿Crees que es mejor que dirigir una empresa

donde trabajan mil quinientas personas?

—Le está predicando a una conversa —le dije.

Mi respuesta lo sorprendió. Sabatini no era ningún patriarca centenario. En la plenitud de la vida, lucía un suave bronceado mediterráneo, las sienes levemente plateadas, mirada aguda, y desplegaba una seducción austera y grave. Podría haber protagonizado perfectamente los anuncios de la ropa de lujo que vendía AcquaAlta.

—He sacado adelante esta empresa como mi padre y mi abuelo lo hicieron antes que yo. Y como cinco generaciones lo hicieron antes que ellos. Y estaba en mi derecho de esperar que Marco hiciera otro tanto.

—Pero la antorcha también la podrían haber recogido otros, ¿no? Bianca me dijo que tiene usted dos hermanos y una hermana que también tienen hijos.

—No es lo mismo —exclamó—. No son mis hijos. Tenía la esperanza de que Marco acabara volviendo al redil. De que se endureciera. De que con la edad, se sintiera orgulloso de nuestra dinastía.

—Pero Marco era incapaz de experimentar semejante transformación. A Bianca le adorné un poco el panorama. Lo cierto es que Marco no se había librado del todo de las drogas. Necesitaba un ángel de la guarda veinticuatro horas al día.

*L'ingegnere* se frotó los párpados.

—Tienes el mérito de ser franca y te agradezco que asumieras ese papel. El entierro de Marco será en Tortona, en las tierras de la familia. Si te apetece ir, serás bienvenida.

—Por supuesto que iré.

Hice una pausa antes de jugar la carta más importante de mi plan.

—Su hijo también tenía sus virtudes, señor Sabatini. Aunque tuviera sus diferencias con usted, lo admiraba mucho y le dolía su distanciamiento. A pesar de sus problemas, en la vida de Marco no todo era oscuridad.

A mi vez saqué del bolso una foto que había estado puliendo varios días con Photoshop. Una imagen en blanco y negro de Marco y mía en una playa desierta.

Se la alargué a Sabatini:

—Es de hace tres semanas en Normandía. Qué felices éramos.

La estuvo mirando un buen rato, inmóvil. Se tuvo que fijar en la mano de su hijo encima de mi vientre.

—Estoy esperando un hijo de Marco —dije.

La noticia dejó de piedra al empresario. Fue como si yo hubiera

entrado en el restaurante con una granada de mano en el bolso y acabara de tirar de la anilla.

—Tranquilícese: no le voy a pedir absolutamente nada a su familia. Jamás le exigiré dinero. Criaré al niño yo sola y…

—Espera, espera —exigió poniéndome la mano en el antebrazo.

Sé que está pensando a toda velocidad. Que esta mañana se ha levantado con la certeza de que los días venideros serían una cruz. De que los años venideros serían una cruz. Sin alegría alguna. Crepusculares. Pero que un cambio en la dirección del viento quizá acabe de abrir un claro en ese cielo amargo. *Buon tempo e mal tempo non dura tutto il tempo.*

Sé que, igual que yo, Sabatini conoce el *kairós.* Que igual que yo, se dice que la vida le está ofreciendo una oportunidad inesperada de cambiar las tornas. Una solución llave en mano a todos sus problemas: una reconciliación póstuma con su hijo y un heredero para sucederlo algún día al frente de AcquaAlta. A condición de que sepa aprovechar la ocasión. Ahora o nunca.

—¡Esa es una magnífica noticia, Angelica! —Esbozo una sonrisa—. Vamos a hacer las cosas bien. Muevo muchos hilos, ¿sabes? En Turín conseguiré un reconocimiento de paternidad póstumo para Marco. Si estás de acuerdo, naturalmente.

Mientras yo asiento con la cabeza, *L'ingegnere* se levanta del banco y me da un abrazo.

—Ahora eres una hija de la familia.

**3.**

*El mismo día.*

*Once y media de la noche.*

Pensaba, ingenua de mí, que solo es el primer asesinato el que cuesta de verdad. El que te ha arrojado al territorio de los asesinos. Y que si tienes que volver a matar, te limitas a hacer otra muesca en la culata.

Obviamente, de eso nada. Pero no me queda otra. Tumbé la primera ficha de dominó que al caer ha empujado a las demás. Para seguir siendo dueña de mi destino, tengo que volver a matar. Esta noche tengo en el punto de mira a Stella Petrenko. La misma gracias a la cual todo empezó. La misma por culpa de la cual todo podría pararse.

En menos de diez días, he logrado lo imposible. He detectado una fisura y me he colado en ella. He impuesto mi destino. He osado jugar al póquer una baza insolente y arriesgada. He arrasado con lo que había sobre el tapete y estoy a punto de ganar la partida. Petrenko es

el último obstáculo del camino.

Sé qué giro van a dar las cosas si no hago nada. La exbailarina étoile se volverá una amenaza cada vez mayor a medida que vaya dándose cuenta del éxito de mi plan. Me pedirá más dinero constantemente. Haga lo que haga, vaya donde vaya, siempre tendré esa espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza.

Acuclillada en el tejado de cinc, me digo sin embargo que la muerte de Stella es la última etapa que tengo que superar para liberarme. He subido por la escalera de servicio para que no se percate de que he vuelto. Desde el piso de Marco, he salido por una de las claraboyas y he estado a punto de romperme la crisma. Me he deslizado a lo largo del canalón. Y llevo tres cuartos de hora esperando.

Al principio me temblaba todo. Tenía miedo de romperme la crisma. Ahora se me han dormido las piernas. Por culpa de una bandada de gaviotas que ha echado a volar desde no sé dónde, casi sufro una caída de seis pisos, pero he recuperado el equilibrio en el último momento. Al contrario de lo que me temía, no estoy muy expuesta. Esto no se parece a *La ventana indiscreta.* En el edificio de enfrente solo está iluminado el segundo piso. Es algo que siempre me ha llamado la atención: la cantidad de pisos vacíos que hay en París. Peor para los que duermen en la calle y mejor para mí. Está empezando a hacerse tarde, falta media hora para las doce, el distrito VII no es barrio más animado de la capital. Sin llegar a verlo, oigo que el dueño del bar de la esquina recoge las sillas silbando bajito.

Desde lo alto de mi observatorio de pizarra y cinc, tengo una vista en picado de la terraza de Stella Petrenko. Con sus medias, su maillot y faldita, la vieja está repantingada en la poltrona. Se ha liado un canuto que ha paladeado cacareando de gusto y luego se ha pimplado tres copas de borgoña antes de quedarse traspuesta veinte minutos. Por fin se pone de pie, se masajea la nuca, se acoda en el balcón y canturrea un aria de ópera:

> *Il était un roi de Thulé,*
> *Qui, jusqu'à la tombe fidèle,*
> *Eut, en souvenir de sa belle,*
> *Une coupe en or ciselé…*[3]

El corazón se me sale del pecho. Tengo un nudo en la garganta.

«¡Ahora!»

Salto. Una caída de algo más de dos metros, pero que está a mi alcance. Aterrizo en el balcón, con las manos pegadas al suelo. Me incorporo enseguida.

Stella intenta volverse, pero la agarro a la altura de las rodillas y la levanto con todas mis fuerzas para volcarla por encima de la barandilla. El grito de queja se le queda atascado en la garganta.

Demasiado tarde.

Ya se ha estampado contra el suelo.

Tiro la regadera a la calle y salgo de la terraza trepando por el antepecho para volver al tejado.

Al final, tampoco ha sido tan difícil.

---

[3] Érase un rey de Tule / que por fidelidad a su amada / conservó hasta su muerte / una copa de oro labrada… *(N. de la T.)*

# III
# Mathias Taillefer

# 10
# Sin dejar rastro

*¡Las minucias son importantes!... Minucias como estas pueden dar al traste con todo.*

Fiódor DOSTOYEVSKI

**1.**

*Miércoles, 29 de diciembre.*

Mathias Taillefer se subió el cuello del abrigo al salir de la estación. Aunque resacoso, el poli había hecho el esfuerzo de madrugar, afeitarse, ponerse una camisa limpia y una chaqueta. Cogió el RER B en la estación de Cité-Universitaire, no muy lejos de su casa. Una media hora larga para cruzar París y llegar hasta Aulnay-sous-Bois.

Se paró en la explanada para encenderse un cigarrillo y teclear en el iPhone la dirección de Angélique Charvet que había conseguido gracias a Nora Messaoud. Dio unas cuantas caladas ansiosas, como si el tabaco tuviera el poder de llenarle el depósito de combustible, y acto seguido examinó el itinerario que le sugería el GPS.

Eran las diez de la mañana. El cielo estaba claro como el cristal, pero el frío polar lo atería todo. En ese período de vacaciones navideñas, gran parte de la población del núcleo urbano estaba fuera. Bajo el sol y el barniz del invierno, el centro de Aulnay-sous-Bois ofrecía visiones contrapuestas, entre el distrito XIV de Michel Audiard y los suburbios de Mathieu Kassovitz.

Poco a poco, el expolicía fue reconociendo el lugar. Ya había estado allí hacía diez o quince años por una investigación. En realidad, no había cambiado nada. Los vendedores de comida asiática abrían sus tiendas en la carretera de Bondy, los seguratas echaban un piti delante del Monoprix y un grupo de mendas desocupados sujetaba las paredes de una asociación de barrio. En el bulevar de Strasbourg era día de mercadillo. En plenos preparativos de Nochevieja, los lugareños se aglomeraban en torno a los puestos en un ambiente tenso. Mascarillas, gel, distanciamiento: una nueva variante ponía Francia patas arriba. El día anterior, por primera vez el número de contagios había superado la barrera de los doscientos mil. A dos días de San Silvestre, ómicron

desgarraba familias: aislamientos forzosos, enfrentamientos entre pro y antivacunas, y restricciones cada vez mayores para los desplazamientos.

Sin resuello, Taillefer se paró delante de una farmacia para comprar comprimidos de esomeprazol y aspirina vitaminada. Desde que se había despertado, sufría un tremendo ardor de estómago. Tenía la cabeza como un bombo, le dolían las cervicales y estaba de bajón. Y lo que era más inusual, le costaba mantener la atención. Sus pensamientos se dilataban, se dispersaban y lo rehuían. También le daban mareos: la realidad perdía nitidez, el mundo parecía flotar a su alrededor. Y se le aceleraba el corazón con la taladrante pregunta: «¿Habré pillado yo también el puñetero virus?».

Como tenía un trasplante de corazón, había sido de los primeros en recibir una dosis de vacuna. Para las personas como él, el riesgo de mortalidad se multiplicaba por culpa del tratamiento con inmunodepresores. Como estaba convencido de que el miedo a la epidemia era más peligroso que la propia epidemia, hasta entonces había procurado no preocuparse, pero la evolución de la situación sanitaria cambiaba el juego.

Al salir de la farmacia, se paró en un kiosco del mercadillo para comprar dos cruasanes y un botellín de agua. Le apetecía mucho un café, pero su estómago no opinaba lo mismo: «Ni lo intentes». Mientras se tragaba las medicinas, el teléfono se puso a vibrar. «LOUISE COLLANGE.» Se guardó muy mucho de contestar. Lo último que necesitaba era tener a la cría esa entrometiéndose.

Reanudó el camino hasta una casita de piedra molar en la esquina de la plaza del Général-Leclerc con la calle de Jacques-Chirac. Dos plantas poco acogedoras con frontón escalonado y la fachada ennegrecida por la contaminación.

Mathias no se lo pensó mucho. Empujó el portón chirriante y subió el tramo de escaleras hasta una puerta de madera adornada con herrajes anticuados. Había dos timbres. Uno a nombre de Angélique Charvet y el otro al de una tal Beatriz Barros. Era un lugar tranquilo, pero el instinto de policía lo alertó de un posible peligro. Para calmarse tuvo que notar el contacto de la SIG Sauer que llevaba en su funda de velcro. Antes de que llegara a pulsar el timbre, abrió la puerta un extraterrestre. Un gigante rubio de casi dos metros con el pelo ondulado. Detrás de la mascarilla de pintor con doble filtro se adivinaba el careto abotagado.

—¿Qué quiere? —preguntó el grandullón.

La voz más bien aguda y nasal de personaje de dibujos animados no pegaba nada con su físico. Era como si se hubiera metido un chute de

gas hilarante.

—Mathias Taillefer, de la Brigada Criminal. ¿Y usted es?

—József Vigazs, el propietario.

Una mujer menuda apareció detrás de él. Un metro cuarenta y pelo muy negro. Con cara de ratón sañudo.

—Dile que se identifique, József.

Taillefer se impacientó:

—¿Y usted quién es, señora?

—Mónika Vigazs, su madre.

El poli se masajeó los ojos. Aquel dúo no se lo iba a poner fácil.

—Estoy buscando a Angélique Charvet.

—Ya no vive aquí.

—Vamos a hablar dentro —insistió—. Aquí hace frío.

Pero He-Man y su señora madre seguían quietos delante de la puerta, muy decididos a no ceder ni un ápice de terreno.

Taillefer se desabrochó la chaqueta para dejar a la vista la cartuchera donde guardaba la semiautomática y las esposas que llevaba colgando del cinturón.

—Si lo prefieren, podemos ir a la sede de la policía judicial. En la calle de Le Bastion de Batignolles. Es un edificio nuevo, les puedo hacer una visita guiada.

La amenaza funcionó y los dos perros guardianes aceptaron apartarse a regañadientes.

**2.**

Taillefer entró en la vivienda del primero. Parqué tapado con lonas, escaleras de mano, borriquetas y latas de pintura. El piso estaba en plena obra. Además de salón, cocina, dormitorio y baño, contaba con un sofá, una cama y algunos muebles envueltos en polietileno.

—¿Es aquí donde vivía Angélique Charvet?

—Sí —contestó József tras cruzar una mirada con su madre.

Se había quitado la mascarilla de trabajo y dejado al descubierto un rostro poco agraciado: pelo a cepillo, ojos bovinos y mofletes rubicundos.

—Canceló el alquiler a mediados de septiembre —especificó la ratona—. El inquilino de arriba hizo lo mismo al cabo de un mes. Así que estamos aprovechando para renovarlo todo. Supone una gran pérdida de ingresos, pero así es la vida.

—¿Angélique Charvet dejó una dirección cuando se marchó?

—No, nada de nada. La muy desgraciada ni siquiera se molestó en hacer el inventario al dejar el piso. ¡Si se cree que va a recuperar la fianza, lo lleva claro!

Físicamente, la mujer ocupaba el extremo del espectro opuesto al de su hijo: cuarenta y cinco kilos con la ropa mojada, pelo lacio en torno a la cara chupada, ojos ahumados y penetrantes, y una voz clara con mucho alcance. Costaba creer que fueran familia.

—¿Por qué le importa a la policía? —preguntó la mujer.

Taillefer hizo caso omiso:

—¿Qué clase de inquilina era?

La ratona se rio entre dientes.

—De las que no pagan. Había que insistirle varias veces para que pagara el alquiler.

—¿Vivía sola?

—Supongo —contestó József—. En todo caso, todas las veces que vine para arreglar algo, estaba sola.

Taillefer deambuló por el salón.

—¿Los muebles son de ella?

—No, el piso se alquila amueblado. Lo único suyo son los libros.

Taillefer se paró delante de la estantería y levantó la funda de plástico para examinar lo que contenía. Novelas contemporáneas, clásicos, ensayos, libros de arte, de sociología, de medicina, revistas de moda… Angélique era una lectora voraz y ecléctica. En las baldas observó varias fotos enmarcadas. Selfis artísticos que jugaban con partes del rostro, dejando adivinar cincuenta sombras de Angélique desde el flequillo lacio y rubio hasta la melenita caoba revuelta. *Egotrip* y narcisismo contemporáneo. Una chica solitaria que prefería hacer su propia puesta en escena antes que depender de la mirada ajena. Una chica capaz de revestir distintas identidades. Cambiante y camaleónica. «Puede que peligrosa…»

Al acercarse a la ventana del fondo, se fijó en un cristal roto que habían apañado provisionalmente pegando una bolsa de basura. Al inclinarse, descubrió que habían arrancado dos láminas de la contraventana.

—¿Han sufrido un allanamiento?

—Aquí lo que sobra es gentuza —soltó Mónika Vigazs.

—¿Cuándo sucedió?

—Después de que se fuera Charvet, imagino. O si no, lo rompió ella y se lo calló.

—¿Angélique dejó alguna otra cosa? ¿Ropa? ¿Papeles?

—Lo que dejó esa guarra fue todo hecho un asco —se lamentó la propietaria sorbiendo por la nariz.

Se limpió un hilillo de moco con la manga y señaló con un ademán dos contenedores al otro lado de la calle.

—No había limpiado la casa y los cubos de basura estaban a

reventar.

El poli frunció el ceño.

—Pero… ¿no han limpiado el piso hasta hoy?

—Empezamos antes de ayer y ni siquiera hemos terminado. Entre la recogida de basuras selectiva y los festivos, todas las cajas aún están ahí.

Era demasiado bonito para ser verdad. Taillefer salió de la casa, cruzó la calle a paso ligero y abrió los dos cubos. Volcó el contenido en la acera y se lanzó a registrarlo. Era una tarea ingrata, pero la hizo a conciencia, aunque ni siquiera él sabía muy bien lo que estaba buscando.

Los residuos de Angélique Charvet no eran nada del otro mundo. La chica no se las daba de ecologista y compraba mucho por internet. Había cajas y embalajes de marcas de moda —Sézane, Rouje…—, pero también muchas latas de Coronita, botellas de agua de plástico, pilas y rellenos de poliestireno. Tras diez minutos rebuscando, Taillefer hizo una pausa. El aire helado le congelaba los pulmones y le provocaba escalofríos por todo el cuerpo. En cambio, la frente le quemaba tanto como si tuviera el cerebro en fusión. Aunque seguramente había sobrestimado los resultados de semejante empresa, se frotó las manos para darse ánimos y seguir con la tarea. Examinó los papelotes que había apartado. Nóminas, facturas, recibos del alquiler, extractos bancarios del Crédit mutuel: la documentación económica reflejaba una situación económica precaria pero anodina.

Un carta —como las que se enviaban antes de que la digitalización canibalizara nuestra vida— rota en pedazos le llamó la atención. Tiró la colilla, se arrodilló y colocó los trozos de papel en la acera para recomponer el puzle. Era una larga misiva que le había escrito a Angélique un pretendiente apocado. Un tal Corentin Lelièvre. Taillefer entornó los ojos para descifrar la caligrafía. El tío debía de haber fracasado estrepitosamente. Con prosa chorreante, repetía hasta la saciedad lo mucho que sufría por el rechazo de su amada. Suplicaba a la enfermera que le diera otra oportunidad. El poli se metió la carta en el bolsillo. Le inspiraba una mezcla de asco y pena. Quizá se equivocara, pero no se imaginaba a Charvet con ese chupatintas flojucho perdido en su propia época. Se incorporó y se sacudió la chaqueta y el pantalón antes de volver a meter los residuos restantes en los contenedores.

Sabía que no iba a encontrar nada más. Aquella mañana, en el tren, había comprobado que Angélique Charvet tenía poca presencia en internet. Nora Messaoud juraba que en su momento había visto una cuenta de Instagram, pero debían de haberla cerrado.

El pájaro había volado. Definitivamente.

Recogió una última caja y quiso hacerse el listillo tratando de hacer canasta al tirarla al contenedor, pero rebotó en el borde del cubo y volvió a caer en la acera. Fue al recogerla cuando el poli se fijó en el palito de plástico que había dentro. Al principio pensó que era un test de covid usado, pero mirándolo de cerca comprendió que se equivocaba. Era una prueba de embarazo. Positiva.

Taillefer cerró la tapa del contenedor, pensativo. Se desinfectó las manos con un buen chorro de gel hidroalcohólico. No era momento para ponerse malo. No pudo resistirse a esbozar una sonrisa. Cinco años después de que lo apartaran de la policía, por fin volvía a tener una investigación que resolver. Había conseguido una pista tenue pero interesante. Conocía esa sensación de ver borroso, esas imágenes confusas, esos hilos que al parecer formaban un ovillo imposible de desenredar. No le asustaba. Tarde o temprano aparecería un elemento que pondría orden en esa confusión. Pero ¿dónde estaba esa pieza del puzle? ¿En el piso de Stella Petrenko? Había sido demasiado negligente cuando lo visitó. Por pudor, no lo había registrado tan a fondo como debería haberlo hecho. Pero todo a su tiempo.

**3.**

Louise encendió el intermitente y se metió en la calle de Bellechasse. Por primera vez desde que iba allí, encontró sitios de sobra para aparcar. París nunca le había parecido tan vacío, purgado de turista y desvitalizado por la epidemia. Con los adornos de Navidad desplumados, las calles del barrio de Saint-Thomas-d'Aquin parecían un decorado cinematográfico. Cinecittà sin figurantes.

Aparcó justo en la esquina de la calle Les-Cases, entró en el edificio desierto y llamó al ascensor para subir al quinto. Casi no había dormido en toda la noche por la frustración de que su «investigación» no avanzara. Harta de moverse en esa niebla, había tomado la decisión de atreverse a plantarle cara al fantasma de su madre. Para lo cual debía tener el valor de entrar en el terreno menos reluciente, el de la vida privada de Stella Petrenko. Concretamente significaba en primer lugar peinar su piso ojo avizor sin miedo a encontrar el «mísero montoncito de secretos» que todos llevamos a rastras.

Una vez dentro, cerró la puerta con llave y dejó la mochila en una silla. A pesar del sol que salpicaba el parqué, la casa estaba helada. Louise encendió los radiadores al máximo. Volvió a colgar de la pared el cuadro de Sabatini y, mientras esperaba a que el piso se calentara, llenó de agua la cafetera y se preparó un expreso largo. Un poco antes había llamado por teléfono a Taillefer para pedirle ayuda, pero el poli

había pasado de ella. Qué se le iba a hacer, era lo bastante lista para prescindir de él.

Se bebió el café a sorbitos, mirando al vacío, repasando mentalmente la trayectoria de su madre, marcada por el esfuerzo y la desilusión. Desde que Stella Petrenko era pequeña, su vida no había tenido más que un objetivo: llegar a la categoría de bailarina *étoile* en la Ópera de París. Desde la distancia, ese objetivo se le aparecía a Louise como la raíz de todas las frustraciones que le habían envenenado la vida a su madre. Al mirar las cosas de frente, resultaba que la abnegación y las miles de horas de trabajo intenso habían engendrado más sufrimiento que alegría. Stella se dio cuenta muy pronto de que no era la bailarina más guapa, ni la más grácil ni la más dotada. Pero había subido todos los peldaños con fórceps. Había conseguido que la nombraran *étoile* por desgaste. Desde que tenía memoria, Louise siempre la había oído decir que se lo había «ganado a dentelladas».

El drama de Stella era que no solo quería gustar, sino que quería ser la favorita. Porque sinceramente pensaba tener más mérito que las demás. Ucrania, el desarraigo de su familia, Marsella, las jornadas de ensayo de diez horas, el cuerpo arrasado, las lesiones. Stella nunca había bailado sin que le doliera algo. Su carrera había sido una auténtico viacrucis, pero ¿para llegar adónde? Apenas había dado unos frágiles aleteos en el firmamento y ya le tocaba ceder el sitio antes de apagarse para siempre.

La jubilación en la Ópera había precipitado la caída, y las clases que impartió a continuación en la Ménagerie de Verre no cambiaron su suerte. Marie-Agnès Gillot, Aurélie Dupont, Sylvie Guillem y Marie-Claude Pietragalla habían sabido reinventarse y permanecer en la cima. Stella Petrenko, no. Siempre a punto de quebrarse, física y emocionalmente, se había tomado ese vacío como una sideración. ¿Cómo osaba la vida arrebatarle tan pronto lo que Stella había tardado años en sustraerle?

Louise se había preocupado por ella. Su madre no había construido nada. Desde Laurent Collange, ningún hombre se había quedado de verdad en su vida. Cuando iba a visitarla, Louise se la encontraba sola y desgraciada, llena de un resentimiento que contaminaba una inmensa amargura que cada vez reprimía menos.

Lo más raro era que Stella ni siquiera era su madre biológica. Su «genitora» —como decía su padre— había sido en realidad una exflautista de la orquesta de Radio France. Una mujer inestable, de trayectoria caótica, que había ingresado varias veces en el psiquiátrico, en Alemania y en los Países Bajos. Había compartido la

vida con su padre, Laurent Collange, a principios de los años 2000, y se había quedado embarazada sin quererlo.

Tras sopesarlo mucho, decidió sin demasiado entusiasmo tener al bebé. El embarazo fue un calvario y el parto lo precipitó todo. A los quince días, se marchó a Berlín, abandonando a la recién nacida con su cónyuge. Durante un tiempo vivió en una casa okupa con militantes del grupo Apokalypse, un movimiento alemán de desobediencia civil que luchaba contra la pasividad de los Estados en relación con el sufrimiento animal y el cambio climático.

Laurent Collange le perdió el rastro entonces y nunca volvió a verla. Stella Petrenko entró en su vida cuando Louise tenía seis meses. La bailarina la crio como si fuera su propia hija. No hubo ningún engaño propiamente dicho, pero como la flautista nunca se manifestó para volver a ver a la niña, dejaron de pensar en ella y de mencionarla. Hasta aquel día de 2010 en que a Laurent Collange lo llamaron de los Países Bajos para avisarlo de que su antigua compañera había muerto de un cáncer de mama en un hospital de Rotterdam. Un triste epílogo para una vida grisácea. El padre de Louise esperó a que esta cumpliera los quince para desvelarle que su madre biológica había muerto. Esa historia presente muy entre líneas durante toda su infancia y adolescencia no alteró lo que Louise sentía por Stella Petrenko. No tenía otra madre. Sí que había ido a Rotterdam el año anterior para conocer a su abuela biológica, pero no conectaron. Nada que reseñar. Ninguna historia en común. La frialdad y la indiferencia de los bátavos la reafirmaron en la importancia que le atribuía a sus raíces y en el amor que sentía por Stella, su única madre a pesar de todos sus defectos.

**4.**

La joven enjuagó la taza en el fregadero y se entregó a la tarea que se había propuesto: registrar el piso de arriba abajo. Como en los registros policiales que se ven en la tele, desmontó la cisterna del váter, examinó las láminas del parqué, abrió los cajones, volcó las pilas de ropa, pasó revista al contenido de todos los armarios, comprobó los papelotes del escritorio, inspeccionó el horno y la campana de la cocina, desatornilló los tubos de las lámparas, sondeó el techo y los tabiques hasta que…

Un sonido hueco en la pared de separación de la cocina semiexenta le llamó la atención. Logró girar un ladrillo de vidrio opalescente y descubrió un espacio vacío entre los dos tabiques. Al iluminarlo con la linterna del teléfono, vio que había dos sobres escondidos.

«No hay secreto que el tiempo no desvele», pensó mientras metía la

mano para pinzar los envoltorios entre el índice y el dedo corazón. El primero era un sobre rígido de papel blanco rugoso. Contenía varios fajos de billetes de cincuenta euros. Louise volcó el contenido en la barra encimera de granito y calculó rápidamente el botín. Ascendía exactamente a diez mil euros. «¿Unos ahorros?» Al examinar el sobre de cerca, descubrió un sello seco en una esquina. Un logotipo formado por dos «B» entrelazadas. Recordaba ese monograma: era el de la galería de Bernard Benedick. «¿Será el pago de algún cuadro de Marco Sabatini que le vendió Stella?» Pero, en tal caso, ¿por qué no se lo había mencionado el galerista?

El segundo sobre, más pequeño, solo contenía una memoria USB. Louise sacó el portátil de la mochila y se sentó en una silla delante del escritorio del salón. Conectó el periférico al ordenador no sin cierta aprensión. Solo había un directorio sin título con una docena de vídeos de menos de tres minutos cada uno. Reprodujo uno al azar y, al ver las primeras imágenes, se tapó la boca con las manos. Se distinguía a su madre, filmada desde lejos, retozando con un hombre al que no conocía. Abrió el segundo archivo, y luego el tercero, y…

Todos los vídeos eran del mismo tenor. Lo único que cambiaba era la pareja sexual de su madre. A costa de un tremendo esfuerzo, trató de distanciarse de lo que acababa de ver. Primera observación: no eran imágenes de agresiones. Stella tampoco parecía estar bajo los efectos de ninguna sustancia. Pero tampoco se trataba de una mera colección de *sextapes* reunida a lo largo de varios años. Para empezar, las imágenes eran recientes, fechadas todas ellas en los últimos meses. Para seguir, el decorado era siempre el mismo: el sofá del salón. Por último, estaban filmadas desde lejos con algún tipo de teleobjetivo enfocado hacia… la habitación donde estaba ella en ese preciso instante. Cerró el portátil de golpe y alzó la vista. El sol había desaparecido detrás de un cúmulo de nubes oscuras. El piso estaba ahora sumido en una creciente penumbra. «Mierda.» Louise se sentía observada. Quienquiera que hubiera filmado las escenas con su madre solo podía haberlo hecho desde un observatorio situado al otro lado de la calle. Se abalanzó hacia el ventanal para correr las cortinas antes de refugiarse en la cocina. Se había sentido muy lista y ufana registrando la casa, pero era otro quien movía los hilos. Un marionetista que en ese momento debía de estar pasándoselo en grande detrás de la ventana.

Se quedó un buen rato quieta en el silencio. ¿Quién había grabado los vídeos? Y, sobre todo, ¿con qué finalidad? ¿Chantajear a su madre? Pero ¿por qué iban a ser comprometedoras esas imágenes? Stella siempre había tenido una vida amorosa múltiple y reconocida.

El angustioso silencio se prolongó un rato más hasta que lo interrumpió el roce del ascensor, que alguien había llamado desde un piso inferior. ¿Y si el que la estaba observando había decidido ir a ajustar cuentas? No, ese era un miedo totalmente irracional. Aun así, Louise se acurrucó en un rincón de la cocina y prestó oído. El ruido del ascensor se volvió más preciso y se detuvo en el quinto. «Mierda.»

Oyó en el pasillo unos pasos contundentes que se acercaban. Luego vio que el picaporte de dentro bajaba y que la puerta vibraba con los embates del intruso. Se mordió el puño para no gritar. «¿Qué hago?»

De nuevo reinó el silencio hasta que se oyó un golpeteó metálico. El tío estaba intentado forzar la puerta con un equipo de cerrajero. Esta vez el peligro estaba demasiado cerca. Louise gritó. «¡Socorro! ¡Socorro!» Varias veces. Los gritos solo sirvieron para que el agresor se diera más prisa y decidiera cambiar el método de allanamiento. Ahora estaba intentando echar la puerta abajo. Dos topetazos sacudieron el panel de madera y el tercero lo arrancó de los goznes e hizo saltar el cerrojo. Louise se hizo un ovillo debajo de la encimera. Una última patada remató la puerta y en el vano apareció la silueta de un hombre.

Era Mathias Taillefer.

# 11
# *Hikikomori*

*Cuando falla la vida, hay que vivir de espejismos.*
*Al fin y al cabo, es mejor que nada.*

Anton CHÉJOV

**1.**

—¡Qué susto me ha dado, joder! —gritó Louise saliendo de su escondite.

—Tú sí que me has asustado a mí —replicó Taillefer—. ¿Por qué te has puesto a berrear así?

Entró en la habitación, miró la puerta que acababa de reventar y trató en vano de colocarla en su sitio.

—¿Qué coño está haciendo aquí? —chilló la joven.

—Tranquilízate.

—¿Por qué no me coge el teléfono?

—Te he traído cruasanes —dijo él meneando la bolsa de papel que llevaba paseando desde el mercadillo de Aulnay.

—¡Métaselos por el culo!

Louise se metió en el cuarto de baño dando un portazo.

El poli suspiró. Y pensar que algunos tenían que aguantar a sus adolescentes todos los días en casa… Había que ser masoca. Se calentó las manos en un radiador. Las pastillas empezaban a hacerle efecto. Se sentía mucho mejor. Bastante más valiente. Los milagros de la química. Hasta se permitió tomarse un café para disipar del todo la niebla. Mientras metía la cápsula en la máquina, su mirada se topó con los diez mil euros colocados en la encimera. ¿De dónde salía todo ese efectivo? Se fijó en la abertura de la pared, encontró el sobre abierto con las iniciales «BB» y estableció el vínculo con Bernard Benedick. Louise Collange se le había adelantado registrando la casa.

—¡Anda, vuelve aquí! —gritó—. Tengo información para ti.

No hubo respuesta. Aprovechó para conectar el móvil a la impresora wifi y envió una foto de Angélique Charvet. Un pantallazo en blanco y negro del retrato de la enfermera en su perfil de LinkedIn. El único rastro de Angélique que había encontrado en la red.

Louise se hizo esperar tres minutos largos antes de asomar la nariz, con un mohín enfurruñado. Para recuperar su confianza, Taillefer le contó con detalle la pista de Angélique Charvet que había seguido hasta Aulnay-sous-Bois.

—Puede que te la encontraras al venir a ver a tu madre.

Louise negó con la cabeza. Taillefer comprendió que estaba en estado de shock.

—¿Has encontrado algo más en la pared?

—Una memoria USB.

Fue al escritorio a buscar el portátil y reprodujo el primer vídeo.

Taillefer abrió los ojos como platos y comprendió por qué la joven estaba tan conmocionada cuando había llegado.

—Los otros vídeos son del mismo estilo —avisó ella—. Solo cambia la pareja.

Taillefer sacó el móvil y, de forma refleja, hizo tres fotos de la escena. Se rascó la cabeza. La investigación volvía a tomar un rumbo inesperado. Olía a chantaje, a hábitos sexuales… Cosas con las que nunca se había sentido a gusto. Pero lo que más le incomodaba era el ángulo de enfoque.

Se levantó de un brinco y salió corriendo a la terraza. Por un efecto luminoso, localizó en el edificio de enfrente una ventana donde acababan de bajar la persiana. En el mismo lugar donde había entrevisto un reflejo cuando había estado allí la tarde anterior.

—Tú quédate aquí —dijo volviéndose hacia Louise—, yo voy a hacerle una visita a nuestro mirón.

—Ni hablar, voy con usted.

—No, puede ser peligroso. No sabemos con qué chiflado nos vamos a encontrar y…

—Usted me protegerá —lo interrumpió ella señalando con la barbilla la SIG Sauer metida en su funda.

Taillefer torció el gesto, pero no perdió el tiempo en convencerla. «¡Por fin, algo de acción!» Se sentía restablecido, listo para luchar. Se abalanzó hacia la escalera, cruzó la calle como loco y empezó a llamar a todos los telefonillos de la casa, repitiendo con voz amenazadora su frase amuleto: «¡Es la policía! ¡Es la policía!».

**2.**

El portal acabó abriéndose. Con Louise pisándole los talones, despreció el ascensor y se fue directo al quinto, donde una mujer los estaba esperando, con mirada recelosa, medio escondida en el vano de la puerta.

Ya en el portal el poli se había fijado en el nombre que figuraba en

el timbre: Carine Leblan. Melena corta con tinte pelirrojo, unos cincuenta años mal llevados y plumífero demasiado estrecho. Llevaba una bufanda anudada al cuello y parecía a punto de salir.

—¿Señora Leblan?

Parecía aterrorizada.

—Vienen por Romuald, ¿no? —preguntó, temblorosa—. ¿Qué ha hecho esta vez?

Taillefer intentó entrar a la fuerza.

—¿Nos permite pasar un momento?

Sin esperar la respuesta, se adentró en el pasillo que conducía a un saloncito triste y viejuno.

—¿Vive usted aquí?

—Sí. Pero bueno, ¿qué quieren de mí?

Carine Leblan se había quitado la bufanda y se había desabrochado el plumas.

—¿Estas fotos las ha hecho usted? —preguntó Taillefer, poniéndole casi por sorpresa la pantalla del móvil delante de los ojos.

—¡Qué horror! ¡No, claro que no he sido yo!

—Y sin embargo, están tomadas desde sus ventanas. ¿Sabe quién ha sido?

—Supongo que mi hijo, Romuald —suspiró ella.

—¿Su hijo? ¿Qué edad tiene?

—Casi veinte.

—¿Está en casa?

—Está en su cuarto, pero…

—Quiero hablar con él. Enseguida.

Otro suspiro larguísimo.

—Antes de que interrogue a Romuald, tengo que ponerle las cosas en su contexto.

Carine Leblan parecía agotada. Le costaba pronunciar cada palabra. Fue a rastras hasta la cocina y encendió un hervidor. Louise y Taillefer la siguieron. Cuando el poli se disponía a enlazar con una pregunta, Louise le ordenó callar con una expresiva mirada.

—¿Les apetece un té?

—Con mucho gusto —contestó la joven.

—¿Y a usted?

Taillefer farfulló una respuesta inaudible que Carine Leblan decidió tomarse como un «sí», puesto que dispuso tres tazas encima de la mesa.

—Mi marido era profesor de Lengua y Literatura de secundaria en Altos del Sena —empezó a contar con los ojos clavados en el agua hirviendo—. Como muchos docentes, llevaba muy mal los traslados de

su profesión y que el Ministerio de Educación los hubiera dejado tirados. En estos últimos diez años, iba sin rumbo por su propia vida en un estado de agotamiento generalizado.

Carine Leblan hablaba con un hilo de voz y se notaba que tenía un nudo en la garganta.

—Tenía la sensación de ser una mierda y no paraba de repetir: «¿Cómo hemos llegado a esto?». Había estado muy metido en el Partido Socialista, pero cortó toda relación con sus antiguos amigos políticos abrumado por los derroteros que había tomado la izquierda identitaria. Se encontraba perdido, sufría en carne propia la evolución mortífera de nuestras sociedades desgarradas. No entendía por qué la gente se había vuelto incapaz de hablar entre sí, de convivir, de hallar soluciones a los problemas comunes.

El piloto del hervidor se apagó. Taillefer se estaba impacientando. Carine sacó tres bolsitas de infusión de una caja de cartón y las metió en las tazas.

—En enero de 2020, un lunes por la mañana, mi marido se inmoló en su centro educativo después de un altercado con un alumno. Fue un caso muy sonado. Unos malnacidos grabaron la escena y la publicaron en las redes sociales. Esa tragedia destrozó a mi hijo. No ha vuelto a salir de su cuarto desde que murió su padre.

Louise estaba ojiplática. Taillefer no se inmutó.

—Mi hijo nunca ha sido muy sociable. Desde hace diez años se pasa el día delante de las pantallas. Se le da bien, pero por culpa de esa obsesión ha hecho infinidad de gilipolleces. Seguro que ya lo saben, pero tiene antecedentes penales.

Taillefer no dejó que se le notara el asombro y se limitó a asentir despacio con la cabeza, con cara de estar al tanto. Carine precisó:

—En el último año de bachillerato, pirateó Parcoursup, la plataforma web que asigna las plazas universitarias a los nuevos estudiantes; pretendía impresionar a una chica consiguiendo que entrara en la carrera que quería.

Vertió el agua hirviendo encima del té antes de continuar, fatalista:

—Pero ahora hemos cambiado de etapa. Romuald ha dejado los estudios. No tiene amigos, vive totalmente al margen de la sociedad. Lleva dos años atrincherado en su cuarto todo el día, durmiendo, viendo series y navegando por internet. A veces ni siquiera descorre las cortinas en todo el día. Es capaz de pasarse una semana sin lavarse y orinando en botellas de plástico. Se niega a ver a un psiquiatra y yo ya no puedo más. Tengo miedo de que se margine definitivamente y nunca más vuelva a tener una vida normal.

Louise estaba fascinada con el relato, y Taillefer, escéptico. Llevaba

años leyendo artículos sobre los *hikikomori,* los jóvenes que se recluyen voluntariamente en Japón. Y cada vez se le ocurría la misma reflexión: «Con un par de hostias a tiempo…».

—¿Por qué no le da un meneo? —preguntó mientras soplaba el té.

—La violencia, cómo no… —suspiró Carine Leblan.

—Póngalo de patitas en la calle, ciérrele el grifo y ya verá qué deprisa vuelve a integrase en la sociedad. En cualquier caso, lo que nos ha contado no lo exime de que lo interrogue.

—Hágalo, por supuesto, pero tómeselo con calma. Ah, una cosa más: Romuald odia a los maderos, ya lo verá.

**3.**

Taillefer empujó la puerta del antro del friki con ganas de gresca. Primera sorpresa: las generosas proporciones del cuarto. Seguramente el chaval se había agenciado la habitación más grande de la casa. Una nave de veinticinco metros cuadrados con una vista espectacular sobre los tejados.

Segunda sorpresa: el físico de Leblan. Se había imaginado que se encontraría con un tío de tamaño jugador de baloncesto, pero Romuald era de talla mini y aparentaba menos edad de la que tenía. Con la camisa denim abierta encima de una camiseta de los Foo Fighters, parecía un alumno de instituto rellenito y malcriado. Un adolescente con granos, gafas, un extraño corte de pelo a tazón debajo de una gorra de béisbol y ojos redondeados y huidizos. Hubo suerte: tenía pinta de haberse lavado hacía poco y no había ninguna botella de meado por ahí tirada.

—Hola, Romuald, me llamo Louise —se presentó la joven.

Leblan se frotó los ojos. Tenía los pies al aire, calzados con chanclas, y estaba sentado detrás de tres monitores grandes que formaban un semicírculo en torno a un MacBook Pro cubierto de pegatinas. Debía de haber oído la conversación de su madre con el poli, pero puso cara de sorpresa al ver a la joven.

—Y yo soy la policía —anunció Taillefer.

Se quedaron mirándose, algo hipnotizados el uno con el otro. Mathias aprovechó para echarle un vistazo a la habitación. En las paredes, había algunos carteles tuneados de películas que conocía —*Encuentros en la tercera fase, Robocop*— y de otras de las que no había oído hablar nunca —*El truco final (El prestigio), Bienvenidos a Zombieland*—. Las estanterías se combaban bajo pilas de libros: cómics, mangas, novelas de ciencia ficción, obras sobre magia y mentalismo. El poli le tenía fobia al desorden y ese cuarto lo agobiaba a pesar de su amplitud. Había demasiado follón, demasiados objetos

amontonados, desde una guitarra Gibson Firebird hasta un sintetizador Roland Juno, pasando por una figurita mellada de Goldorak. ¿De dónde sacaba el friki dinero para pagar todo eso?

—¡Aquí huele a tigre! —soltó abriendo la ventana de par en par.

Un raudal de aire helado se metió en la habitación.

—¡Eh, que hace rasca! —se lamentó Romuald.

—Te sentará bien —aseguró el poli—. Te va a airear el cerebro y es bueno para la memoria, ya verás.

Taillefer se acercó al crío, le arrancó la gorra y la tiró por ahí.

—Dentro de casa hay que quitarse el sombrero, majete. ¿No te lo enseñaron en el colegio?

—Pero ¿de qué va? —berreó el chaval como si acabaran de darle un bofetón.

Louise miró a Mathias con cara de reproche, pero Taillefer siguió provocándolo.

—¿Alguna vez ordenas tu cuarto? —preguntó mientras señalaba los envases acumulados en la papelera: caramelos, cajas de KFC, kebabs, latas de refresco…

Sin cortarse ni un pelo, abrió los cajones del escritorio para echar una ojeada.

—¡Eh! ¡No tiene derecho a hurgar en mi intimidad!

—A callar, caraculo.

El friki se puso a pegar voces.

—¿Por qué viene aquí a tocarme las pelotas, puto madero?

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el poli señalando un catalejo colocado en un trípode delante de la ventana—. ¿Es para observar las estrellas o para mirar a las vecinas?

—Yo…

—¿Y estos vídeos? ¿Los has grabado tú, so pajillero? —gritó poniéndole el móvil delante de las narices.

Romuald Leblan se zafó de Taillefer y, tras pensárselo un buen rato, cambió radicalmente de tono y de estrategia para hacerse responsable de sus actos sin el menor remordimiento.

—Sí, fui yo, ¿y qué? Estoy en mi casa, hago lo que me da la gana.

—¿Conocías a Stella Petrenko?

—Qué remedio. Con la de años que llevamos viviendo aquí…

—¿Por qué tenía en su casa una memoria USB con estos vídeos? ¿La estabas chantajeando?

El friki soltó una carcajada burlona.

—¡Ja, ja! Esto es el mundo al revés.

—Explícate.

—Fue ella quien me pidió que la grabara.

—¡Mentira! —exclamó Louise.

Taillefer no estaba seguro de haberlo entendido.

—¿Qué estás diciendo?

—Era un chanchullo que había montado para ganar pasta. Localizaba a tíos casados, sobre todo provincianos o antiguos admiradores. Se los llevaba a casa y luego insistía para follar en el salón.

—Y tú, desde el otro lado de la calle, jugabas a ser Kubrick.

—Kubrick nunca hizo porno, pero esa era la idea, sí.

—Y luego les pedíais dinero para no publicar el vídeo…

El friki había recuperado algo de aplomo.

—Veo que lo has pillado, abuelete.

—Qué sórdido —opinó Taillefer.

—Bah, no es nada malo.

Conmocionada, Louise insistió:

—Me das náuseas.

—¡Sin pasarse, que no se ha muerto nadie!

—Pues sí, precisamente. Se ha muerto Stella.

Romuald volvió a sentarse en la silla con las piernas cruzadas.

—¿Qué tendrá que ver? Se reventó la cabeza cuando se cayó por el balcón.

—O puede que la empujaran, ¿no? —preguntó Taillefer señalando la panorámica parisina por la ventana—. La noche en que murió, ¿no notaste nada raro?

—No, ya me lo preguntaron.

—¿Quién?

—Debería saberlo, ¿no? Una poli. De origen senegalés, creo. Hizo la ronda de todos los vecinos del bloque al día siguiente del accidente.

«Fatoumata Diop, la teniente de la 3e DPJ.»

Taillefer se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo. Aquel crío lo tenía intrigado y le evocaba la imagen de un pachá relajado como un gatazo. Gracias a internet y a los ordenadores, el chaval no estaba para nada aislado del mundo. Solo se había encerrado en su zona de confort. Las deficiencias de Romuald lo remitían a su propia infancia, pero como si fuera el negativo de una fotografía. Montpellier, barrio de la Paillade. ¿Cuántas tardes libres, sábados y vacaciones escolares había pasado en las obras, acompañando a su padre, aunque solo tuviera catorce años? Tardes enteras partiéndose el lomo al sol para llevar unas decenas de francos a casa. Duros recuerdos que lo llevarían a aborrecer para siempre a los ninis como Leblan.

Louise tomó la palabra:

—Puede que algunos de los hombres a los que chantajeasteis

quisieran vengarse.

—No, olvídate, no eran más que paletos a los que les pedíamos cantidades pequeñas: mil quinientos, dos mil euros… Y siempre pagaban todos.

—Aun así, mándame la lista por correo electrónico —ordenó Taillefer apuntando su dirección en un post-it—. ¿Qué estabas haciendo la noche que murió Stella?

Romuald suspiró mientras estrujaba el estuche de sus AirPods:

—Que ya lo he contado todo, tío.

—Pues lo repites, amuermado.

—Estuve viendo el fútbol en la tele: Bélgica contra la República Checa.

—¿No había ningún partido más sexi?

—Mi madre es belga. Tengo doble nacionalidad. Y los Diablos Rojos son superbuenos.

—Controlan, pero al final nunca ganan, ¿me equivoco?

Romuald se ofendió.

—Bueno, ¿ha venido para hablar de fútbol o de…?

—¿A qué hora terminan los partidos? —retomó el poli—. Diez y media u once. ¿Qué hiciste luego?

—Estuve jugando *on line* con los cascos puestos hasta que la pasma y los bomberos se plantaron en la calle montando bronca.

Taillefer aplastó la colilla con la suela antes de tirarla por la ventana. Astuto, manipulador e inteligente: el chaval era una pieza importante del puzle, lo notaba. Un limón que aún no había exprimido bastante. Tuvo una inspiración:

—¿Conoces a esta chica? —preguntó alargándole el iPhone que se estaba quedando sin batería.

—No está mal —fanfarroneó Romuald tras echar una ojeada a la pantalla—. ¿Cómo se llama?

—Angélique Charvet. ¿La habías visto antes?

—Estaba allí el día que los de emergencias vinieron a buscar al pintor que se murió de covid, Marco Pantani.

—Marco Sabatini —lo corrigió Louise.

—Sí, eso. Estuvo un buen rato hablando con uno de los camilleros, que era feo que te cagas.

«Siempre tan sutil.»

—¿Los llamó ella?

—Puede, no tengo ni idea.

—¿Y la has vuelto a ver después?

—Pues sí, eso es lo más raro… volvió esa misma noche.

—¿Volvió adónde?

—A casa del pintor. Se sentó en la terraza y estuvo tomándose unas copas tan tranquila, como si estuviera en su casa.

Taillefer dudaba.

—¿Estás seguro de lo que cuentas?

—Segurísimo. La vi beberse el vodka a morro.

—¿Por qué no se lo contaste a los policías?

—No era asunto mío.

—Puede que Charvet fuera la novia de Sabatini —aventuró Louise.

—No, créame, ese no tenía novia. —Romuald se rio entre dientes.

—¿Cómo puedes ser tan categórico?

—Sabatini era gay. A veces se llevaba tíos al taller y no solo para enseñarles sus cuadros, pero nunca vi a ninguna pava. Y no fue por no estar observando.

Louise y Taillefer se miraron: eso no encajaba con lo que había dicho Bernard Benedick. Definitivamente, el galerista no había sido claro. Ahora tocaba interrogarlo a él.

—Entonces ¿qué, abuelete? ¿Estoy detenido? —preguntó el friki con tono regocijado.

Taillefer suspiró.

—No me dan ninguna pena los mierdecillas como tú. Tu madre se muere de preocupación por cómo te comportas. Debería darte vergüenza hacerla sufrir así. Estás matándola a fuego lento en lugar de protegerla.

—¡Ok, boomer! Las mujeres ya no quieren que las protejan. ¡Bienvenido al siglo veintiuno!

—No te hagas el tonto conmigo, carapolla.

—¿O qué?

—O te reviento la cabeza.

—¡Ja, ja! Y estaría suspendido antes de que acabara el día.

La frente de Taillefer rozó la del friki.

—Hace años que no soy poli, capullo. Solo un nini como tú podía habérselo creído. Te puedo romper los huesos cuando me pete.

—¡Mire cómo tiemblo!

Louise se interpuso cuando vio que subía el tono de la conversación.

—Venga, Mathias, nos vamos.

Pero Taillefer había agarrado al friki por el cuello de la camisa.

—¡Zombi de mierda! —gritó mandándolo a la otra punta de la habitación.

# 12
# La plaza de l'Étoile

*La verdad de un hombre reside ante todo en lo que oculta.*

André MALRAUX

**1.**

*Primera hora de la tarde.*

La plaza de l'Étoile estaba irreconocible. El Arco del Triunfo llevaba tres semanas envuelto en una tela de color plata azulado y atado con cuerdas rojas. El montaje póstumo de los artistas Christo y Jeanne-Claude tenía a los parisinos divididos, pero suscitaba curiosidad.

Louise se metió en la glorieta desde la avenida de Friedland pisando a fondo el acelerador. El cochecito se incorporó al tráfico con cierto esfuerzo. La rotonda del Arco del Triunfo, punto de encuentro de nada menos que doce arterias principales, tenía fama de ser una de las más peligrosas de Francia.

—Mucho ojo —dijo Taillefer—. Tienes un capullo pegado al culo.

Cada vez que se aventuraba por allí, Louise tenía la sensación de estar subiendo al patíbulo. Nunca conseguía orientarse, confundía el nombre de las avenidas: Wagram, Hoche, Foch, Marceau… Símbolos napoleónicos remotos que en su mente, como en la de muchos parisinos, los chalecos amarillos se habían llevado por delante al saquear el Arco del Triunfo. La herida aún seguía ahí, pero el monumento ya había recuperado sus colores. El cielo de invierno que se reflejaba en la superficie de la tela creaba en los pliegues ondulaciones hipnóticas. Ataviado con su nuevo traje luminoso, casi daba la impresión de estar vivo.

—Cuidado con el autobús, que va como loco. Cambia de carril. Por cierto, ¿dónde me has dicho que vivía Bernard Benedick?

—En la avenida Kléber número 16, según me dijo su asistente, pero seguro que se ha marchado ya al aeropuerto.

—Acelera.

—¡Voy al límite, Mathias!

Taillefer se rebullía en todas direcciones sin poder disimular su

impaciencia. Louise se concentró. Las reglas no eran las mismas que en las demás rotondas. El vehículo que ya estaba dentro tenía que cederle el paso al que entraba. Cuando salieron de la habitación del friki, en la calle de Bellechasse, le había entrado de golpe un cansancio tremendo. Guiñó los ojos varias veces. El gigantismo de la plaza le daba vértigo. Los múltiples carriles de circulación, los bocinazos agresivos, la falta de señales de tráfico o indicaciones en el suelo…

—¡Cuidado!

Un escúter que había surgido de la nada le cerró el paso. A Louise le entró el pánico y cometió el error de querer adelantar por la derecha a la abigarrada furgoneta de una floristería para escapar lo antes posible de la glorieta, pero el cochecito patinó en los adoquines y se llevó un prolongado bocinazo. Taillefer perdió los estribos. Bajó la ventanilla y le enseñó el puño con aire amenazador al conductor de la furgo.

Mientras el poli lo ponía verde, Louise pensó que era agradable tener al lado a alguien que la apoyara y se pusiera de su lado cuando metía la pata. Y le cayó aún mejor.

—¡Ese de ahí, es él!

—¿Qué?

Habían superado la tempestad de la plaza de l'Étoile como dos náufragos en una balsa endeble. El número 16 de la avenida Kléber estaba justo enfrente de la inmensa marquesina de cristal del hotel Peninsula.

—¡Es él, Bernard Benedick, el del taxi! —repitió Louise.

Mathias entornó los ojos. Una silueta acababa de meterse en un taxi de «Club Affaires» mientras el conductor colocaba el equipaje en el maletero. Louise aceleró para pegar el cochecito delante del Mercedes e impedirle maniobrar.

Taillefer se había anticipado y se había colocado por encima del codo un viejo brazalete naranja con la inscripción de «POLICÍA» que se había encontrado esa mañana entre sus cosas. Siempre funcionaba. Sobre la marcha y en plena acción, las apariencias contaban tanto como la realidad. Ni siquiera necesitaba identificarse. Le bastaba con enarbolar la cartera abierta y hablar con voz firme:

—¡Policía, apague el motor!

—Pero…

—Salga del vehículo, señor Benedick.

—¡Voy a perder el avión!

—No si contesta rápidamente a mis preguntas. Todo depende de usted.

**2.**

Sentado en la terraza de un cafetín colindante, el galerista le echaba ojeadas ansiosas a su Nautilus. Frente a él, Taillefer y Louise llevaban cinco minutos mareando la perdiz para presionarlo. El poli se había negado a hacerle las preguntas directamente junto al taxi y había insistido en sentarse para tomar algo.

—Voy a llamar a mi abogado.

—Sería la mejor forma de perder el avión —lo disuadió Taillefer—. Y no creo que todos los días haya muchos vuelos directos a San José.

—Este es el único —reconoció Bernard Benedick.

—Finales de diciembre es un buen momento para ir a Costa Rica, ¿no? Cuando empieza la estación seca, ¿es así?

—¡Bueno, ya está bien! ¿Me van a hacer las preguntas de una puñetera vez?

Taillefer puso sobre el tapete su primera baza: se sacó del bolsillo el sobre con los diez mil euros dentro.

—¿Me puede explicar de dónde ha salido este dinero?

El galerista, pillado con las manos en la masa, tragó saliva muy a disgusto.

—Es… Es parte de la suma que le entregué a la novia de Marco Sabatini.

—¿Por qué motivo?

—Por la compra de tres cuadros.

—¿Por qué ha dicho «parte de la suma»?

—Fue a enseñarme tres cuadritos estupendos. Le propuse comprárselos por diez mil euros cada uno.

—Qué bien viene el dinero en metálico para no tener que pagar impuestos.

—Pero bueno, ¿usted es de la Criminal o inspector fiscal?

—A mí no me hable en ese tono, Benedick.

El galerista apartó los ojos un momento para quedarse mirando las fachadas de enfrente, inundadas de sol.

—Los cuadros de Marco tienen una lista de espera de aquí a la pared de enfrente —prosiguió—. No iba a desperdiciar la ocasión de adquirir obras nuevas.

—¿Por qué fascinan tanto los cuadros de Sabatini?

—Porque los coleccionistas son unos borregos: les gusta lo que ya le gusta a todo el mundo.

—¿Y además de eso?

—Sabatini pinta siempre el mismo cuadro, pero pocos pintores han logrado representar el miedo como él.

—¿Usted qué cree que lo asustaba?

Benedick se encogió de hombros.

—La soledad, la muerte, que Francis Lalane vuelva a actuar… ¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Y los ojos de sus retratos, sin iris ni pupilas, vacíos y como de mercurio?

—Es iridio —corrigió el galerista—. Los ojos vacíos no son una novedad en pintura. Muchos artistas, desde Modigliani hasta Sean Lorenz, han recurrido a ese procedimiento.

—¿Es esta la novia de Sabatini? —preguntó el poli.

Sacó el teléfono para enseñarle la foto de Angélique Charvet, pero se dio cuenta de que se había quedado sin batería. Así que recurrió a la foto de LinkedIn impresa.

—La misma —asintió Benedick—. Un chica curiosa. Inaprehensible. Difícil de etiquetar.

—¿Sabe dónde está ahora?

Benedick abrió los ojos como platos.

—¿Cómo voy a saberlo? Solo he coincidido con ella una vez en mi vida.

—Angélique Charvet nunca ha sido la novia de Sabatini —afirmó Taillefer.

El galerista volvió a encogerse de hombros. Taillefer le dio el golpe de gracia.

—Sabatini era gay. Y creo que usted lo sabía.

—¡Oiga, carcamal, que estamos en 2021! —se rio burlonamente Benedick—. La gente ya no se apunta a una única sexualidad.

Apuró el café de un trago y de pronto pareció ser consciente de que Taillefer no tenía munición contra él.

—Dicho lo cual, yo tengo que coger un avión. Si le hace ilusión, mándeme a los chupatintas de Hacienda, pero, entre usted y yo, algo me dice que no lo hará.

**3.**

Louise se quedó con la taza entre las manos para calentárselas. El cansancio se había evaporado. Se encontraba en un estado de tensión que casi nunca había experimentado. En cuestión de unas horas, el caso de la muerte de su madre aparecía bajo una nueva luz. Al igual que los cuadrados de colorines del cubo de Rubik, los datos dispares se habían encajado para ocupar su sitio en un todo coherente. Después de una partida de pimpón verbal, Taillefer y ella lograron elaborar el guion de los últimos días de Stella.

Angélique Charvet, una enfermera sustituta, embarazada de su primer hijo, estuvo yendo a cambiarle el vendaje a Stella a finales de

verano. El 28 de agosto, se cruzó con Marco Sabatini en muy malas condiciones, gravemente aquejado de covid. Llamó a emergencias y luego volvió al piso del pintor para apoderarse de tres cuadros que le vendió a Benedick haciéndose pasar por la novia de Sabatini. Le dio parte del dinero a Stella y se esfumó con el resto. Solo que, entretanto, Stella murió.

Era cierto que la historia tenía lagunas, pero todo convergía en la misteriosa Angélique, pieza maestra de ese puzle nebuloso.

—¡Tenemos una pista de verdad! Hay que avisar inmediatamente a sus compañeros para que interroguen a Charvet.

Taillefer no era tan entusiasta.

—Podemos intentar encontrarla nosotros mismos.

—Pero ¿cómo? Se ha pirado.

—Tú no sabes cómo funciona la policía. Los investigadores no van a mover ni un dedo para encontrarla.

—Me cuesta creerlo.

—Después de Navidades a lo mejor inician una investigación complementaria, pero les llevará meses. Estamos en Francia, el país más burocrático y kafkiano del mundo.

—Si no quiere venir conmigo a ver a la policía, iré yo sola —decidió Louise levantándose de su asiento.

Taillefer soltó un prolongado suspiro.

—Es perder el tiempo, pero estoy dispuesto a acompañarte para que no tengas que esperar un siglo.

Dejó un billete de diez euros encima de la mesa antes de reunirse con Louise en la calle.

En la avenida, el sol se colaba entre las ramas de los plátanos de sombra. Mathias se quedó quieto un momento, con la cara vuelta hacia los rayos, en pos de regeneración, como si su organismo funcionase con energía solar.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó señalando el cochecito.

—No, estoy bien.

Se acomodó contorsionándose en el asiento del copiloto con la misma impresión desagradable de estar sentándose en un coche de juguete.

—Lo más sencillo sería ir a la comisaría del distrito XIV —opinó tras pensarlo un momento—. Está en la avenida del Maine número 114.

—¿Puede meter la dirección en el GPS? —le pidió Louise y pegó el teléfono al parabrisas con una ventosa antes de arrancar.

Taillefer así lo hizo. Mientras el vehículo traqueteaba avenida de Marceau abajo, se le ocurrió una idea:

—Voy a llamar a Fatoumata Diop, la teniente de la 3e DPJ que se encargaba del caso —dijo sacando el teléfono—. He guardado su número.

Mientras el poli llamaba, Louise se refugió en sus pensamientos. Se le cerraban los ojos como si se le estuvieran encogiendo las pupilas. Otro bajón. No había comido nada desde la *crepe* del día anterior y tenía un ataque de hambre digno de un ciclista con pájara en plena ascensión del Ventoux. Se arrepintió de no haber aceptado los cruasanes de Taillefer, que se habían quedado muertos de risa en la cocina. Rebuscó en el bolsillo de la parka y encontró el *spéculoos* que el camarero le había servido con el café.

Cruzaron el Sena por el puente de l'Alma. Enfrascada en sus reflexiones, Louise trataba sin éxito de atar cabos entre los últimos elementos que habían recabado. También se preguntaba sobre el verdadero sentido de aquella investigación. ¿Se sentiría mejor después de haber resuelto el misterio de la muerte de su madre?

Barrio del Champ-de-Mars y luego los Inválidos. París se movía a cámara lenta, envuelto en los últimos fulgores de 2021, ese año taciturno que sucedió al *annus horribilis* 2020. Los ingenuos que se habían creído la fábula del «de esta vamos a salir mejores» empezaban a comprender que el mundo se limitaría a funcionar como antes. Pero peor. En el horizonte solo había pesimismo e incertidumbre. El tren se había desbocado hacía tiempo. A veces te convencías de que existía una forma de frenarlo, pero era mentira y, en el fondo, todo el mundo lo sabía. Habíamos perdido la partida. El planeta sería cada vez menos viable, las redes sociales seguirían debilitando las democracias, los…

—¡Vaya suerte! —soltó Taillefer colgando el teléfono—. Diop no solo no se ha ido de vacaciones, sino que se va a pasar toda la tarde en la comisaría. ¡Nos está esperando!

Sin salir de su retiro y su fuero interno, Louise seguía dándoles vueltas a las reflexiones sobre la investigación. Se les estaba yendo un poco de las manos, pero tenía la extraña sensación de que la parte que habían dejado al descubierto no era más que una cortina de humo que ocultaba una realidad y una verdad aún fuera de su alcance.

—Aparcar por aquí siempre es un coñazo —refunfuñó Taillefer según llegaban al cruce del bulevar de Montparnasse con la avenida del Maine.

A Louise se le encendieron las alarmas. Se acercaba un peligro inminente.

—Gira aquí, en la calle Cels. A la mitad, a mano derecha, hay un callejón sin salida. Es donde suelen aparcar los polis del barrio.

Louise encendió el intermitente, avanzó cien metros y se metió por

un callejón adoquinado que daba acceso a varias casitas típicas del distrito XIV. Mientras maniobraba para aparcar, cayó en la cuenta de lo que la había puesto en alerta: el teléfono de Taillefer seguía, necesariamente, con la batería descargada. La angustia subió de nivel. El expolicía no había podido llamar a la comisaría. Le había mentido.

«Pero ¿por qué?»

Se miraron. Él supo que ella lo sabía.

Una oleada de escalofríos le erizó las piernas, el pecho y los antebrazos a medida que se volvía más consciente de que no conocía en absoluto al hombre que se sentaba a su lado.

—Louise, Louise…, ¿por qué no me harías caso? —suspiró él meneando la cabeza.

Tendría que haber tratado de abrir la portezuela y salir huyendo, pero ni siquiera lo intentó, estaba paralizada y conmocionada por lo irreal de la situación. Taillefer se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Mira en qué lío nos has metido. Te dije que no te colgases de mis faldas.

Louise, inmóvil, sintió que se le formaba un nudo en la garganta y luego un pinchazo que le escocía el vientre.

—Y eso que te dije que era peligroso.

La manaza del poli cayó sobre ella y la agarró del cuello.

La joven ni siquiera se defendió. Quería morirse allí, enseguida.

—No me dejas más alternativa que matarte —dijo él con un atisbo de pesar.

# 13
# El orden y el desorden

*[...] dos peligros que no dejan de amenazar al mundo: el orden y el desorden.*

Paul VALÉRY

## 1.

*Dieciocho años antes.*

Metro Gare-du-Nord: policía de la Brigada
Criminal salva a una mujer de una agresión
6 de octubre de 2003
Le Parisien – Con la Agencia France Presse

Alrededor de las 22.00 h del viernes, Mathias Taillefer, un policía de paisano, intervino en la línea 4 del metro parisino para proteger a una mujer que estaba sufriendo una agresión con arma blanca.

Tres veinteañeros subieron a un tren con dirección a la Gare-de-l'Est. Durante el trayecto, intentaron atracar a una mujer que iba sentada en el vagón, le pusieron una navaja en el cuello y otra a la altura de la entrepierna. El capitán de la Criminal, que regresaba a casa después de cumplir servicio, se dirigió entonces a los agresores para solicitarles que depusieran su actitud. Después de recibir un puñetazo en el tórax, el policía se identificó y reveló su profesión. Esta iniciativa encendió los ánimos. Uno de los jóvenes sacó el arma para acuchillar a la mujer. El funcionario se interpuso, exponiendo su propio cuerpo para proteger a la civil. Recibió fuertes navajazos en torso, manos y brazos.

Al llegar a la estación de la Gare-de-l'Est, los tres asaltantes salieron corriendo del vagón. A pesar de las heridas, el oficial de policía logró desenfundar el arma, llegar al andén a rastras y disparar a uno de los agresores, al que alcanzó en la columna vertebral. Sus dos cómplices pudieron darse a la fuga.

Mathias Taillefer ingresó en el hospital Saint-Antoine. Supuestamente, se encuentra fuera de peligro. El joven herido es, al parecer, un menor de diecisiete años al que ya conoce, para mal, la policía. Fue trasladado al hospital Bichat en estado grave.

El prefecto de policía, que acudió inmediatamente al lugar de los hechos, no ha querido pronunciarse antes de que se analicen las imágenes de las cámaras de vigilancia de la RATP y concluya la investigación interna. Por su parte, la joven agredida, Alice Bakker, ha insistido en rendirle homenaje a su salvador. «Ese policía me ha salvado la vida. Nadie en el tren intervino excepto él. Al interponerse, actuó como escudo y se llevó los navajazos dirigidos a mí. Le estaré agradecida para

siempre y espero que sus heridas no sean muy graves.»

## 2.

Reyerta en la línea 4: el policía, inculpado
10 de octubre de 2003
Le Parisien – Con la Agencia France Presse

Mathias Taillefer, el capitán de la Brigada Criminal que salvó a una joven de sufrir una agresión en el metro parisino (véase nuestra edición del 6 de octubre), ha sido inculpado de «agresión voluntaria con arma por parte de un miembro de las fuerzas de seguridad». Se le acusa de haber disparado contra un joven de 17 años, Elias Abbes, vecino de Roissy-en-Brie, que previamente lo había acuchillado varias veces. Taillefer se encuentra bajo control judicial y, más concretamente, suspendido de sus funciones policiales, según ha informado la Fiscalía de París.

El policía, con graves heridas en tórax y miembros, ingresó en el hospital Saint-Antoine y no había podido declarar antes. Durante la detención preventiva, el funcionario de policía aseguró haber «disparado para impedir que unos individuos extremadamente peligrosos pudieran causar daños».

Aunque su abogado no ha querido hacer declaraciones en este punto de la investigación, los sindicatos policiales sí que han reaccionado airadamente ante esta inculpación. En un comunicado conjunto, Alliance y Unsa-Police la consideran «escandalosa e irresponsable» y advierten de que «oprobiar a los policías no es la vía para mejorar la seguridad de nuestros conciudadanos».

Alice Bakker, la joven a la que Mathias Taillefer protegió de los navajazos, ha manifestado sentirse «indignada» con esta decisión. «He acudido al hospital en cuanto me ha sido posible para expresar mi apoyo a este oficial y agradecerle que me salvara la vida. Este hombre es un héroe. Me asquea en grado sumo que se perviertan los valores de esta forma.»

Es un enfoque muy distinto al de la familia de Elias Abbes, ingresado también en estado grave tras haber recibido un disparo en la parte inferior de la espalda. Su abogada, Julia Carles, ha declarado que «Elias es un buen muchacho que no representaba ninguna amenaza y al que le han disparado como a un animal, de forma injustificada» y se ha negado a condenar los disturbios urbanos que llevan varios días agitando Roissy-en-Brie. Este fin de semana, se celebrará una manifestación desde la plaza del Ayuntamiento y ya se ha puesto en marcha una colecta de apoyo a la familia de Elias Abbes.

# 14
# El síndrome del corazón roto

*Se había enamorado [...]. Así de importante. Era ese sentimiento que no se experimenta todos los años [...]. Esa locura que [...] era al mismo tiempo agradable y peligrosa.*

Patricia HIGHSMITH

**1.**

Anexo de la comisaría de policía
2 de febrero de 2007

Doctor Boisseau: Buenos días, capitán Taillefer.

Mathias Taillefer: Buenos días.

Boisseau: Por favor, siéntese. ¿Sabe cuál es mi cometido?

Taillefer (sentándose al otro lado del escritorio): Pues… es usted loquero.

Boisseau: Prefiero médico psiquiatra. Ya sabrá que el procedimiento administrativo para que se reincorpore usted a sus funciones sigue abierto. Hoy tengo la responsabilidad de hacerle una valoración para saber si es usted apto para volver a ocupar su cargo en la Brigada Criminal. ¿Lo capta?

Taillefer: De momento, hasta ahí llego, sí.

Boisseau: No voy a mentirle: mi valoración solo es consultiva. Yo no tomo ninguna decisión.

Mathias mira el reloj de pulsera y se desabrocha la chaqueta de cuero sin quitársela, dispuesto a marcharse si la cosa no va bien.

Boisseau: He leído atentamente su expediente. El caso se remonta ya a más de tres años. ¿Cómo lo ve ahora?

Taillefer: ¿Que cómo lo veo? ¡Me agujerearon el pellejo con seis navajazos! ¿Usted cree que podría soportar verlo?

Boisseau: No hace falta ponerse agresivo. Estoy aquí para ayudarlo.

Taillefer: Me da a mí que no.

Boisseau (estrujando un bolígrafo): Lo que intento averiguar es qué siente ahora por la víctima.

Taillefer: ¿La víctima? ¿Se refiere a la mujer agredida, Alice Bakker? No lo sé. Hace mucho que no sé nada de ella.

Boisseau: No, a la otra víctima.

Taillefer: La otra víctima soy yo.

Boisseau (negando con la cabeza): Le estoy hablando de la víctima a la que

agredió usted.

Taillefer: ¿Está de coña?

Boisseau (mirando de cerca el expediente): Elias Abbes, diecisiete años en el momento de los hechos…

Taillefer: … y antecedentes penales de aquí a la pared de enfrente.

Boisseau: Al chico le hirió una bala que se disparó con su arma reglamentaria, lo que le causó una grave lesión en la médula espinal y una paraplejia irreversible. Por su culpa, este adolescente se va a pasar el resto de su vida en silla de ruedas.

Taillefer (cruzando los brazos): Está invirtiendo los papeles.

Boisseau: No parece que la suerte que ha corrido lo conmueva mucho.

Taillefer: Está claro que menos que a usted.

Boisseau: Escuche, capitán, he visto el informe de asuntos internos y… ¿Cómo decirlo? En este caso, hay cosas que me descolocan.

Taillefer: ¿Qué cosas?

Boisseau: Para empezar, cómo empezó todo. Es noche de viernes. Usted ha terminado su semana laboral. Está volviendo a casa, son más de las diez. Está en ese vagón de metro y presencia un vulgar atraco.

Taillefer: ¿Vulgar? ¿Con arma blanca?

Boisseau: Un robo de móvil. Se producen más de un millón al año. ¿Por qué se sintió en la obligación de intervenir?

Taillefer: Joder, porque es mi trabajo.

Boisseau: Ya no estaba de servicio.

Taillefer: Un poli siempre está de servicio. ¿Qué quería que hiciera? ¿Dejar que agredieran a esa mujer?

Boisseau: De no haber intervenido usted, ese chico no estaría ahora en una silla de ruedas.

Taillefer (echando la silla hacia atrás para levantarse): ¿Sabe qué? Que creo que lo vamos a dejar aquí.

Boisseau: Y yo creo que se las quiso dar de héroe.

Taillefer: No sabe lo que está diciendo. Mire las imágenes de las cámaras de seguridad.

Boisseau: Uy, es que las he visto, precisamente. Usted se interpuso para llevarse los navajazos en lugar de esa chica, Alice Bakker, lo reconozco, pero después…

Taillefer: Después ¿qué?

Boisseau: Al llegar a la estación Gare-de-l'Est, los tres chicos salen corriendo del vagón. Ha pasado el peligro, pero usted todavía sale arrastrándose a pesar de estar herido y abre fuego.

Taillefer: ¿Y qué?

Boisseau: Es una escena impactante, ¿no le parece? Está sangrando, gravemente herido, pero va reptando por el suelo y saca fuerzas para ponerse en pie y dispararle en la espalda al chaval…

Taillefer: Definitivamente, no sabe ni lo que es la vergüenza.

Boisseau (insistente): Es noche de viernes, el andén está a reventar y usted corre el riesgo de abrir fuego. En el metro de la estación de tren Gare de l'Est, cuando la gente se está marchando de fin de semana. Podría haberse cargado a un transeúnte. Lo cierto es que faltó un pelo para que se produjera una matanza.

Mathias suspira, intenta mantener la calma, mira por la ventana buscando un pedacito de cielo, un rayo de sol, algo a lo que aferrarse.

Boisseau: Le voy a decir lo que pienso de verdad. Tengo una hija de quince años.

Todas las semanas, justo antes del finde, coge el metro para volver a casa de su madre. Ese día podría haber estado en ese andén y no me habría gustado que se cruzara con alguien como usted.

Taillefer: Evité que un agresor pudiera seguir haciendo daño. No maté ni herí a ningún pasajero. No cuente conmigo para que me disculpe de nada en absoluto. Si volviera a pasar lo mismo, actuaría exactamente igual.

Boisseau (alzando la voz y dejando así que se le escape un leve acento del sudoeste): ¡Eso que dice es escandaloso!

Taillefer: Elias Abbes, al que se empeña en seguir llamando chaval…

Boisseau: ¡Era un chaval, joder! ¡Tenía diecisiete años!

Taillefer: Es un delincuente. Lo sabría si se hubiese parado a mirar sus antecedentes. Menos mal que otros sí que lo han hecho.

Boisseau: Un ladronzuelo no merece que le metan una bala en la espalda.

Taillefer: Abbes no era solo un ladrón. Seis meses antes le había metido la navaja automática en la vagina a una mujer de la Renardière, en Roissy-en-Brie. ¡Muy majo el chaval!

Boisseau: Pero, cuando le disparó, usted no sabía todo eso.

Taillefer: Sabía que había agredido a una mujer delante de mis narices. Sabía que estaba armado, huyendo y que era muy peligroso.

Boisseau: ¿Y eso le basta para decidir sobre la muerte de un hombre?

Taillefer: ¿Lo hace usted a posta?

## 2.

Boisseau (apuntando al poli con la punta del bolígrafo): Voy a preguntárselo por última vez y le aconsejo que conteste sin pasarse de listo: ¿por qué le disparó a Elias Abbe?

Taillefer: Ya le he contestado. ¿Qué es lo que quiere de mí exactamente?

Boisseau: Con que solo se arrepintiera un poquito de lo que hizo, podríamos seguir avanzando. Usted podría seguir avanzando.

Taillefer: Que le den.

Boisseau: Pues le voy a decir yo por qué abrió fuego contra ese adolescente. Lo hizo porque pecó de arrogante. Se pensó que era una especie de justiciero urbano. Un Charles Bronson parisino, embriagado de poder. Se pensó que era un demiurgo, capitán Taillefer.

Taillefer: ¿Eso es todo? ¿Hemos acabado ya?

Boisseau: No del todo. Me gustaría que hablásemos de Alice Bakker. Un artículo de prensa sostiene que mantuvo una relación con ella.

Taillefer: El artículo de un blog izquierdoso que se publicó para desacreditarme, siguiendo instrucciones del comité de apoyo a Elias Abbes y la cabrona de su abogada socialista.

Boisseau: Puede, pero es la verdad, ¿no es así?

Taillefer: Alice Bakker fue a verme al hospital después de la agresión para darme las gracias. Congeniamos y tuvimos un lío muy breve que duró cuatro o cinco semanas.

Boisseau: ¿O sea, que aprovechó su posición para seducir a una víctima?

Taillefer: ¿De verdad quiere que le parta la cara? Alice Bakker estaba tan desvalida como yo después de la agresión.

Boisseau: O sea, que estaba usted desvalido. Eso es algo muy gordo.

Taillefer: Por muy psiquiatra que sea, no tiene ni idea de lo que supone. Sí, estaba desvalido: los navajazos que me llevé en la tripa revelaron una patología

subyacente.

Boisseau: ¿Qué quiere decir?

Taillefer: Cuando me trasladaron al hospital después de la agresión, el escáner torácico mostró que tenía el corazón hinchado, aunque no había sangre en el pericardio. Padecía una cardiopatía que me estará envenenando toda la vida.

Boisseau: En definitiva, que si Elias Abbes no se hubiera cruzado en su camino, nunca le habrían detectado esa patología previa…

Taillefer: ¿Se cree muy listo?

Boisseau: Es una constatación. Prefiero ir avisándole, mi informe no va a ser favorable.

Taillefer: Qué me dice.

Se levanta para marcharse.

Taillefer: Se me había olvidado preguntárselo: ¿cómo se llama?

Boisseau: ¿Quién?

Taillefer: Su hija.

Boisseau: Constance, pero no acabo de ver qué…

Taillefer: Creo que si su hija hubiese sido a la que agredieron en ese vagón, se habría alegrado bastante de toparse con alguien como yo. Piénselo al redactar el informe…

## 3.

Consulta psiquiátrica
Plaza de Henri-Bergson – Distrito VIII de París.
6 de noviembre de 2021

Doctora Anne Bartoletti: Buenos días, señor Taillefer.

Se trata de una psiquiatra muy joven que no debe de tener ni treinta años.

Mathias Taillefer: Buenos días.

Bartoletti: Siéntese.

Taillefer se desploma en la silla. Febril, agotado, con ojos de loco. Carga con el peso del mundo sobre los hombros.

Bartoletti (consultando la pantalla): Tenía usted cita el mes pasado y también el anterior, pero no llegó a venir.

Taillefer: Cierto. Lo siento.

Bartoletti: Entonces, ¿por qué ha venido hoy?

Taillefer: Creo que no me queda otra. O esto o morirme.

Bartoletti: ¿Por qué ha tardado tanto en pedir ayuda?

Taillefer: Digamos que no he tenido buenas experiencias con los psiquiatras.

Bartoletti: ¿Ha visto a muchos?

Taillefer: A un par, pero ha sido más que suficiente.

Bartoletti: Lo entiendo: por desgracia, en esta profesión hay mucho capullo.

Taillefer: En la mía también.

Silencio largo. Taillefer hunde la cara en las manos y respira ruidosamente.

Bartoletti: Cuénteme. ¿Qué está fallando?
Taillefer: Me… Me duele. Me duele de la mañana a la noche.
Bartoletti: ¿Qué le duele?
Taillefer: Todo. Estoy…

Se pone de pie de un brinco. Se sube la cremallera de la cazadora.

Taillefer: Mire, no va a funcionar. No puedo hacerlo: sentarme y contarle mi vida. No estoy listo.
Bartoletti: Acaba de decirme que no le quedaba otra. Me ha dicho: «O esto o morirme». O sea, que sí que está listo. Es ahora o nunca.
Taillefer: No, nunca voy a estar listo. Deme solo unas pastillas para dormir, para olvidar, para apagar el interruptor. Y ya está, eso es lo que quiero. Desconectar. Quedarme quieto, inerte, a oscuras.
Bartoletti: Voy a recetárselas, pero podríamos hablar cinco minutos, ¿no?

Anne Bartoletti se levanta del escritorio para ir a la ventana. Abajo, el parque Marcel Pagnol está soleado por primera vez en los últimos diez días y parece tenderle los brazos.

Bartoletti: Vamos a bajar al parque, hace bueno.

## 4.

Parque Marcel-Pagnol
Calle de Laborde, 12

Taillefer está sentado, con una lata de Coca-Cola Zero entre las manos, en el respaldo de uno de los escasos bancos Davioud que se han librado del saqueo sistemático del Ayuntamiento. Está tranquilo. El aire fresco lo calma. Disfruta de los efectos de la luz a través de los plátanos de sombra y los castaños, esos árboles de patio de recreo. Habla:

Taillefer: Me pasó cuando menos me lo esperaba. Como ya le he contado, tengo una trayectoria con muchos baches. Después del asunto ese de la línea 4, me readmitieron en la Criminal tras hacerme pasar un calvario, pero hace cinco años tuve un fallo cardíaco grave y esta vez…
Bartoletti: Tuvo que decidirse a aceptar un trasplante para no palmarla.
Taillefer: Sí, y no fue ninguna broma encontrar un órgano compatible, pero también esta vez salí del paso. Los meses posteriores al trasplante fueron horribles. Por culpa de mi salud, en la Criminal consiguieron sentarme en el banquillo y preferí dejar la policía antes que quedarme ahí aparcado. Fue una ventolera que me dio y resultó ser una decisión difícil de digerir. Me sentía un poco como si hubiera perdido mi lugar en el mundo…

Taillefer se interrumpe para encender un cigarrillo. La psiquiatra abre la boca para disuadirlo, pero renuncia a hacerlo.

Taillefer: Vegetaba. Después de un día, venía otro día. Ya no tenía ganas de nada. Leía un poco, iba a ver los partidos del PSG, aprovechaba la vida cultural de París, pero estar jubilado a los cuarenta y dos no era lo mío.
Bartoletti: Y fue entonces cuando conoció a esa mujer…

Taillefer: Sí, en el Grand Palais, en los pasillos de la Feria Internacional de Arte Contemporáneo. Se llamaba Lena Haddad. Tenía treinta y ocho años por entonces. Era una estadounidense de origen libanés que trabajaba para una galería de arte con sede en San Francisco. Había ido a París para la feria.

Bartoletti: ¿Se enamoró de ella enseguida?

Taillefer: Sí. Y no me había pasado nunca. Todo era nuevo. Me gustaba la persona que era yo con Lena. Todo mi ser se reoxigenaba como si me hubieran plantado flores o plantas por todo el cuerpo. El día en que alguien te quiere, la vida tiene otro sabor, otra densidad. El día en que alguien te quiere, todos los errores cometidos se justifican retrospectivamente, todos los marrones que la vida te ha obligado a tragarte.

Bartoletti: ¿Y era un amor recíproco?

Taillefer: ¡Al principio, claro que sí! Vivimos juntos en París durante tres meses. Lena me confesó desde el primer día que estaba casada, pero que entre su marido y ella ya no había nada.

Bartoletti: ¿Y qué pasó luego?

Taillefer: Un día, de buenas a primeras, me dijo que ya no podía seguir así. Fue el 28 de diciembre de 2017. Según se despertó por la mañana, me dijo que seguía queriendo a su marido. Que con su forma de actuar no estaba siendo honrada ni con él ni conmigo.

Bartoletti: ¿Y usted no lo vio venir? ¿No hubo ninguna señal?

Taillefer: Llámeme ingenuo, pero no. Ese mismo día sacó un billete para volver a San Francisco. La acompañé al aeropuerto de Roissy noqueado y, en el momento de embarcar rumbo a California, me pidió una cosa que me pareció descabellada.

Bartoletti (comiéndose las uñas): ¿El qué?

Taillefer: Quería que quedásemos. Que quedásemos al cabo de un año, exactamente el mismo día, en nuestro restaurante italiano favorito. Entre esas dos fechas, ni un solo contacto: ni llamadas, ni correos electrónicos, ni mensajes.

El poli hace una pausa y desvía la mirada hacia una pareja de mirlos que están riñendo en el césped, al pie de un arce del Canadá.

Taillefer: Esa separación me hundió en un agujero. Había perdido mi lugar. Había perdido la mirada que, por primera vez en la vida, me devolvía una imagen de mí mismo con la que me sentía en paz.

Bartoletti: ¿Y la cita?

Taillefer: Acudí el primer año. El 28 de diciembre de 2018, Lena me estaba esperando en nuestra mesa del Numéro 6. Recuperé cierta esperanza. Pasamos dos días juntos, pero, una vez más, se marchó asegurándome que volvería a París todos los 28 de diciembre hasta el día de su muerte.

Bartoletti: Es duro, pero no cerró las vías de comunicación. Mantiene un contacto tenue, es cierto, pero real.

Taillefer: En diciembre de 2019, no tuve ánimos para ir al restaurante. El día antes escribí una carta que le dejé al maître y en la que le explicaba a Lena que no quería sufrir esa situación y ya no acudiría a la cita.

Bartoletti: ¿Y lo mantuvo?

Taillefer: El año pasado no tuvo razón de ser porque los restaurantes estaban cerrados por el toque de queda.

Bartoletti: ¿Y este año?

Taillefer: No, ya no quiero hacerlo. No consigo volver a tocar tierra firme. Me gustaría abrirme la cabeza para extirparme el recuerdo de Lena del cerebro.

Bartoletti: No se lo recomiendo, duele bastante.

A Taillefer se le escapa un esbozo de sonrisa mientras en el campanario de la iglesia de al lado dan las cuatro por encima del apacible sonido de la fuente.

Bartoletti: Mire, Mathias, lo que le está pasando es el juego del amor desde la noche de los tiempos. Te lo da todo y te lo puede quitar todo. Es a lo que nos exponemos cuando nos arriesgamos a amar.

Taillefer: ¿Y me va a cobrar cien euros por decirme que el amor es un juego cruel?

Bartoletti: No, le voy a cobrar doscientos euros por decirle que sé que hay algo más.

Taillefer: ¿Algo más?

Bartoletti: Algo más que lo reconcome. Algo más de lo que no quiere hablar y que explica en qué estado se encuentra.

Taillefer: ¿Sabe qué, doctora? Por hoy, vamos a dejarlo aquí.

# 15
# El hombre de la capa roja

*Volvió, efectivamente, acompañado de un hombre enmascarado y envuelto en una gran capa roja. Lord de Winter y los tres mosqueteros se interrogaron con la mirada. Ninguno de ellos pudo informar a los otros, porque todos ignoraban quién era aquel hombre.*

Alexandre DUMAS

**1.**

Cuando Louise recuperó el conocimiento, estaba atada de pies a cabeza y sentada en una silla metálica en el salón de Mathias Taillefer. La calefacción del cuarto no estaba puesta y hacía un frío intenso a pesar del sol invernal de última hora de la tarde. La joven tardó unos minutos en despejarse. Tenía el corazón desbocado. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar por detrás. Notaba una quemazón a lo largo del cuello. Una mordaza profundamente hundida en la boca le impedía hablar y respirar con normalidad.

«Qué pesadilla.»

Louise tenía los tobillos trabados y ambas manos sujetas a la espalda con una brida de nailon. Cuando tomó plena conciencia de lo grave que era la situación, el ritmo cardíaco se le aceleró aún más. Estaba temblando, lloraba. Le latían las sienes. ¿Quién era el tío ese? ¿En qué berenjenal de mierda se había metido? Seguía viva, pero ¿hasta cuándo?

Las rodillas le chocaban entre sí. Trató de darse la vuelta, pero las ataduras le impedían hacer cualquier movimiento. Fue entonces cuando oyó unos pasos que se acercaban y la corpulenta silueta de Taillefer apareció delante de ella. Con la pistola en la mano derecha.

Ya no tenía la apariencia que ella conocía. Estaba despeinado, con los ojos vidriosos y cara hosca. Louise intentó captar su mirada, pero el poli se había convertido en un extraño.

Taillefer encajó con un chasquido el cargador de la semiautomática y apuntó con el cañón a la frente de la joven. Aterrorizada, Louise sintió que se le bloqueaba la respiración. Su cerebro no lograba

analizar objetivamente la situación. Le habría gustado chillar, pero todos los gritos se le quedaban atascados en la garganta. ¡Cómo iba a morir así! Sin una sola explicación, sin entender nada de lo que le estaba pasando, sin saber por qué estaba allí…

**2.**

Con el dedo en el gatillo, Mathias Taillefer estaba perdiendo pie. «La madre que me parió.»

Y no sería por no haberlo notado. Desde el primer minuto, se dijo que esa chica le complicaría la vida. Desde las primeras palabras, Louise Collange lo desconcertó. Por su capacidad de respuesta, por su determinación, por el resplandor de inteligencia que había leído en sus ojos. ¿Por qué, a despecho de todas las reglas de la prudencia, le había dado la posibilidad de que metiera un pie en su vida?

¿Por qué había bajado la guardia con tanta facilidad?

«Porque no me dejó otra alternativa.»

Clavó los ojos en los suyos. Leía el pánico, el miedo y la incomprensión. Pero ¿qué iba a hacer ahora que había rebasado el punto de no retorno? Ahora que había perdido la esperanza de que se arreglasen las cosas. Ahora que solo quedaban soluciones malas.

Bajó la SIG Sauer y la mordaza de Louise.

«Darme un poco más de tiempo.»

«Alargar el plazo.»

«La solución de los cobardes.»

Como se esperaba, la joven se puso a chillar.

—Vamos, chica, date el gusto, desahógate —la animó.

Un prolongado grito primigenio para expulsar el miedo, para alejar el aliento de la muerte que la había rozado desde tan cerca.

—Pero prefiero avisarte desde ya: con el doble acristalamiento, por mucho que grites no te va a oír nadie.

Después de los alaridos, el silencio angustioso. Y la pregunta:

—¿Por…? ¿Por qué está haciendo esto?

—¿Cuántas veces te he pedido que me dejaras en paz? —ladró él.

—…

—¿Cuántas veces te he dicho que no soy una buena persona?

Taillefer, cada vez más agresivo, iba y venía por un perímetro limitado alrededor de la silla a la que estaba atada Louise.

—¿Acaso no te dije que corrías peligro si te quedabas conmigo?

—…

El expolicía golpeó la mesa con el puño mientras gritaba:

—¡CONTESTA! ¿TE LO DIJE O NO TE LO DIJE?

—Sí —admitió Louise—, pero…

—No hay pero que valga, estabas avisada.

La joven tenía la boca seca e, incluso sin mordaza, seguía asfixiándose. Las gotas de sudor le resbalaban cuello abajo por toda la columna vertebral.

—Quería encontrar al asesino de mi madre. Tengo derecho a saber cómo murió.

—Que te calles.

—¿Quién es usted, Taillefer? ¿Quién es usted en realidad?

Louise notaba que su agresor podía descontrolarse en cualquier momento. Le quedaba un margen de actuación muy estrecho. Tenía que recuperar la calma y regular la respiración al tiempo que se arriesgaba a seguir avanzando.

—¿Qué ha pasado, Mathias? ¿Por qué me está haciendo esto? ¡Explíquemelo!

—No hay nada que explicar.

—Eso no es una respuesta, y usted lo sabe. No he hecho nada para merecer que me meta una bala en la cabeza.

—Te has pasado de curiosa.

—Eso no es una respuesta. Exijo la verdad.

—¡Tú qué vas a exigir, joder! ¡Eres una cría de diecisiete años que debería estar en su cuarto, en casa de sus padres, repasando para los exámenes!

—¡Desáteme! ¡Desáteme, Mathias!

—¡A callar!

—¿Se cree muy fuerte porque tiene una pistola?

—Pues sí, sí que ayuda.

Louise se sacó el as que tenía en la manga.

—Desáteme si quiere saber de lo que me he enterado sobre la que usted se piensa que es Lena Haddad.

«¿Lena Haddad?»

Silencio. Al principio, Taillefer pensó que lo había entendido mal y luego frunció el ceño. Lo que le faltaba. ¿Por qué la libanesa irrumpía en la conversación de buenas a primeras? Tardó un buen rato en retomar el hilo.

—Me dijiste que no se presentó en el restaurante.

—Pues le mentí. Igual que me ha mentido usted a mí.

—No te creas que ese farol de mierda va a colar.

—No es un farol. De hecho, Lena Haddad ni siquiera es su nombre de verdad. No es estadounidense, no vive en San Francisco. Pero eso también se le pasó. Será que no es tan buen policía. No es de extrañar que la Criminal lo pusiera de patitas en la calle.

Taillefer sintió que le zumbaban los oídos y un reflujo tremendo le

abrasaba el estómago.

No le gustaba recibir órdenes. Volvió a apuntar a la joven con la SP 2022.

—No voy a repetírtelo.

Pero esta vez, ella lo desafió con la mirada.

—Nadie se cree que vaya a disparar, Mathias.

El poli estaba furioso y respiraba ruidosamente mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por contener la ira.

—Si de verdad quisiera, ya lo habría hecho.

—¡Cuéntame lo que sabes! —insistió él golpeando a Louise en la frente con el cañón de la pistola.

Pero Louise no se inmutó y Taillefer sintió que se le desplomaban los ánimos. Ella tenía razón, no iba a matarla. Estaba harto de todo aquello. Se le había pasado de repente el ataque de rabia; desató a Louise sin mirarla.

—Ahora, ¡habla!

—Usted primero. ¿Por qué quería impedirme que fuera a la policía? —preguntó ella frotándose las muñecas doloridas.

—No tienes ni idea de a qué te estás exponiendo, niña.

Louise se echó hacia atrás el pelo empapado de sudor.

—Hace dos minutos quería matarme de un tiro en la cabeza. ¡No se me ocurre que pueda correr un peligro mayor!

—Puede que algún día le supliques a alguien que acabe contigo de un tiro en la cabeza.

Taillefer, agotado, claudicó. «Quiere saberlo todo… Pues que así sea.»

Solo que ni siquiera él sabía muy bien por dónde empezar.

**3.**

El día empezaba a oscurecerse. El reflejo del sol poniente en las tablas enceradas del parqué creaba en el salón una capa dorada que hechizaba la estancia. Taillefer se había desplomado en la vieja silla Wishbone, la única con la que no le dolía demasiado la espalda, y había empezado a soltar su secreto.

—Hace unos años, después de recibir el trasplante de corazón, en el curro me mandaron al banquillo y acabé dejando la policía. Tenía cuarenta y dos años y ya tenía el cuerpo hecho trizas. De la noche a la mañana, me quedé inactivo, sin familia ni relaciones sociales de verdad.

Le costaba hablar, pero incluso para alguien callado como él, cuando el dique cedía, las palabras tenían un poderoso efecto liberador.

—Más o menos por entonces, inicié una relación con Lena Haddad, pero cuando terminó esa pasión, me quedé desamparado. Estaba mal, muy mal. Nunca habría sospechado que se pudiera caer en esos abismos de soledad.

Titus, el *beagle* de cara bonachona, hizo su aparición y, ajeno al drama que estaba en curso, buscaba su ración de caricias pasando de uno a otro.

—Cuando había tocado fondo, se puso en contacto conmigo un hombre que fue instructor mío cuando hice el servicio militar en Rochefort. Se llamaba Henri Pheulpin, pero entonces se hacía llamar «el hombre de la capa roja».

—¿El hombre de la capa roja?

—Es una alusión al personaje del verdugo en *Los tres mosqueteros.*

Louise se acordó de algo que la electrizó.

—¡Cuando lo acompañé a la noria de la plaza de la Concorde, le vi hablar con un hombre que llevaba una parka roja!

—Era él. Henri Pheulpin había dejado el ejército. Lo sabía todo sobre mi carrera y mi vida, y se fiaba de mí lo bastante como para contarme la historia del grupo Iridium.

Louise, con un vaso de agua entre las manos, se había sentado en una esquina de la mesa baja, al lado de las espirales de Bernar Venet.

—Desde el principio, en toda esta historia, hay una dimensión extravagante que uno no puede captar —se sinceró Taillefer—. Algo que se parece a una leyenda urbana o a una chorrada con la que los conspiracionistas se montan películas en los foros.

—¿El grupo Iridium?

—Sí. Es un grupo de un centenar de grandes familias europeas y estadounidenses que, al principio de los años noventa, decidieron que, si podían permitírselo, dejarían de solucionar sus asuntos confidenciales en los tribunales de justicia ordinarios.

—¿Por qué motivo?

—A algunas les parecía que la justicia era demasiado laxa e ineficaz, que la gangrenaba la ideología de extrema izquierda y la cultura de la excusa. Otras la consideraban demasiado intrusiva y mediatizada.

Louise, algo confusa, guiñó los ojos varias veces. Las explicaciones del poli tomaban un derrotero desconcertante, a miles de kilómetros de la investigación sobre la muerte de su madre. Taillefer prosiguió.

—El deseo de desvincularse de los tribunales se basa en el concepto del «tribunal del punto de honra». ¿Te suena de algo esa expresión?

Louise se frotó los párpados como para hacer memoria, pero no recordó nada.

—La verdad es que no.

Taillefer se sacó del bolsillo de la camisa el mechero y un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—El tribunal del punto de honra era una jurisdicción excepcional que creó en Francia Enrique IV a principios del siglo XVII. En aquella época, el objetivo era impedir los duelos, que causaban muchas víctimas entre los aristócratas. —Exhaló una voluminosa nube de humo, con una mueca, como si el tabaco le hubiese quemado la garganta—. Solo podían recurrir a él los nobles para resolver los litigios en los que se pusiera en juego «la honra».

—¿Quién juzgaba entonces esos asuntos?

—Los mariscales de Francia, los militares de mayor rango pertenecientes a las grandes familias aristocráticas.

Louise se quedó pensando un momento y luego concluyó:

—¿Ese es el principio que han recuperado las cien familias? ¿Quiere decir que en la actualidad existe un tribunal especial al que pueden recurrir cuando consideran que alguien las ha deshonrado?

—Lo has pillado.

Taillefer entornó los ojos. Por algún motivo, la luz del atardecer le resultaba fascinante. Le sacaba destellos a las formas curvilíneas de las esculturas de bronce, esbozando un túnel de luz hipnótico. Un pozo de oro y miel.

—Las sentencias que dicta el tribunal son rápidas, no se pueden recurrir y se cumplen inmediatamente —precisó.

—Pero ¿quién las ejecuta? ¿El hombre de la capa roja?

—En efecto, Henri Pheulpin es el brazo armado del grupo Iridium. A veces incluso ejecuta las sentencias él mismo, pero casi siempre delega en un grupito de esbirros en los que confía ciegamente.

—Y usted es uno de esos ejecutores, ¿verdad, Mathias? ¿Es usted un asesino?

Al oír ese término, el poli torció el gesto.

—He aceptado alguno de esos contratos —admitió—, por un lado porque todo me la suda sobremanera y más que nada la moral; y por otro, porque me pagan muy bien. Siempre es el mismo sistema: recibes un apellido, un nombre y una foto. Y con eso te las apañas. Tienes una semana para cumplir el encargo y eliminar al objetivo. Todo se comunica oralmente en una cita única. A la antigua usanza: sin rastro, sin teléfono, sin internet, sin explicaciones. No sabes cuáles son los motivos de la condena ni los intermediarios.

—Ese día, en la Concorde, el hombre de la capa roja le pidió que eliminara a alguien, ¿a que sí?

Él asintió con la cabeza.

—¿A mí?

—No.

—Entonces, ¿a quién?

—A Angélique Charvet.

—¿Por qué?

Taillefer esbozó una mueca.

—Le he dado muchas vueltas desde entonces. Creo que los padres de Sabatini forman parte de las cien familias y que Angélique habrá intentado embaucarlos de un modo u otro. Tu madre, que siempre andaba ojo avizor y en busca de dinero fácil, debió de darse cuenta e intentó chantajearla. Y Angélique se la quitó de en medio.

—Voy a ayudarlo a encontrar a Angélique Charvet —afirmó Louise.

Otro silencio.

—Voy a ayudarlo a encontrarla. Y la mataré yo.

Louise se había levantado de la mesa baja y parecía resuelta. Taillefer le enfrió los ánimos.

—Tienes que olvidarte de este asunto. Son cosas que te superan y que me superan incluso a mí. No estás…

Volvió la cabeza para buscar a Louise con la mirada porque había salido de su campo de visión. Cuando reapareció, llevaba en las manos la escultura de bronce de Venet.

Taillefer vio que la escultura se le acercaba a la cara a una velocidad supersónica. Ni siquiera le dio tiempo a protegérsela con las manos.

# 16
# La noche oscura del alma

*Hay un compañero que siempre está contigo y que eres tú mismo: te las tienes que apañar para que sea un compañero amable. Quien se desprecia a sí mismo nunca será feliz.*

Jean GIONO

**1.**

«Joder…»

Como a un novato.

A Taillefer se la habían jugado como a un novato pardillo. La escultura de bronce que lo había golpeado en plena jeta casi le saca un ojo. El golpe lo había dejado grogui un buen rato. La maldita zorra había aprovechado que él estaba inconsciente para atarlo a su vez a la silla. Soltó un alarido de rabia e intentó reventar las ataduras con todas sus fuerzas. Pero Louise había apretado las bridas al máximo y sabía hacer nudos.

El cazador cazado.

«Qué vergüenza.»

Había estado sangrando por una ceja y notaba cómo los rastros de hemoglobina seca se le cuarteaban en la cara. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Era noche cerrada, pero en invierno eso no servía para situarse en un momento del día. Louise había encerrado al perro en el piso de arriba antes de largarse.

Otro alarido de rabia.

Ganas de romperlo todo.

Se concentró en evaluar la situación. No podía ser peor. ¿Dónde estaba Louise en ese momento? ¿Qué planes tenía? ¿Avisar a la policía? ¿Tratar de matar personalmente a Angélique Charvet? Taillefer había fallado por partida doble. El tribunal del punto de honra corría el peligro de que su existencia fuera del dominio público por culpa suya. En el mejor de los casos, acabaría sus días en la cárcel. En el peor, se moriría allí mismo como un perro.

Tenía que intentar algo. Con todo su peso, desequilibró la silla, que

se volcó de costado. El golpe le machacó el hombro. Apretó los dientes e intentó reptar por el parqué, pero no pudo llegar muy lejos. No podía resignarse. En esas situaciones inextricables es cuando la mente humana suele ser más inventiva, pero en su caso…

Cerró los ojos.

A pesar del lío en que estaba metido, no podía dejar de pensar en una cosa: Lena había acudido a la cita. Le costaba creerlo. A lo mejor Louise se había quedado con él. El sufrimiento vinculado a ese amor seguía torturándolo. Seguían obsesionándolo con preguntas sin respuesta, como si se le hubiera pasado algo. No quería ilusionarse, pero al menos Lena no se había olvidado de él y no había tachado definitivamente su relación. En ese momento, era el único clavo ardiendo al que podía aferrarse.

«Porque todo lo demás…»

De pronto comprendió por qué tenía tanto frío a la altura de los muslos. Porque se había meado encima. Una humillación irreversible que lo hizo llorar como un niño. Se iba a morir ahí, meado y cagado. Qué epílogo tan sórdido. Ya se imaginaba las tres líneas que le dedicaría *Le Parisien*.

Square de Montsouris:
hallado expolicía muerto
y atado en su casa

El breve daría lugar a tres retuits burlones en las redes sociales. «Joder…» No podía terminar así.

Volvió a pensar en Stella Petrenko. Desde el principio, había sentido cierta hermandad con la bailarina. Ambos habían tenido la misma existencia marcada por los desengaños. El mismo cuerpo remendado. La misma incapacidad para enderezar el rumbo. La moneda nunca cae del lado bueno. La vida que se ensaña. Que te despedaza y te ahoga con pruebas demasiado difíciles de superar.

Estuvo un rato autocompadeciéndose. Llorar siempre le había resultado de gran alivio. La angustia, el miedo y la rabia se atenuaron sensiblemente. El llanto era un bromazepam cien por cien natural. A veces, Dios hacía cosas buenas.

Y el tiempo siguió pasando. A través de la ventana, veía cómo transcurría la noche sin saber si eran las ocho de la tarde o las tres de la madrugada. ¿Cuánto tiempo estuvo así postrado? ¿Veinte minutos? ¿Una hora? ¿Más? En algún momento, recobró cierta esperanza al ver a Titus gañendo al otro lado de la ventana.

—¡Buen chico! ¡Buen chico! —le gritó mientras se retorcía para que se fijase en su presencia.

Al parecer, el *beagle* había logrado escapar de su prisión. Había localizado a su dueño y estaba desencadenado, ladrando como si su vida dependiera de ello. Quizá algún vecino tuviera la curiosidad de acudir a ver qué pasaba.

Pero los minutos fueron desfilando y no sucedió nada. La terraza y el jardín no daban a la calle ni tenían ninguna casa enfrente. La esperanza se evaporó casi tan rápido como había aparecido. El tiempo siguió estirándose, la mente de Taillefer divagaba, perdía agudeza y puede que incluso lo venciera el sueño unos minutos.

Sin embargo, un ruido acabó sacándolo del agarrotamiento. El prolongado chillido de una silla de jardín que le espabiló del todo. Una linterna recorrió la terraza. ¡Había alguien! Taillefer vociferó «¡Ayuda!» con la esperanza de que lo oyeran.

La luz desapareció por un breve instante.

«Mierda.»

—¡Socorro! —volvió a gritar.

Una sombra apareció detrás del cristal. Un hombre vestido con una parka cuya capucha le tapaba la cara. Taillefer entornó los ojos. No lograba distinguir los rasgos del visitante. El hombre dirigió la linterna al interior del salón. El haz de luz se demoró en la cara del poli. Acto seguido, la sombra agarró una silla que lanzó en dos ocasiones contra la puerta acristalada. Al tercer intento, el cristal se hizo pedazos. Taillefer observó ansioso que se acercaba la silueta.

«¿Amigo o enemigo?»

El desconocido se arrodilló y fue entonces cuando Taillefer le reconoció la cara.

Era Romuald Leblan.

**2.**

—Vas a tener que explicarme qué pintas aquí. Y más te vale ser convincente.

Eran más de las dos de la madrugada. Habían pasado diez minutos desde que el friki había liberado a Taillefer de sus ataduras. El poli se había cambiado de ropa. Los dos hombres estaban sentados a la encimera de la cocina. Taillefer había hecho café y Romuald le estaba limpiando la ceja con algodón y alcohol.

—Podría empezar usted dándome las gracias, ¿no?

—Te daré las gracias cuando sepa todos los entresijos de la situación. No me fío de los tíos como tú.

—Por lo menos yo no me hago pis encima.

—No, pero tu madre me contó que a veces meabas en botellas de plástico porque te daba miedo salir de tu habitación para ir al baño.

Tampoco es que sea una gran hazaña.

—¡Chorradas!

—Y ten más cuidado con el algodón, ¡me estás abrasando el ojo!

Taillefer se había recompuesto. Había pasado tanto miedo que sentía un alivio inmenso. El viejo león seguía vivo. Por una vez, parecía que la suerte le sonreía y le permitía jugar en las prórrogas. Pero antes de alegrarse del todo, tenía que entender por qué el friki había intervenido y encontrar a Louise Collange.

—Cuéntame cómo has aterrizado aquí, chaval. Creía que nunca salías de tu nidito.

A Romuald le costaba encontrar las palabras:

—Fue solo que… la chica esa… —empezó a decir, poniéndose colorado.

—¿Qué chica?

—La chica rubia que iba con usted cuando fue a hablar conmigo. Louise, la hija de Stella Petrenko.

—Sí, ¿qué le pasa?

Romuald le puso a Taillefer una tirita grande cruzándole la ceja.

—Ya me había fijado en ella desde la ventana cuando iba a visitar a su madre. Me he quedado pilladísimo.

El poli suspiró. No tenía la menor intención de hacer de alcahuete para ese joven acneico. Presionó al chico para que acelerara la narración.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene eso que ver con que estés aquí? ¡Suéltalo ya, joder!

—¡Ya va, ya va! No hace falta que grite. Esta mañana, cuando se estaban yendo, le metí a Louise uno de mis AirPods en la mochila, y el otro, en un bolsillo de la parka.

—¿Lo qué?

—Unos Airpods. Auriculares inalámbricos.

—¿Y para qué lo hiciste?

—Para poder localizarla.

Taillefer empezaba a entenderlo. Dentro de los auriculares Bluetooth, había un minilocalizador para que el dueño los encontrara si se perdían.

—Pero ¿qué pretendías con eso exactamente? ¿Estamos locos o qué? No puedes ir rastreando a la gente sin su permiso. ¿Te enteras?

—Pues gracias a eso he podido liberarlo. Si no llego a hacerlo, todavía estaría macerándose en su propio pis.

Taillefer dudó si aplastarle la cabeza al chaval contra la encimera, pero en el último momento optó por la pedagogía:

—Ese no es motivo. En la vida hay que tener unos principios

mínimos: líneas de conducta que debes respetar a toda costa. ¿Lo pillas?

Pero el friki no lo estaba escuchando. Había sacado el portátil de la mochila, lo había conectado al móvil y había abierto la aplicación de geolocalización de Apple.

—Cuando empecé a rastrear a Louise, pensé que vivía aquí.

—No, aquí vivo yo —le corrigió Taillefer.

—Pero al cabo de un rato, cada auricular tomó una dirección distinta. Uno se quedó aquí mientras que el otro se movía.

Taillefer torció el gesto. Algo le chirriaba. Volvió la cabeza hacia el sofá y obtuvo la respuesta que buscaba: al marcharse precipitadamente, Louise se había dejado el abrigo. Se puso de pie para coger la parka y encontró el auricular derecho en un bolsillo.

—¿Y el otro? —preguntó—. ¿Dónde ha ido luego?

—Creo que Louise se ha ido de viaje —contestó Romuald.

—¿De viaje?

—La última vez que miré, el localizador marcaba el aeropuerto de Orly.

—Enséñamelo.

En la pantalla, el auricular izquierdo, que seguramente seguía en la mochila de Louise, se materializó en forma de circulito en un mapa del extrarradio parisino. Cuando el friki lo aumentó con el zoom, apareció el embrollo de las cuatro terminales de Orly, pero al acercarse más, se podía comprobar que el chip se encontraba en las inmediaciones del aeropuerto, más concretamente en el hotel Mercure.

La noticia tranquilizó al poli. Casi ningún avión despegaba en plena noche. Seguramente a Louise se le había antojado marcharse, pero la crisis sanitaria había reducido el número de vuelos y complicado muchísimo los viajes internacionales. Pero si se había quedado en la habitación de un hotel de las inmediaciones, era porque debía de haber encontrado un billete para el día siguiente. «¿Para ir adónde?»

**3.**

El friki lo sacó de estas reflexiones.

—Oiga, y usted, ¿cómo se llama? —preguntó Romuald.

—Mathias, pero todo el mundo me llama Taillefer.

—¿De dónde sale eso?

—Es el nombre de un macizo pequeñito de los Alpes que está en Isère y de donde es la familia de mi padre.

—¿Por qué estaba atado a una silla, Mathias?

El poli miró al chaval que tenía delante, con ese pelo a tazón

inverosímil y esa cara de virgo.

—No es asunto tuyo y es muy largo de contar.

—Si no es poli, ¿en qué trabaja?

—No puedo contestarte, tu vida correría peligro.

—No sería una gran pérdida.

—Te digo desde ya que no sigas por ahí: no soy tu madre y no me voy a apiadar de tu destino. Bastante tengo con lo mío.

—¿Por casualidad no estará buscando un aprendiz?

—¿Un aprendiz?

—Sí, algo así como un becario. Podría serle útil. Por ejemplo, le puedo preparar la comida. Por cierto, ¿no le apetece comer algo? Yo sí que me haría una tortilla y una taza de chocolate.

—Yo también estoy hambriento. Necesito pensar y, con el estómago vacío, no puedo. Pero vamos a hacer otro reparto de tareas. Yo cocino y tú haces búsquedas en el ordenata, ¿hecho?

A Taillefer le daba apuro decirlo, pero se sentía algo desamparado con las nuevas tecnologías. Le gustaban los libros y algo menos las pantallas y las máquinas. Curiosamente, Romuald le soltó un jarro de agua fría.

—Le advierto de que la única que se cree que soy un genio del hackeo es mi madre. En realidad, no soy más que un aficionado que de vez en cuando da el pego.

La franqueza del friki era descorazonadora, pero en ese aspecto concreto Taillefer estaba convencido de que se subestimaba. Le contó la historia a grandes rasgos. Louise y él estaban buscando a Angélique Charvet, la enfermera que había despertado las sospechas de Romuald, y tenían buenas razones para suponer que había matado a Stella Petrenko y quizá a Sabatini. Mientras hablaba, había cascado unos huevos en un cuenco y había empezado a batirlos con un tenedor.

—Charvet se marchó a toda prisa de París hace tres meses. Encuéntrame todo lo que puedas sobre ella.

Vertió la mezcla en la sartén, sacó dos rebanadas de pan de molde y las colocó encima de los huevos. Mientras esperaba, rebuscó en el cajón de la nevera una botella de cerveza sin alcohol.

—¿Sabe si tiene novio? —preguntó Romuald, alzando la cabeza del portátil.

—¿Angélique Charvet? Ni idea. Sigue esa pista, puede ser interesante.

—¡No, hombre, Louise!

—Pero ¿qué interés tiene eso? Céntrate en lo que te he pedido. Si quieres que te coja a prueba, demuéstrame que eres capaz de concentrarte más de tres minutos seguidos.

Añadió jamón y queso a las rebanadas de pan y les dio la vuelta antes de juntarlas. Mientras esperaba a que acabaran de hacerse, abrió la botella. Le gustaba la cerveza helada y se había apañado un compartimento especial en la nevera para mantenerla a una temperatura de casi cero grados. La magia del primer trago le resultó de lo más reconfortante, pero al rato le dio un ataque de frío que lo estremeció. Se puso la mano en la frente: estaba ardiendo.

«Porras, el sándwich…»

Quitó corriendo la sartén del fuego y sirvió el almuerzo de Romuald en un plato.

—Que aproveche —dijo colocando delante del friki el sándwich y dos cubiertos.

—¡Gracias, qué buena pinta!

—¿Seguro que te apetece una taza de chocolate con eso?

—Me las apaño con una cerveza como la suya. ¿Usted no come?

—Al final se me ha pasado el hambre. Puede que luego.

—Parece agotado.

—Sí, estoy molido desde esta mañana y he tenido un día complicado. Bueno, ¿has encontrado algo?

—Puede. Creo que Louise tiene la intención de ir a Italia.

—Explícate.

—Angélique Charvet tiene muy poca presencia en internet, pero entre las publicaciones recientes, se encuentra esta.

Romuald giró la pantalla del MacBook y añadió:

—Estoy casi seguro de que Louise ha encontrado esta información y por eso ha decidido viajar a Venecia.

Taillefer se inclinó y entornó los ojos para descifrar el texto.

Fundación AcquaAlta – Nombramiento de la francesa Angélique Charvet como consejera especial

COMUNICADO DE PRENSA

El consejo de administración de la Fundación AcquaAlta se reunió el pasado 9 de diciembre. En esta sesión, se nombró a la señorita Angélique Charvet consejera especial de la presidencia, a propuesta de Lisandro y Bianca Sabatini.

En concreto, la señorita Charvet se encargará de velar por el desarrollo y la proyección del local de exposición de la colección Sabatini en Venecia.

En un comunicado, Bianca Sabatini se congratula de esta elección: «El consejo de administración está convencido de que, gracias a su entusiasmo y generosidad, Angélique Charvet llevará a buen puerto esta misión».

La Fundación AcquaAlta, creada en 1984, es una de las fundaciones más importantes del país transalpino. Financia proyectos orientados a las artes, la educación y la autonomía de las mujeres. Es propietaria de una de las colecciones italianas de arte contemporáneo más destacadas.

La señorita Charvet asumirá sus funciones el próximo 3 de enero. La primera exposición que dirija será una retrospectiva póstuma de la obra de Marco Sabatini titulada El joven frente al ejército de los muertos.

Romuald se había metido en el juego.

—Lo he buscado: los Sabatini tienen casa en Venecia, el palacio Veziano.

Taillefer se masajeó los párpados. El razonamiento del friki tenía muchas incógnitas, pero había que arriesgarse. Se puso de pie para coger la cartera, que había dejado en el cacharrito de la entrada en el que se vaciaba los bolsillos.

—Intenta reservarme un billete para Venecia que salga de Orly —le pidió a Romuald alargándole la tarjeta de crédito—. Cuanto antes, mejor.

Leblan navegaba a la velocidad del rayo.

—Hay un vuelo de EasyJet a las siete y cuarto, pero está completo.

—¿Y el siguiente?

—Quedan plazas en el de las ocho y treinta y cinco.

—Vale, confírmalo. Resérvame algo cómodo.

Siguió luego un montón de palabrería para rellenar el formulario de trazabilidad necesario por culpa de la pandemia. También hacía falta una PCR de menos de cuarenta y ocho horas, pero el friki aseguró que podía falsificarla fácilmente.

—No se ofenda, pero parece usted bastante pocho.

—Aplícate —gruñó Taillefer.

—Me gustaría profundizar un poco más: Angélique Charvet tiene una dirección de correo en el servidor de la Fundación AcquaAlta. Quiero ver si puedo averiguar la contraseña, si no es muy complicada, pero voy a tardar un rato.

—Vale, chico, como si estuvieras en tu casa. Y en tus funciones de asistente está venir mañana a ver a Titus si todavía no he vuelto.

Con vistas al viaje, Taillefer rellenó el distribuidor de pienso y, mientras el friki seguía trabajando, se echó un rato en el sillón, con las piernas cruzadas encima de la mesa baja. No era un simple bajón. Notaba que los músculos se le ponían rígidos y le subían escalofríos por los muslos, los brazos y la rabadilla, anunciando un ataque de fiebre. «Lo que me faltaba…» Era su punto débil. Lo sabía y lo temía. La fiebre podía aniquilarlo y dejarlo KO. varios días. Los escalofríos fueron a más. Taillefer apretó los dientes para que no le castañetearan, se tapó el vientre y el pecho con la mantita. Se le aceleró el pulso. Era el típico mecanismo de defensa del organismo, pero en su caso, desde muy niño, cobraba proporciones alarmantes. Un herido agonizando durante días en un campo de batalla desierto. Tenía las manos

heladas. Se moría de sed. Se imaginó que la calmaba bebiendo en una fuente gélida. El agua era de color dorado y sabía a zumo de manzana. «¡Carajo, ya estoy delirando!» Cerró los ojos y decidió concederse una minisiesta de diez o quince minutos. Luego se tomaría un paracetamol y…

Notaría de Giuseppe Rossi
Calle Magenta, 24
10128, Turín
Italia

Srta. Angélique Charvet
Palazzo Veziano
Calle Tiepolo, 1364
30125, Venecia VE
Italia

Turín, a 9 de diciembre de 2021

Estimada señora:

Le confirmo que por la presente su solicitud para establecer la filiación por posesión de estado se ha validado hoy en el tribunal de familia de Turín.

Dicha validación establece de forma indiscutible la filiación post morten, sin necesidad de análisis genéticos, entre su hijo nonato y el señor Marco Sabatini.

Dicha filiación se ha establecido en concreto sobre la buena fe de las declaraciones de tres testigos y otros documentos presentados al tribunal que demuestran una concurrencia suficiente de los hechos previstos en el artículo 23-b.

En consecuencia, me tomo la libertad de adjuntar a la presente un acta de notoriedad que da fe de la posesión de estado hasta que se demuestre lo contrario. Dicha acta se incluirá como nota marginal en el acta de nacimiento del niño.

Quedo a su disposición para cualquier aclaración adicional.

Atentamente,

Giuseppe Rossi

# 17
# Lena Khalil

*El hombre encierra su propia guerra, que debe librar, salga triunfador o perdedor, él mismo, y también encierra su propia justicia [...].*

Jerzy KOSINSKI

**1.**

*Jueves, 30 de diciembre.*

Cuando sonó la alarma del móvil (un ritmo de mambo desenfrenado de lo más inapropiado para la situación), Mathias Taillefer creyó que se trataba de un error. No le parecía haberse dormido y, sin embargo, eran ya las seis y media de la mañana. Trató de ponerse de pie, pero su estado febril le obligó a hacer una prolongada pausa. Tenía las articulaciones oxidadas, estaba tiritando y lo paralizaban el dolor de cabeza y las agujetas.

A pesar del mareo, logró arrastrarse hasta el cuarto de baño, pero renunció a darse una ducha. Se conformó con juntar su equipo de supervivencia para cuidarse. Paracetamol de un gramo, esomeprazol para el ardor de estómago y un vasodilatador para la nariz taponada. Más todas las medicinas de un paciente con trasplante. Se vistió a costa de un gran esfuerzo, llamó a un taxi y ni siquiera intentó tomarse un café.

Romuald se había ido, pero había trabajado como un campeón y había dejado en un lugar visible los documentos que había impreso: el billete de avión, el test PCR con fecha del día anterior y la carta que un notario italiano le había remitido a Angélique y que había logrado sacar de su correo electrónico. Guardó las pastillas y los papeles en una cartera de cuero y esperó el taxi sentado en el sofá, con los ojos cerrados, un guante de ducha lleno de cubitos de hielo en la frente y el perro en el regazo.

Cuando llegó el coche, salió a la oscuridad bajo la lluvia helada y penetrante, se metió en el habitáculo y se quedó postrado durante todo el trayecto, con el cuerpo bloqueado y el cerebro en pausa. Pensó que no lo conseguiría. Ya no le quedaban ánimos, tenía el depósito de

combustible vacío. Aun así se aferró, crispado, tratando de arañar unos minutos de descanso antes de enfrentarse al gentío. Tenía que aguantar hasta que el paracetamol hiciese efecto. Conseguir embarcar a toda costa.

Orly. Apenas un poco menos deprimente que Roissy, que era el aeropuerto más deprimente de todas las grandes capitales turísticas. El aeropuerto que hacía que odiaras París antes siquiera de haber pisado París. Gracias a la covid, los gestores aeroportuarios parisinos tenían por una vez un buen motivo para justificar el follón reinante: colas interminables, falta de información, empleados pasotas y viajeros agresivos. La misma impresión de siempre de que no eres más que ganado. Perdió media hora pasando el control de seguridad, llegó por los pelos al embarque y fue uno de los últimos en entrar en el avión. Sorpresa: el vuelo estaba casi vacío. El cambio de las reglas de desplazamiento por culpa de la crisis sanitaria había pillado desprevenidos a muchos pasajeros que no habían podido embarcar por no tener la documentación necesaria. Taillefer se escurrió por el pasillo hasta la fila 18. Allí le propuso a una jubilada con sobrepeso que le cediera el «asiento del idiota» que ocupaba ella (atrás, entre otros dos pasajeros, sin ventanilla y lejos del ala) a cambio del suyo, situado en la parte delantera, y se acomodó al lado de Louise, que se despertó en ese momento. Al reconocerlo, soltó un grito de asombro.

No tenía mucha mejor pinta que él. Pálida, con el pelo mustio, ojeras y mirada frágil.

—No te has portado muy bien conmigo —empezó a decirle, señalándose el corte que tenía en la ceja.

*… en mi calidad de sobrecargo les doy la bienvenida*
*a bordo de este Airbus 320. El embarque ha terminado*
*y nos disponemos ya a despegar con rumbo a Venecia*
*Marco Polo…*

—A pesar de todo, no te guardo rencor e incluso he madrugado mucho para impedir que hagas una tontería.

*La duración del vuelo prevista es de una hora y treinta*
*y cinco minutos. Delante de ustedes encontrarán*
*as instrucciones de seguridad.*

—Tú y yo habíamos dejado a medias una conversación cuando nos interrumpieron. Como tenemos un buen rato por delante, me gustaría retomarla.

**2.**

El avión volaba por encima de las nubes acumuladas. La contaminación parisina y el cielo plomizo habían dado paso a una superficie acolchada y teñida de rosa. Se respiraba sensiblemente mejor a una altitud de treinta mil pies por encima de la estupidez humana. Gracias a la luz del día y a los efectos del paracetamol, Taillefer se había animado un poco. Louise también se sentía mejor. Un café y una magdalena la habían ayudado a emerger y estaba metida de lleno en su relato.

—El martes por la tarde, tal y como usted me pidió, fui a ese restaurante italiano cerca de la plaza de Furstemberg.

—El Numéro 6.

—Llegué tarde. Había pasado por mi casa a ponerme un vestido un poco decente para que no me tomaran por una cría. Cuando llegué, Lena todavía no había aparecido y me senté a la barra. No tardó ni cinco minutos. La reconocí enseguida porque es como usted la había descrito: mediterránea, cuarenta y pocos, de pelo muy negro, piel morena y ojos claros.

Taillefer escuchaba, expectante, con todos los sentidos en alerta, listo para que pasara de todo… o de nada.

—Se acercó a la barra y dijo que tenía una reserva a nombre de Lena Khalil. No Haddad, sino Khalil. No era el apellido que usted me había dicho y decidí indagar. Y no contárselo a usted hasta que encontrara una explicación. Pensé que con usted todo es moneda de cambio, aunque aún no sabía cuánto…

—Anda, ve al grano —interrumpió Taillefer.

—Se sentó a mi lado, en la barra, sin fijarse en mí. Estaba ansiosa, con la mirada clavada a ratos en el móvil y a ratos en los clientes que entraban en el restaurante. Me quedé así, esperando sin saber qué hacer unos veinte minutos, hasta que se levantó para ir al servicio y aproveché la ocasión para llamarlo a usted.

—¿Y luego?

—Luego, Lena volvió a sentarse y trató de llamar la atención del camarero para pedirle otro martini. Entonces fue cuando aproveché para…

—¿Para qué?

—Dejé un billete de diez euros debajo de mi vaso de Perrier y me marché con su móvil, que se había dejado encima de la barra.

—¡Le robaste el móvil! Pero ¿por qué?

—¡Pues para entenderlo, hombre! No me alejé mucho. Me refugié en un bar de la calle de Buci y me senté a una mesa. El móvil aún no había tenido tiempo de bloquearse. Miré las fotos, leí los correos

electrónicos y las notas. Llevaba en el teléfono casi toda su vida. Con unos cuantos clics en los buscadores de noticias, puede reconstruir íntegramente su historia, pero no es la que usted me había contado.

—Yo no te conté ninguna historia.

—Cierto. Entonces digamos que no es la que Lena le había contado a usted.

Louise sacó de la mochila su propio móvil y fue pasando en la pantalla las fotos robadas y reubicadas en su propio teléfono para verlas y comentarlas:

—Década de 2010, Lena Khalil, veterinaria de treinta años, vive en Beirut con su marido, Simon Verger, profesor en el liceo franco-libanés. Simon es de Biarritz. Conoció a su mujer durante un intercambio Erasmus en el país de los cedros.

Taillefer, que ya se había puesto tenso, se agarró al reposabrazos del asiento como si quisiera pulverizarlo.

—La pareja se casó en 2011. En 2013 llega el primer hijo, un chico llamado Baptiste, y en 2015, una hermanita, Anna. Todo va bien en el mejor de los mundos.

Taillefer se había cambiado de gafas y miraba en la pantalla las fotos de los días dichosos. Tal exhibición de felicidad le quemó las entrañas como un chorro de ácido. El resentimiento y la amargura son un veneno, pero cuando se trataba de su relación con Lena, no conseguía mostrarse magnánimo.

—La tragedia llega en el verano de 2016 —siguió diciendo Louise—. Simon Verger pierde la vida durante una excursión familiar en barco, en la cosa vasca. Mientras está bañándose con sus hijos, lo golpea una moto acuática y muere mientras lo trasladan al hospital.

Taillefer frunció el ceño. Se imaginaba el espanto, la muerte repentina que salpica sin previo aviso. A Lena destrozada, a los dos niños tan pequeños y ya huérfanos, la injusticia insoportable de perder a su padre de la noche a la mañana sin haber llegado a conocerlo de verdad. Pero ¿por qué Lena nunca le había hablado de la muerte de su marido? ¿Por qué la convirtió en un obstáculo para su relación si ya había fallecido?

—Los meses y las semanas siguientes son devastadores —prosiguió Louise—. Lena Khalil no consigue superar el duelo. Se coge la baja en el trabajo, vuelve a casa de su madre, sufre una depresión.

Taillefer sintió un dolor en el tórax como si se le encogiera el corazón. Intentó recuperar el aliento, se enjugó con la manga la frente cubierta de sudor. La curiosidad inicial se había convertido en un ansia por saber. La verdad ya no era un objeto de búsqueda, sino un peligro inquietante que amenazaba con quebrar los endebles cimientos

que aún lo mantenían en pie.

—Acabaron ingresándola en un psiquiátrico, primero en Beirut, y luego en el hospital Sainte-Anne de París…

Tenía la desagradable impresión de que Louise acababa de colocarle una bomba debajo del asiento. La impresión de que acababa de pasar de largo delante de una revelación esencial. Había algo más que debía entender, pero no caía en la cuenta de qué era. Louise continuó el relato.

—Un día, buscando algo en internet, Lena se topa con un artículo de *Nice-Matin* que trataba de su trasplante de corazón.

Se acordaba vagamente de aquello. Después de la operación, se había pasado tres semanas en un centro de convalecencia especializado cerca de Vence. Estaba desanimado y se aburría como una ostra. Dejó que una periodista lo convenciera para participar en la campaña que todos los años organizaba el periódico local para concienciar sobre la donación de órganos.

Louise le alargó el artículo arrugado que había impreso desde la página web del diario. El poli leyó por encima el titular y la entradilla:

TESTIMONIO
Mathias Taillefer nos abre su corazón
gracias a un trasplante

«Soy consciente de la suerte que he tenido», afirma el oficial de policía, ingresado en la Maison des Cimes tras haber recibido un corazón nuevo el mes pasado.

—En el artículo, la periodista decía que llevaba usted mucho tiempo esperando el trasplante.

El rostro de Taillefer se crispó.

—Es cierto, pero…

—Y explicaba por qué: tiene usted un grupo sanguíneo poco habitual, el Vel negativo. Conozco el tema, lo estudié en segundo de carrera: el Vel negativo es muy infrecuente. En Francia, hay menos de cuatrocientas personas censadas oficialmente. Si a una persona Vel negativo se le hace una transfusión de sangre Vel positivo, desarrollará anticuerpos que atacarán al marcador Vel y destruirán la sangre donada.

—Sí, ¿y qué? —balbució el poli.

Se sintió desfallecer, como si de repente lo hubieran dejado sin oxígeno. Louise le asestó el golpe de gracia.

—Simon Verger, el marido de Lena, pertenecía, igual que usted, al grupo Vel negativo. Formaba parte de las escasas personas de ese grupo que estaban inscritas en el registro de donantes de órganos y,

por las fechas en que él sufrió el accidente y usted recibió el trasplante, no cabe prácticamente ninguna duda: el corazón se lo debe a él.

Mareos, sudores, dificultad para respirar. Pieza a pieza, el terrible puzle acababa de montarse ante sus ojos, desvelando una realidad insufrible: Lena se había empeñado en encontrar al paciente al que le habían trasplantado el corazón de su marido. Una imagen surgió de lo más recóndito de su memoria: la forma que tenía Lena, cuando estaban los dos tumbados, de apoyarle la cabeza en el pecho. Podía quedarse una eternidad en esa posición, pero lo que escuchaba no eran los latidos del corazón de Taillefer, sino los del corazón de su marido.

El poli estaba derrotado, mortificado, abrumado por sentimientos extremos: rabia, odio, humillación, deseo de venganza. El único paréntesis encantado de su existencia no era más que un embuste. El único periodo feliz de su vida era una mistificación. Una jugarreta. Un fraude.

Apretó los puños. Tenía ganas de arrasar con todo. Y luego, quitarse de en medio.

Lena no lo había querido a él. Solo había hecho las veces de intermediario para un reencuentro *post mortem* con su difunto esposo.

—Creo que Lena se enamoró de usted de verdad, Mathias —le aseguró Louise para calmar la ira que veía crecer en él—. Pero no se atrevió a confesarle la verdad por miedo a cómo reaccionaría.

Pero Taillefer ya no la estaba escuchando. Se le estaba licuando el cerebro, convirtiéndose en lava ardiendo. Otra imagen se formó en ese caos: la de un puñal atravesándole el corazón para matar a Simon Verger por segunda vez. Se quitó la mascarilla para no ahogarse y bebió un trago de agua. En la boca se le formó un sabor metálico. Salado, ferruginoso.

El sabor de la sangre.

# 18
# Dos asesinos en la casa

*Mientras puedas regresar,*
*no habrás viajado de verdad*

Roger MUNIER

**1.**

*Jueves, 30 de diciembre.*

*Venecia.*

La lancha de madera barnizada atracó en el muelle Zattere. El piloto (un guardaespaldas de la familia Sabatini) ayudó a Angélique Charvet a bajar a la vía peatonal que bordeaba el brazo de mar.

La joven no podía ser más feliz. Era un día particular de su nueva vida: su primera entrevista como consejera de la Fundación AcquaAlta para presentar la futura exposición de los cuadros de Marco Sabatini. Bianca en persona había organizado la cita con una periodista de la revista *Vogue* en un restaurante a dos pasos de la punta de la Dogana da Mar. El nombre de Sabatini era una fórmula mágica que abría todas las puertas. Angélique llevaba tres meses disfrutando de esa vivencia embriagadora. Ropa, joyas, viajes, proyectos profesionales… Sentía como si sus anhelos ya no tuvieran límite.

Mientras caminaba por los adoquines bordeando la Giudecca, Angélique tenía la sensación de estar moviéndose en una postal de los años sesenta. Las flores en las ventanas, los intensos reflejos plateados del Gran Canal y, sobre todo, la inusual tranquilidad que se había adueñado de toda la ciudad. La covid tenía el mérito de haber purificado Venecia de los turistas de los turoperadores que desembarcaban de los grandes cruceros y asfixiaban la ciudad sin ningún miramiento. El escaparate de una tienda de máscaras venecianas le devolvió una imagen de sí misma que le gustó. Liviana y risueña, con el pelo más corto y rubio, y luciendo un vestido negro, un abrigo de cachemira color crema y un bolso Capucines monísimo. Léa Seydoux en un anuncio de Louis Vuitton.

Todo el mundo le decía que el embarazo le sentaba de maravilla. La última ecografía la había emocionado: el latido del corazón a cien por

hora, la forma de la cara que se iba perfilando, el tamaño del feto que ya se acercaba a los veinte centímetros… Pronto saldría de cuentas. Bianca y Lisandro eran dos ángeles que la habían acompañado en todos los trámites. Y ella, generosamente, les había dejado elegir el nombre del futuro bebé.

Angélique paladeaba cada segundo de ese renacimiento. Estaba exactamente donde quería estar. Ahora tenía una vida a la imagen y semejanza de Venecia: aristocrática, elegante, sutil. ¡Serenísima! Por fin había encontrado el lugar que le correspondía. Sin ayuda de nadie. Se había fabricado esa nueva existencia ella solita, con sus propias manos y gracias a las meninges que se alojaban en los pocos centímetros cúbicos de su cerebro. ¡No estaba mal para una chica a la que siempre habían tenido por loca!

En el restaurante, la recibieron con todos los miramientos dignos de una Sabatini. La periodista estuvo toda la comida alabándola. Por su trabajo, por su aspecto, por su sentido del humor, por sus zapatos… Le hacía gracia lo rápido que había cambiado la forma en que la veían los demás. Resultaba embriagador y deprimente a la vez: en realidad, la mayoría de las personas no tenían ni opinión ni convicciones propias. Seguían al rebaño, aullaban con los lobos, iban en la dirección del viento, se apresuraban a adoptar comportamientos miméticos por miedo a que las marginaran. Un rebaño versátil, sin carácter y siempre dispuesto a someterse a la mediocridad.

Cuando la periodista se hubo marchado, Angélique se demoró un rato en la terraza del restaurante. Un último *ristretto* delante de la Giudecca. Era un sitio espectacular que ofrecía una panorámica grandiosa de la parte sur de Venecia. Las mesas y las sillas, colocadas en una plataforma sobre pilotes, parecían estar flotando en el agua. Una cercanía que, al cabo de un rato, podía llegar a marearte, como en un barco.

Con la mano de visera, Angéligue divisó a lo lejos la cúpula y los campanarios de la iglesia del Redentor que se recortaban contra un cielo de mercurio. Se había enterado recientemente de la historia de ese lugar de culto, construido en el último cuarto del siglo XVI, cuando la peste acababa de diezmar a la población veneciana. Impotentes ante esa plaga, el Senado y el Dogo no habían dejado de implorar la ayuda divina para librar la ciudad de la epidemia. Edificar la basílica había sido el punto culminante de las ofrendas al Creador.

Angélique desvió la mirada. A pesar de las gafas de sol, la fachada de mármol blanco la deslumbraba. De golpe, se sintió mal. El café que no se había terminado le daba náuseas. No había dormido muy bien la noche anterior y empezaba a acusar el cansancio. El cabroncete que

llevaba en la tripa no había parado de darle patadas. Se había despertado a las tres de la madrugada, paralizada de angustia y preocupación, pensando que los cimientos de su nueva existencia quizá no fueran tan sólidos como se los había imaginado al principio.

Se frotó los párpados. Le dolía la pelvis y tenía la desagradable impresión de que se le estaba abriendo una flor de loto en el útero. Tenía los pechos hinchados como si el nene fuera a nacer en ese instante y tuviera que amamantarlo ya.

Suspiró. Le había cambiado el humor. Se fue del restaurante con el guardaespaldas y desanduvo el camino hacia la Aquarama. Al volver a pasar por delante de la tienda de máscaras, quiso recuperar la imagen que tanto le había gustado dos horas antes, pero esa Angélique había desaparecido. Se vio gorda como una ballena, deforme, perdida.

Embarcó en la Riva aliviada, con la esperanza de que el trayecto en barco hasta el palacio de los Sabatini le despejara la mente. «¡Aire fresco, pronto!» Al dejar atrás el muelle Zattere, divisó de nuevo la silueta inquietante de la iglesia del Redentor. Volvió a pensar en los orígenes del edificio. Una súplica a Aquel que había redimido los pecados de la humanidad. ¿Acaso no volvíamos siempre a lo mismo, la tentación del mal, el miedo, el anhelo ilusorio de redención?

**2.**

El ambiente ya no tenía nada que ver con el que había al final de la mañana. La ciudad, surcada por ráfagas de viento, se había vuelto opresiva, casi hostil. El cielo estaba cubierto, denso, gris, pero cargado de reflejos naranja que se intensificaban a medida que la Riva hendía el agua del Gran Canal. Era culpa del siroco, el viento cargado de arena que subía desde el Sáhara y le prestaba a la ciudad lacustre un aspecto apocalíptico.

La lancha cabeceaba con el viento de frente. Angélique, acurrucada en el banco trasero y arrebujada en el chal, tuvo una sensación de náusea y le pidió al guardaespaldas que redujera la velocidad.

Mirara donde mirara, veía a los venecianos en plena actividad, instalando pasarelas de refuerzo, subiendo la altura de las plataformas existentes para poder seguir circulando a pesar del fenómeno meteorológico que se avecinaba. Angélique había almacenado la información en un rincón de su mente sin concederle mayor importancia, pero la víspera, el Centro de Mareas había anunciado un episodio preocupante. Las abundantes lluvias otoñales habían alimentado los cursos de agua. Los habitantes de las zonas bajas o de riesgo habían recibido un SMS para que pudieran organizarse y alzar las *paratia,* las chapas metálicas que impedían que el agua se colara

por puertas y ventanas. Las sirenas habían emitido por casi todas partes los cuatro toques que anunciaban una previsión de marea por encima de los doscientos cuarenta centímetros.

Aquella efervescencia no la preocupaba en absoluto. Para ella, incluso formaba parte del folclore veneciano. A intervalos regulares, la plaza de San Marcos y la calles adyacentes (la parte menos elevada de la ciudad) se inundaban. Los comerciantes gruñían, los periodistas desenfundaban sus serpientes de verano, los turistas se ponían las botas de agua y se hacían selfis que publicaban en Instagram, dándoselas de Albert Londres.

La Aquarama no tardó en dejar atrás el Palazzo Grassi, Ca'Rezzonico y enfiló hacia el Rialto. A menos de trescientos metros del puente, atracó en un embarcadero privado para uso del palacio Veziano, la residencia de los Sabatini, una construcción del siglo XVI de fachada multicolor que remataban dos discretos obeliscos.

El palacio no podía rivalizar en tamaño con las joyas del género, pero no desmerecía en nada. Tres plantas poco elevadas de estilo entre gótico y renacentista, una amplia portada flanqueada de ventanas dobles y, en las plantas superiores, cinco tramos de ventanas separadas mediante pilastras color turquesa. Una silueta que encajaba bien con la imagen que quería atribuirse la familia: solidez, elegancia y arraigo en el pasado para proyectarse mejor en el futuro.

Lisandro había adquirido hacía poco ese *palazzo* que a lo largo de los siglos había permanecido en manos de la misma familia de la aristocracia veneciana. Con el respaldo municipal, había logrado eliminar a su competidor, uno de los hombres de negocios más ricos de Singapur, y se había metido en unas obras de restauración a fondo que la crisis sanitaria había interrumpido.

En cuanto bajó de la Riva, Angélique se metió en el palacio. El vestíbulo de entrada estaba a oscuras, sin más iluminación que la de un gran farol de hierro colado que lo presidía, colgado en mitad del techo. El caserón se le antojó inmenso y frío. ¿Dónde estaban el mayordomo y el ama de llaves? Bianca y Lisandro se habían marchado dos días antes. Habían invitado a Angélique a reunirse con ellos al día siguiente en su chalé de los Dolomitas para celebrar la Nochevieja. Pero ¿por qué no había ningún miembro del servicio para recibirla?

Pulsó los interruptores. No funcionaba ninguno. Quiso dar media vuelta para avisar al guardaespaldas, pero recordó que había ido a llenar el depósito de la Aquarama. A falta de ascensor, subió a pie hasta el último piso. Por culpa de las obras, era el único que estaba habitable. El resto de la mansión estaba a medias, tapada con sábanas blancas y lonas protectoras, empantanada con andamios y proyectores

de obra.

Los peldaños de la escalera monumental le costaron lo suyo. En cuanto llegó a su habitación de princesa, cerró la puerta y lanzó por los aires el abrigo y los zapatos de tacón. Era una estancia típica de los palacios venecianos: techos altos cubiertos de frescos románticos, suelos de *terrazzo,* amplio espejo y oropeles. A través de un tragaluz semicircular, se veía el Gran Canal. Angélique se asomó para observar la ciudad. Estaba lloviendo barro. Bañada en un filtro de tonalidades sepia, Venecia había pasado a ser un paisaje tan irreal como intimidante.

Angélique se cambió de ropa y se puso un camisón y una chaqueta de cachemira. La habitación estaba helada. ¿Por qué habían apagado la calefacción? Giró la llave del radiador de hierro colado pero se le quedó en la mano. Tenía escalofríos, puede que incluso fiebre. «¿Ese asco de virus?» Se refugió al fondo de la cama, debajo de una manta abultada que pesaba como una vaca en brazos. Sentía como si un veneno desconocido estuviera gangrenándola y apoderándose de su cuerpo. Se quedó así mucho rato, letárgica, antes de que la aniquilara el sueño.

Cuando abrió los ojos, seguía igual de nerviosa. Tenía la sensación de que no había logrado dormir, pero un vistazo al móvil la sacó de su error. Eran las siete de la tarde. La habitación estaba sumida en la oscuridad. Seguramente la había despertado el viento, que había abierto una ventana mal cerrada. Se oía el bramido de unas ráfagas como pocas veces había visto, capaces quizá de llevarse la casa.

Angélique se levantó para cerrar la hoja de la ventana y miró a través del cristal por el que se escurría la lluvia. Venecia estaba envuelta en una llovizna fantasmagórica. El agua del Gran Canal estaba negra como la tinta, pero lo que más le preocupaba era el nivel de las aguas. Debía de llevar varias horas diluviando. Como seguía sin haber electricidad, frotó una cerilla para encender la vela de un candelabro de plata que había encima de la mesilla. A medida que la luz temblorosa se extendía por el cuarto, se fue formando una sombra, una inmensa silueta espectral que se estiraba hasta tragarse la mitad de la habitación. Nosferatu abalanzándose sobre Ellen. El fuego de Zeus fulminando a Sémele. La sombra del diablo que había ido a buscarla.

Angélique se volvió y soltó un grito al descubrir la sombra detrás de la puerta. Arrojó con todas sus fuerzas el candelabro a la cara del intruso y escapó a toda velocidad. Mientras corría para huir de él, la asaltó una pregunta: ¿quién había descubierto y traicionado su secreto?

**3.**

Se llamaba Angélique Charvet.

En cuanto la vio entrar en la sala del Enfants Terribles, Corentin Lelièvre supo que esa chica no era como las demás. Era un martes por la noche del mes de agosto. Había estado lloviendo todo el día y el bar del muelle de Jemmapes estaba menos abarrotado que de costumbre. Angélique llevaba una chaqueta de terciopelo verde, vaqueros, camisa entallada de rayas blancas y azules, y zapatos abiertos con tacones cuadrados.

*«Hello!»* La saludó brevemente con la mano para darse a conocer y vio claramente cómo había retrocedido ella al verlo. Sabía de sobra que las fotos de su perfil de Tinder inducían a error. La cara de Angélique se cerró en banda. Por un instante, el periodista creyó que iba a dejarlo plantado, a decirle que se había equivocado de mercancía. Pero al final la joven accedió a sentarse y pidió un Lemon Drop. ¿Por qué lo había subyugado tanto de entrada? Tenía una peculiaridad, un toque inusual, difícil de describir. Con ayuda del vodka, se fue relajando. Él intentó hacerla reír, mostrar su mejor perfil, adornar su profesión. Al principio, ella lo escuchó, pero no tardó en perder el interés. Se distanció de la conversación, pidió otro cóctel y luego otro más. Estaba sin estar. Atontada, disipada, ausente.

Lelièvre había comprendido perfectamente que no le gustaba. Que Angélique aspiraba a otra cosa. Aun así, accedió a ir a su casa, en la calle Eugène-Varlin, sin tener que insistirle mucho. Había bebido, pero no tanto como para estar borracha. Más tarde, al volver a ver la película de aquella noche desde todos los ángulos, el periodista llegó a la conclusión de que no se había aprovechado de ninguna debilidad. Angélique estaba lúcida y conforme. Se había marchado del piso al alba, dejándole a él un vacío, una ausencia que no podía explicarse. Había estado presente en sus pensamientos todo el día. Intentó volver a verla, pero ella no le contestó a ningún mensaje. Insistió, olvidándose de su amor propio, y llegó incluso a escribirle una carta de verdad, para suplicarle que le diera otra oportunidad.

Ella se dignó a devolverle las llamadas un domingo de septiembre por la noche para pedirle que dejara de acosarla o, si no, no dudaría en denunciarlo. No quería volver a oír hablar de él, quería que desapareciera de su vida, donde no tenía nada que hacer con esa pinta de gilipollas, esas camisetas de tres al cuarto, esos discursitos progres, esa minipolla y esa calvicie precoz.

Corentin colgó el teléfono dolido y en estado de shock. Nunca se había sentido tan pringado, feo y marginado. Se quedó mucho rato pasándose revista delante del espejo para comprobar que ni siquiera

los implantes que se había puesto el año anterior en Estambul habían querido quedarse en su cabeza.

Trató de pasar página y de olvidar por completo esa relación, que, por suerte, no le había contado a nadie. Empezó el otoño sin percances y logró mantener alejado aquel recuerdo. Pero la imagen de Angélique volvió a la carga en diciembre. Siempre igual: entrando en el bar, con la chaqueta verde entallada, la melena ardiente que ondulaba como en un cuadro de Klimt. No se había librado de ella, para nada. Aunque se convenciera de lo contrario, la enfermera seguía rondando por su cabeza. Por mucho que lo hubiese humillado, se había enamorado de ella. Una pasión malsana, devoradora y revanchista.

Usó la información que había ido arañando cuando le siguió el rastro en redes sociales. Había conservado sus señas y una noche fue a Aulnay-sous-Bois. La casa estaba vacía. Por pura curiosidad, llegó a romper dos láminas de la contraventana y a reventar el cristal. Sabía que era una tontería que le pasaría factura algún día, pero estaba enfermo, poseído, presa de una especie de síndrome amok. Quería resolver el misterio de Angélique Charvet. El piso estaba medio vacío, pero registrándolo a fondo acabó encontrando una prueba de embarazo positiva y el recibo de caja de una farmacia donde quizá lo había comprado, tres semanas después de haberse acostado con él.

A partir de ese momento (y sin estar muy seguro de lo que implicaba en realidad ese descubrimiento), Corentin perdió los papeles. Se sentía estafado, presa de una rabia que lo descontrolaba por completo. Angélique había dado de baja su número de móvil y eliminado cualquier presencia en las redes sociales; nadie sabía dónde vivía ya. Para un periodista, aquel era un buen tema de investigación. Sabía cómo hacerla y los escasos encargos que recibía le permitían dedicarle tiempo. Volvió a encontrar su rastro en Italia, gracias al nombramiento en la Fundación AcquaAlta.

Era todo muy rocambolesco. ¿Qué había pasado para que la vida de Angélique tomara un rumbo tan inesperado? Corentin le pidió a su madre que le prestara dinero y, el 18 de diciembre, voló hasta Venecia. Empezó a rondar por los lugares relacionados con la familia Sabatini. Su intuición dio en el clavo. Acabó por ver a Angélique saliendo del Palazzo Veziano. La llamó con vehemencia e intentó hablar con ella, pero un guardaespaldas se interpuso con brusquedad y le pidió que dejara de molestar a una mujer embarazada.

Ese nuevo rechazo lo volvió loco y acrecentó la rabia que sentía. Comprobando la amplia documentación que había recabado en internet, encontró un artículo en la edición italiana de *Vogue* en el que

Bianca Sabatini, la mujer de *L'ingegnere,* revelaba sus lugares favoritos en Venecia. Recomendaba en concreto la Pasticceria Regazzoni, donde solía tomarse un café a la hora de apertura cuando estaba en la ciudad flotante.

Allí se la encontró Corentin, el 20 de diciembre por la mañana, sentada a la barra y paladeando un bollo con un expreso doble. Se dirigió a ella, se presentó y le dijo que tenía información importante que contarle.

—¿Información sobre qué? —preguntó ella con escepticismo.

—Sobre Angélique Charvet.

Bianca lo miró, intrigada y recelosa.

Y Corentin se despachó a gusto.

**4.**

Taillefer esquivó por los pelos el candelabro y lo apartó enérgicamente con el brazo. Corrió en pos de Angélique, que huía escalera abajo a toda prisa. Había ido desarmado, decidido a improvisar sobre la marcha, como solía hacer. Nervioso, febril y agotado, iba andando más que corriendo, mientras se preguntaba qué milagro lo mantenía aún en pie.

Pero ya había puesto en marcha la maquinaria y sabía que llegaría hasta el final.

En el segundo piso, Angélique intentó despistarlo por el laberinto del *palazzo.* Cruzó por el antiguo salón de baile, la biblioteca y una hilera de saloncitos. En todos ellos había frescos, arañas de Murano, estatuas de mármol, paredes tapizadas de seda y forradas de madera que aún olía a cera. Pero, por culpa de las obras inacabadas, todo aquel fasto desaparecía debajo de las cubiertas de polietileno. De los elevados techos colgaban cables eléctricos sin casquillo y las escaleras y borriquetas dificultaban el paso.

La tormenta y las vistas al Gran Canal siempre estaban cerca. Reaparecían una y otra vez, a la vuelta de una ventana o una vidriera, como una abertura sobre los elementos desencadenados. A Taillefer se le empezaba a nublar la mente. Ni siquiera el paracetamol podía ya evitar que la fiebre subiera en picado. En su cabeza, los personajes de los frescos parecían cobrar vida. Los cupidos, los sátiros, los *medici della peste* con su túnica de hule negro y su macabra máscara en forma de buitre. Aunque Taillefer hubiera perdido de vista a la joven, la seguía por instinto, rastreando el olor del miedo, como un animal. En el primer piso, una pasarela puente que pasaba por encima de un jardincito permitía acceder a otra ala del edificio y, luego, una escalera de caracol se hundía en las entrañas del *palazzo.* Seguro que

Angélique había pasado por allí.

Taillefer bajó los últimos peldaños a oscuras y llegó a una sala abovedada donde flotaba un olor a flor de azahar. Entornó los ojos y entrevió una chimenea inmensa, una estufa de hierro colado y una placa de cocina con sus quemadores y una batería de cazuelas de cobre antiguas. «Las antiguas cocinas…» Un tragaluz había cedido al embate del agua y esta entraba a borbotones, anegando las gruesas baldosas de gres. Con los pies en el agua, Taillefer avanzó a tientas, esquivó por los pelos una viga y…

Un relámpago refulgió en las paredes de piedra y Angélique Charvet apareció, como una dama blanca, espectral y aterradora. Armada con un cuchillo de cocina largo, se abalanzó sobre él, chillando, decidida a apuñalarlo. El poli sabía que era peligrosa, que ya había matado y no dudaría en hacerlo de nuevo.

La primera cuchillada fue el hombro. La recibió con fatalismo, sin ni siquiera esbozar un ademán para defenderse. Casi le sentó bien, como una sangría medicinal destinada a purgarlo de sus tormentos. Una herida más en aquel cuerpo viejo y agotado, enfangado en tormentos de los que se libraría para siempre. Angélique retiró la hoja y se preparó para clavarla de nuevo. Parte de él ya se había rendido, casi feliz de acabar con todo. En el fondo, ¿acaso no había recorrido ese camino para llegar hasta ese momento? ¿Acaso esa investigación no era como cruzar un laberinto cuya única salida era su propia muerte?

Cuando recibió la segunda cuchillada en pleno vientre, tampoco reaccionó. Notó que los ojos estaban a punto de cerrársele. Desde el principio eso era lo único que estaba esperando: desprenderse de ese dédalo para llegar a ser libre.

«¡La muerte, por fin!»

Hasta el sonido de las cuchilladas le resultaba agradable. El de la carne al desgarrarse, el absceso al reventar, la sangre ardiente que salpica hacia fuera, aliviada por escapar de un organismo putrefacto. El motor del coche se había calado hacía tiempo. Se preguntaba incluso cómo había logrado llegar hasta allí. Nadie lo echaría de menos. Salvo su perro, quizá.

A pesar de la escasa luz, distinguía el rostro de Angélique desencajado de ira, el pelo revuelto, los ojos de Gorgona. Él no era mejor que la asesina. De hecho, existía un extraño paralelismo entre el destino de ambos. También él había matado, también él había tenido que lidiar con su lado oscuro.

Angélique alzó el brazo para rematarlo.

Una lluvia de cuchilladas… Esa era la historia de su vida.

En un destello, volvió a ver los navajazos que había recibido en el vagón de metro dieciocho años antes. Los navajazos despiadados de Elias Abbes. Su cuerpo a modo de escudo para proteger a Alice Bakker. Superponía mentalmente esa escena como un calco de la que estaba viviendo. En ese *remake,* Angélique Charvet había sustituido al delincuente, pero la situación era la misma, aunque esta vez no había nadie para protegerlo. Volvía a vivir la escena con una precisión diabólica. El olor espeso y fétido del metro. La cara de cachondeo de los tres hijoputas que lo rodeaban, los borregos del vagón que se guardaban muy mucho de intervenir. Elias Abbes acuchillándole el cuerpo, como una fortificación, la última muralla que impedía que matara o hiriera a la chica. Era el papel que mejor se le daba: el del boxeador acorralado, el *sparring* que encaja los golpes antes de poder devolverlos. Tenía a su favor todas las virtudes de las personas laboriosas, las que no tienen ni entusiasmo ni talento: una resistencia y una tenacidad que, en determinadas circunstancias, rayaban en la valentía.

Cuando el cuchillo de Angélique caía sobre él por tercera vez, Taillefer giró el cuerpo en redondo y se desplomó de cabeza en el suelo.

El agua seguía subiendo y casi lo cubría por completo. Ya no se movía. Estaba en las últimas, esperando la muerte. Antes de que se lo llevaran las tinieblas, un último flujo de oxígeno le irrigó el cerebro. La chispa encendió un recuerdo intrigante: ese momento fugaz, entre los navajazos, en que se había vuelto buscando los ojos de Alice Bakker. Ambos cruzaron una mirada y, a pesar del peligro, él intentó mostrarle una cara reconfortante, hacerle entender que iba a protegerla, que tenía que aguantar unos segundos más, que el calvario acabaría pronto.

Volvía a vivir la escena con una precisión diabólica.

Se acordaba perfectamente de Alice Bakker. El cerco dorado de los iris, el hoyuelo de la barbilla, la dulzura del rostro a pesar del miedo.

Se acordaba perfectamente de Alice Bakker.

Ese rostro, esos ojos, ese hoyuelo.

Eran los de Louise Collange.

## 5.

En cuanto vio desplomarse a su agresor en el agua negruzca, Angélique soltó el cuchillo y se dio a la fuga. Subió por los mismos peldaños escurridizos para dejar atrás ese infierno. Estaba temblando, tenía el corazón desbocado como nunca, pero esa victoria sobre el enemigo le devolvía la esperanza en que no todo había acabado. Con

el vientre tenso, dispuesta a salvar el pellejo, subió hasta su cuarto. Se vistió con vaqueros, jersey ancho y playeras, metió unas cuantas cosas en una mochila, comprobó que llevaba dinero en metálico en el monedero y no se olvidó de meterse el pasaporte en el bolsillo.

«¿Adónde ir?»

Aún no lo sabía, pero tenía que salir de Italia. «¡Y deprisita!»

Sin bajar la guardia, volvió al vestíbulo que seguía estando desierto y salió del *palazzo*. Iba a salir airosa una vez más. Sabía mantener la calma en los momentos de crisis. A su cerebro reptiliano le gustaban el riesgo, los peligros, las situaciones bélicas.

La tormenta la golpeó en cuanto se asomó a la calle. Venecia se estremecía hasta los cimientos. Los elementos estaban desencadenados. El viento, la lluvia y las nubes color ocre cargadas de arena. Ya no quedaba nada estable. Del sur llegaban ruidos sordos como las recias pisadas de un monstruo sacado directamente de una película de catástrofes. Un *kaiju*ū dispuesto a arrancar la ciudad de raíz.

Angélique anduvo unos pasos bajo el aguacero. No había ni un alma. La Riva había vuelto, estaba amarrada en el embarcadero, cabeceando sobre las aguas del Gran Canal. No estaba segura de si sería capaz de conducirla, pero tenía que correr el riesgo. «No, tenía que aprovechar la ocasión.» Se dirigió hacia la lancha, desafiado las ráfagas saladas que la atacaban de frente.

La plataforma del embarcadero estaba anegada en humedad y niebla. No se veía a tres metros, pero Angélique tuvo el mal presentimiento de que la rondaba una presencia invisible. ¡Allí había alguien! ¿El tío al que había apuñalado y dado por muerto? ¿El guardaespaldas de los Sabatini? Dio un respingo y se volvió. La colorida fachada del palacio Veziano había desaparecido tras una densa bruma.

—Una segunda oportunidad…

Un gemido traspasó aquel espeso muro. O puede que su mente le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Por qué no me diste una segunda oportunidad? —preguntó la voz con mayor firmeza.

Angélique se dio media vuelta. Una silueta emergió de la bruma. Un hombre embutido en un chubasquero verdoso. Al principio, con la capucha de plástico que le tapaban la cabeza y las gafas graduadas cubiertas de gotas de lluvia calentorra, no lo reconoció. Hasta que, atónita, lo identificó.

«Corentin… Corentin Lelièvre…»

El periodista se erguía ante ella, tembloroso, con toda su mediocridad. Entre las manos crispadas sujetaba firmemente un remo

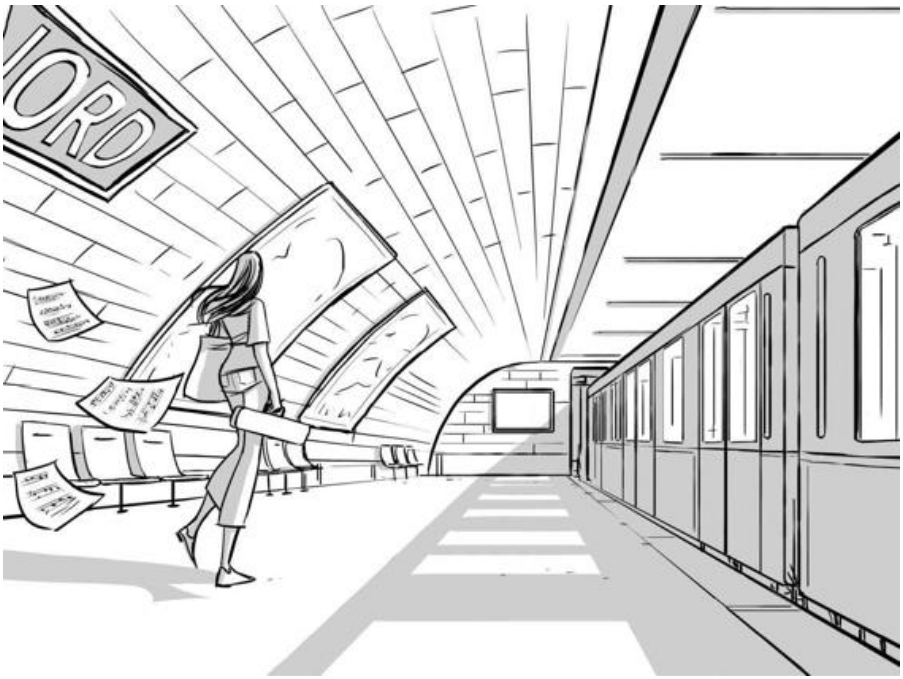
de gondolero. Una pértiga de madera gruesa y maciza con un extremo a rayas blancas y rojas, plana como una pala para tarta.

El tío ese no era trigo limpio, lo había sabido desde la primera mirada que cruzaron en ese bar, después de un día lluvioso. Pero ni siquiera así armado conseguía asustarla. Estuvo convencida hasta el último momento de que lograría razonar con ese pringado, pero cuando abrió la boca para amansarlo, él le asestó un remazo con la fuerza de un demente.

Angélique trastabilló, pensó que todavía podía escapar, pero el siguiente golpe la arrojó a las aguas del Gran Canal.

Y se hundió en un abismo de tinieblas.

# IV
# Fragmentos



Una marea histórica asola Venecia
31 de diciembre de 2021
Agenzia Nazionale Stampa Associata.

Una marea con un alcance excepcional de 1,91 metros se abatió el jueves sobre Venecia. Las olas de esta acqua alta, cuyos efectos se han acentuado por las violentas borrascas del siroco, han llegado mucho más allá de la plaza de San Marcos y la parte baja de la ciudad. Al parecer, ha afectado a más de las tres cuartas partes de Venecia. Se trata de la segunda marea más alta que se ha registrado en la ciudad de los Dogos desde la del 4 de noviembre de 1966 (1,94 metros).

El fenómeno meteorológico ha causado cuantiosos daños, además de colapsar el transporte y sumir a la ciudad en el caos. La subida del agua arrasó las terrazas de los cafés y restaurantes, y anegó las inmediaciones de los hoteles ubicados a lo largo del Gran Canal. La cripta y el atrio de la basílica de San Marcos quedaron inundados y por toda la ciudad se produjeron conatos de incendios que, por suerte, los bomberos consiguieron contener entre las más de 300 intervenciones que realizaron.

Cabe lamentar la muerte de al menos tres personas. En Dorsoduro, un panadero de 44 años falleció electrocutado cuando intentaba evacuar el agua de su obrador con una bomba de achique. Una residencia de ancianos de la isla de Pellestrina quedó inundada al penetrar una ola de lodo por uno de los vanos de la planta baja. El personal pudo salvar a una veintena de residentes, excepto a una mujer de 83 años que pereció ahogada. Por último, una joven francesa embarazada, Angélique Charvet, de 35 años, empleada de la Fundación Sabatini, falleció en las inmediaciones del palacio Veziano en una accidente cuyas circunstancias aún no se han esclarecido.

El coste de los daños materiales es faraónico (se habla de cientos de millones de euros) y ha motivado que el presidente del Consejo declare el estado de emergencia por catástrofe natural.

Aunque el viernes ya había bajado el nivel de las aguas, cientos de embarcaciones y góndolas sin amarrar seguían aún a la deriva en la laguna y los canales. Aunque el pico de la tormenta parece haber pasado, el Centro de Mareas no descarta que se produzcan otros episodios problemáticos en los próximos días.

Entre los venecianos predominaba un sentimiento de ira en las últimas horas. Aunque la ciudad de los Dogos sufre este tipo de mareas con cierta regularidad, el cambio climático ha agudizado su frecuencia e intensidad. Hace veinte años se iniciaron las obras de un proyecto de diques flotantes para proteger la ciudad de la subida de las aguas que debería estar operativo próximamente. Jamás había generado tantas expectativas.

# Después de la tormenta

*Viernes, 31 de diciembre de 2021.*

*Ospedale SS. Giovanni e Paolo.*

*Hospital público de Venecia.*

Hacía varias horas que la tormenta había amainado. Ya no soplaba el viento y un tranquilo sol invernal se demoraba en la laguna. Mirando solo el color del cielo, resultaba difícil imaginarse el cataclismo que acababa de arrasar Venecia. Debajo de las ventanas del hospital, se oía el *ballet* de los vecinos, comerciantes y hosteleros que se afanaban en secar y reparar lo que aún tenía arreglo. El agua bajaba poco a poco. La ciudad tardaría mucho tiempo en vendarse las heridas y se avecinaba un futuro difícil. Solo los vendedores de botas de agua, como los que se aprovechan de las guerras, estaban al acecho para colocarles sus existencias a los turistas burlones que, con la sonrisa en los labios, compartían en las redes sociales fotos con *hashtags* ridículos.

Mathias Taillefer, con un gotero en el brazo y un vendaje en la clavícula y en el bajo vientre, abrió los ojos sin saber exactamente dónde estaba. En algún punto del limbo, entre el cielo y la tierra, algún lugar de expiación, seguramente. En cualquier caso, aquel purgatorio tenía unos colores muy bonitos. Unos rayos dorados envolvían la habitación y a su cabecera estaba sentado un ángel.

Le costaba respirar y se le cortaba un poco el aliento. Sus ojos se cruzaron con los de Louise. El hoyuelo de la barbilla, el brillo de la mirada, las pupilas alerta, eran un reflejo luminoso de su personalidad. Todo había empezado cinco días antes en un hospital parisino y todo terminaba hoy en un hospital veneciano. Taillefer abrió la boca y articuló:

—Cómo me has… tomado el pelo.

Ella se inclinó sobre él. Él trató de hablar más alto:

—Está claro que no fuiste al Pompidou por casualidad. Sabías desde el principio quién era yo…

Louise asintió con la cabeza.

—Fue mi abuela biológica, Margharita Bakker, la que me contó la verdad cuando fui a verla a Rotterdam el año pasado.

—Alice nunca me contó que estaba embarazada —juró Taillefer.

—Lo sé —contestó Louise.

—No he vuelto a saber nada de ella desde 2003.

—Murió hace unos años. Ya se lo contaré.

Taillefer se llevó la mano al corazón.

—Creo que esta vez no lo voy a superar.

Ella se encogió de hombros.

—Pare de quejarse. Tiene pinta de estar como una rosa.

—¿Qué? —dijo él, atragantándose.

—Un par de cuchilladas en la tripa… Ahora ya está acostumbrado. Para usted no es nada del otro mundo, ¿no?

# El tribunal del punto de honra

*Jueves, 23 de diciembre de 2021.*

Como todas las mañanas cuando estaba en Venecia, Bianca Sabatini fue a tomarse el café a la Pasticceria Regazzoni. Gianluigi, el dueño, siempre le reservaba los mismos asientos al final de la barra. Bianca se acomodaba y se concedía una hora para vagabundear mentalmente y dedicarle tiempo a pensar en los problemas de la familia o la empresa.

Todo el mundo creía que Lisandro era el Padrino, el cabeza de familia, pero era una fábula. La jefa era ella. Desde siempre. Todas las decisiones importantes recalaban en ella. Sobre todo las más difíciles de tomar. Las zanjaba a conciencia, sin que le temblara el pulso.

Aquella mañana, un hombre vestido con una parka roja entró en la pastelería y se sentó al lado de Bianca.

Era Henri Pheulpin, el hombre de la capa roja, con el que había quedado allí temprano porque quería presentarle un caso al tribunal del punto de honra. Le puso delante un expediente que ella misma había elaborado minuciosamente y que recapitulaba los perjuicios que se le achacaban a Angélique Charvet.

—Jamás nadie había atacado así a nuestra familia —soltó Bianca con tono gélido.

Pheulpin bajó la cabeza para mirar el expediente y no pudo resistirse a echar un vistazo a las primeras páginas. Se trataba del informe de la autopsia del cuerpo exhumado de Marco Sabatini. Había algunos términos subrayados con rotulador fluorescente: «inyección de cloruro de calcio», «fibrilación», «acto manifiesto de envenenamiento».

—El lugar de esa chica no está en la tierra —siguió diciendo Bianca —. Está en el noveno círculo del infierno, junto a los traidores y los asesinos.

—El fallo se emitirá con la mayor brevedad —aseguró Pheulpin.

Se disponía a marcharse cuando Bianca lo retuvo por la manga.

—Tengo otro favor que pedirle. —Sacó otro expediente del bolso—. No soporto a los traidores, pero los soplones me asquean aún más — dijo alargándole una carpeta de cartón al hombre de la capa roja.

Pheulpin apartó las gomas. Dentro solo había un nombre y una foto. La de un treintañero bastante calvo y de perilla rala con una camiseta que pretendía ser graciosa y que rezaba: «HAY QUE SALVAR EL

PLANETA, ES EL ÚNICO DONDE HAY CERVEZA».

Muere un periodista en un accidente de patinete
2 de enero de 2022
Le Parisien.

Corentin Lelièvre, un periodista de 34 años, sufrió el atropello de un coche en el muelle de Jemmapes (distrito X) mientras circulaba en patinete.

Después de la colisión, el vehículo (un BMW X4 negro que, según los testigos, conducía un hombre con un anorak rojo) se dio a fuga sin detenerse.

Cuando llegaron los bomberos, nuestro colega ya había fallecido.

El STJA (Servicio de Tramitación Judicial de Accidentes) ha abierto una investigación para tratar de determinar las circunstancias exactas en las que se produjo la tragedia.

En los últimos meses, los accidentes mortales con patinetes implicados se han multiplicado en la capital. Muchos parisinos están ya hartos de las faltas de civismo que generan estos vehículos de dos ruedas y la falta de rigor de las autoridades, que parecen haber renunciado a imponer un orden mínimo. Por su parte, el Ayuntamiento se desentiende y atribuye la responsabilidad a los operadores privados que gestionan los patinetes de libre disposición, a los que acusa de escatimar esfuerzos para limitar la velocidad y organizar el estacionamiento de los aparatos.

# Syrinx

*París.*

*Estación Gare-du-Nord.*

*Octubre de 2003.*

Viernes por la noche. El andén de la línea 4 en dirección Porte-d'Orléans está lleno de gente.

Mathias Taillefer, de 29 años, vuelve a casa, en Montrouge. Su compañero y él se han pasado la tarde en el bulevar de Barbès comprobando coartadas para un caso de asesinato que afecta a la comunidad maliense de Montreuil. Va sorteando a los pasajeros. Echa un vistazo al reloj de pulsera: las diez menos cuarto. Se le ha pasado el tiempo sin sentir. Otra velada perdida para el ocio. Siempre le ha costado hacer transición entre el curro y la vida de paisano. Taillefer siempre ha llevado dentro una peculiaridad, una relación distante con el mundo, cierta melancolía. Esa noche, sin saber por qué, el esplín y la sensación de soledad son más punzantes.

Se sienta en uno de los asientos de plástico naranja para esperar el siguiente tren y se saca un libro del bolsillo de la cazadora: *El amor en tiempos del cólera* de García Márquez. Lee unas líneas, pero no tarda en alzar la cabeza, atraído por el zumbido de colmena del metro. Es su segunda naturaleza: estar siempre al acecho, alerta, garantizar la seguridad del perímetro que lo rodea. Se fija en los tejemanejes de dos carteristas, pero ellos, astutos, también se fijan en él y se esfuman sin más.

El tren entra en el andén y se detiene. Las puertas se abren, dejando salir un torrente de pasajeros. Es la noche de ir a cenar fuera y al cine, de quedar con los amigos y de marcharse de fin de semana.

Mathias duda entre dos vagones. No sabe que en ese preciso instante se está jugando el resto de su existencia. Que está viviendo uno de esos momentos decisivos que pueden cambiar una vida radicalmente y para siempre.

Mathias duda entre dos vagones. Él no lo sabe, claro, pero en el de la izquierda están Elias Abbes y sus dos acólitos, los navajazos, varios años puteado y un viaje al infierno. En el de la derecho, un trayecto anodino.

¿Izquierda o derecha?

De pronto, aparece en el andén la silueta de una mujer rubia, apresurada, vestida con chaqueta de color amarillo veneciano y camisa blanca. Lleva en bandolera un estuche de flauta travesera de marca Pearl y del bolso sobresale una partitura cuyo título consigue leer de pasada: *Syrinx* de Claude Debussy.

Ambos cruzan una mirada, se magnetizan. Mathias se sube al mismo vagón que ella. El de la izquierda. Por una sonrisa, un toque rubio en la grisalla, por unas notas de *Miss Dior,* por una expectativa de música, por un fulgor de complicidad en la mirada, por un hoyuelo en la barbilla.

La sirena silba. Las puertas se cierran. El tren arranca.

Sellando para siempre el destino de sus ocupantes.

# Alice Bakker

*París.*

*Septiembre de 2009.*

Había ido sin más intención que verla a ella. Había cogido el tren en Rotterdam a última hora de la mañana y había estado callejeando por París en torno al jardín de Les Grands-Explorateurs, donde estaba el colegio de Louise. Allí había esperado, un poco apartada, a que fuera la «hora de las mamás». La mamá era ella, pero nunca había ido a buscar a su hija al colegio.

Alice Bakker nunca había tenido ese instinto maternal que se glorifica en la sociedad, pero cuando le dijeron que padecía un cáncer incurable, la primera en quien pensó fue en ella: Louise, su hija de cinco años.

Fue el «padre» de la niña, Laurent Collange, el que la recogió al salir del cole. Rumbo al Jardín de Luxemburgo para merendar allí. Los siguió a bastante distancia para que no la reconocieran. La cabaña de los veleros de juguete, el estanque octogonal, la risa de los niños, las sillas de color verde agua y el *ballet* de las palomas: el encanto de aquel lugar seguía surtiendo efecto. Pero lo que la tenía hipnotizada era una niñita. Un resplandor atmosférico. Por muy difícil de creer que le resultara entonces, era ella quien la había llevado en su vientre durante nueve meses antes de darle la vida. Antes de que su cerebro desquiciado decidiera abandonarla.

De modo que en este mundo existía la perfección bajo los rasgos de una niña que saltaba a la pata coja entre los haces de luz que se filtraban a través de los castaños de Indias. Melena rubia y ondulada, un par de gafas graduadas, blusa con cuello bebé. ¡Ese color rubio era el suyo! También ella había sido rubia y guapa antes de convertirse en esa punki vieja y tatuada que ya no tenía nada luminoso.

A pesar de su transformación física, Laurent Collange la había reconocido de lejos. Alice nunca le había dicho a su excompañero que Louise no era su hija biológica. Obviamente, Laurent albergaba sus dudas, pero se había guardado muy mucho de hacer preguntas y se había entregado con gozo a la paternidad. En ese momento, Alice le leía en la cara el pánico de pensar que ella estuviera allí para quitarle esa maravilla. Pero no había ido para eso. Solo había ido para verla

por última vez. Para grabar mentalmente esa cara radiante con la esperanza de que esa imagen la reconfortara cuando llegara el momento de hundirse en las tinieblas.

# Una primavera libanesa

*Beirut.*

*Barrio de Achrafieh.*

*Abril de 2022.*

Taillefer había llegado el día antes desde París en el último vuelo de Middle East Airlines, que llevaba tres horas de retraso. Se alojó en un hotelito de Gemmayzeh y se quedó dormido enseguida, a pesar de la cama precaria y el calor agobiante.

Hasta aquella mañana no le dedicó tiempo a callejear por la capital. Ya había visitado la ciudad antes, a mediados de los años noventa, cuando Beirut era «la Suiza de Oriente Medio». En aquel entonces, esa ciudad tremendamente novelesca que no se parecía a ninguna otra lo había seducido.

Ahora todo había cambiado radicalmente. El país de los cedros estaba en plena tempestad, en la confluencia de múltiples crisis. La doble explosión del puerto de Beirut en pleno 2020 había precipitado al Líbano a un cataclismo sin precedentes. La vida cotidiana era un viacrucis. Alimentarse, tener electricidad, llenar el depósito de gasolina, recibir atención médica… era una auténtica carrera de obstáculos. A pesar de la resignación, la gente seguía siendo igual de afable. Taillefer se pasó la mañana de palique con las personas que se iba encontrando en los cafés y en las tiendas.

La una de la tarde. Hacía bochorno. Taillefer se armó de valor para subir las escaleras de San Nicolás. Ciento veinticinco peldaños cubiertos de pátina que subían hasta el barrio griego ortodoxo de Sursock, la mayor escalera al aire libre de Oriente Medio. La zona había sufrido mucho con la explosión. Muchas casas y edificios aún no se habían curado de sus heridas. El poli llegó hasta la iglesia ortodoxa de San Nicolás, rodeada de un extenso parque público. Se sentó en un banco, cerca de una gran fuente, y esperó. Se había enterado de que ahí era donde iba a comer Lena cuando hacía buen tiempo. La clínica veterinaria en la que trabajaba estaba a dos pasos, en la avenida Charles-Malek.

Sentía que se le aceleraba el corazón. Un corazón que no era del todo suyo. Aunque se había imaginado la situación una y otra vez, seguía temblando como una hoja. Durante los últimos meses, gracias a

Louise, había empezado a recomponerse y encarrilar su vida. Había recuperado un poco el ánimo, algo de confianza en la vida e incluso se había permitido el lujo de hacer planes de futuro. Fue Louise quien lo convenció de que valía la pena hacer ese viaje y de que tenía que aclarar las cosas con Lena. Se lo tomó con calma antes de dar ese paso. No estaba en su mejor momento, pero sabía que no debía esperar más. Tenía que sacarle partido a sus escasos avances. La vida era demasiado imprevisible y capaz de derribarte el castillo de naipes de un día para otro.

Llevaba diez minutos en el banco cuando la silueta de Lena apareció detrás de los surtidores de agua de la fuente. Taillefer se puso de pie, con valentía, aferrándose a lo que mejor se le daba: ponerse en la línea de fuego, haciendo gala de coraje y dispuesto a soportar todas las tempestades.

Pensó en Stella Petrenko, con quien compartía esa resistencia contra y por encima de todo, esa capacidad de levantarse, aun estando herido, desfigurado o dado por muerto. Pensó en Angélique Charvet, que había creído que podría forzar el destino e imponer su oportunidad. Pensó en Louise, que había surgido de un pasado que ignoraba por completo, un regalo inesperado de la vida que lo había salvado del infierno. La imagen mental del rostro de su hija lo sosegó y le dio esperanza. Y se dirigió a Lena dejando que hablara el corazón.

# El cementerio de Montparnasse

*París.*

*8 de octubre de 2022.*

Mathias había madrugado, como solía hacer ahora. La casa aún estaba dormida, pero el ojo del huracán pasaría dentro de pocos minutos. Dos tornados, Baptiste, de nueve años, y Anna, de siete, no tardarían en levantarse e inundar toda la casa con sus álbumes de Panini, sus construcciones de Lego y sus figuritas de Harry Potter.

Mathias trajinaba en la cocina: mantequilla, miel cremosa, mermelada, tostadas y zumo de naranja que exprimía personalmente con sus manazas.

Las clases empezaban a las ocho y media. Todas las mañanas, llevaba a los dos trastos al colegio: veinticinco minutos a pie desde su casa hasta el bulevar Edgar-Quinet y repetir la jugada en sentido contrario al final de la tarde.

Sentía que estaba donde le correspondía. Era un engranaje en un proyecto colectivo superior a él. La vida en común con Lena y los niños le había dado sentido a su existencia. Un anclaje positivo que siempre había estado buscando. Había restaurado su corazón hecho añicos siguiendo un poco la técnica *kintsugi,* el arte ancestral japonés que consiste en reparar los objetos de cerámica con laca y polvo de oro. Sus cicatrices resultaban visibles, no como si fueran un trofeo, no con la ingenua pretensión de que «lo que no me mata me hace más fuerte», sino sencillamente en señal de aceptación. Los golpes que había recibido lo habían puesto a prueba, pero no lo habían quebrado tanto como para empeñar cualquier esperanza de futuro.

Después de dejar a los niños en el cole, a menudo volvía a casa atajando por el cementerio de Montparnasse. Allí deambulaba entre las tumbas. A lo largo de esas visitas, había aprendido a disfrutar de la compañía de los muertos, a hablar con ellos, y esas conversaciones le sentaban bien.

Simon Verger, el hombre cuyo corazón llevaba, no estaba enterrado allí, sino en el departamento de Loira Atlántico. Daba lo mismo. Mathias no necesitaba ese tipo de promiscuidad, dado que vivía con el corazón de Simon en el pecho. Le daba casi a diario noticias de los niños y Lena, le contaba su nueva vida en París y se esmeraba en que

comprendiera que no había ocupado su lugar, sino que estaba allí como vigía. Y que, si algún día un peligro amenazaba a su familia, él se interpondría con su cuerpo. Se llevaría los puñetazos, las cuchilladas, los proyectiles, las balas. Era algo que sabía hacer.

Mathias Taillefer no creía en Dios, pero pensaba que quizá, allá en lo alto, Simon Verger estaba viéndolo todo y se lo agradecía.

# Referencias

Primera cita en el arranque del libro: Patricia Highsmith, *Diarios y cuadernos 1941-1995* (Anagrama, 2022; trad. de Eduardo Iriarte Goñi) / Georges Simenon, *Portrait souvenir de Georges Simenon : entretien avec Roger Stéphane* (Quai Voltaire, 1989)[4];[5]Inicio del capítulo 1 - La joven del violonchelo: Gustave Flaubert; Carta a Louise Colet del 23 de octubre de 1851*; Inicio del capítulo 2 - La caída de Stella Petrenko: Haruki Murakami, *Kafka en la orilla* (Tusquets, 2006; trad. de Lourdes Porta Fuentes); Inicio del capítulo 3 - La investigación imposible: André Gide; *El inmoralista* (Debolsillo, 2010; trad. de Enrique Ortenbach García); Capítulo 3 - La investigación imposible - punto 4: «No existe una edad para amar. Lo que sí existe, y se pasa, es la edad de ser amado», Henri Béraud, *El martirio del obeso* (Tropo editores, 2013; trad. de Verónica Fernández Camarero); Inicio del capítulo 4 - Una época insensata: Louis Aragon, «Bierstube Magie allemande», en *Le Roman inachevé* (Gallimard, 1956)*; Inicio del capítulo 5 - Los dos lados de la barrera: William Shakespeare (atribuido)*; capítulo 5 - Los dos lados de la barrera - punto 4: «El infierno de los pobres es lo que constituye el paraíso de los ricos», Victor Hugo, *El hombre que ríe* (1869)*; Inicio del capítulo 6 - Un poco loca: Anatole France, *El crimen de Sylvestre Bonnard* (1881)*; Inicio del capítulo 7 - Situarse donde corresponde: Georges Simenon, *Los escrúpulos de Maigret* (Presses de la Cité, 1958)*; Inicio del capítulo 8 - Dar el paso: Louis-Ferdinand Céline, *Mea Culpa* (Denoël et Steel, 1936)*; Inicio del capítulo 9 - Una hija de la familia: Jean Renoir; *La regla del juego, 1939*;* Inicio del capítulo 10 - Sin dejar rastro: Fiódor Dostoyevski, *Crimen y castigo* (Alianza Editorial, 2021; trad. de Juan López-Morillas); Inicio del capítulo 11- *Hikikomori:* Anton Chéjov, *El tío Vania* (en *La gaviota. El tío Vania. Las tres hermanas. El jardín de los cerezos,* Cátedra, 2022; trad. de Isabel Vicente); Inicio del capítulo 12 - La plaza de l'Étoile: André Malraux, *Antimemorias, El espejo del limbo I* (Debolsillo, 2022; trad. de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego); Inicio del capítulo 13 - El orden y el desorden: Paul Valéry, *La Crise de l'esprit* (Nouvelle Revue Française, 1919)*; Inicio del capítulo 14 - El síndrome del corazón roto: Patricia Highsmith, *Small g: un idilio de verano* (Anagrama, 1995; trad. de Elsa Mateo); Inicio del capítulo 15 -

El hombre de la capa roja: Alexandre Dumas, *Los tres mosqueteros* (Alianza Editorial, 2022; trad. de Mauro Armiño); Inicio del capítulo 16 - La noche oscura del alma: Jean Giono, *La Chasse au bonheur* (Gallimard, 1988)*; Inicio del capítulo 17 - Lena Khalil: Jerzy Kosinski, *El pájaro pintado* (Debolsillo, 2011; trad. de Eduardo Goligorsky Golubofsky); Inicio del capítulo 18 - Dos asesinos en la casa: Roger Munier, *Requiem* (Arfuyen, 1989)*.

**Otros autores y obras citados**

Capítulo 1 - La joven del violonchelo - punto 2: François Pignon, *La cena de los idiotas,* película de Francis Veber, 1998; Capítulo 2 - La caída de Stella Petrenko - punto 4, «Me a matao Omar», *Omar m'a tuer,* película de Roschdy Zem, 2011; Capítulo 6 - Un poco loca - punto 3: canción *S'il suffisait d'aimer,* Céline Dion, letra de Jean-Jacques Goldman*; Capítulo 9 - Una hija de la familia - punto 3: «Érase un rey de Tule», Charles Gounod, *Fausto,* libreto de Jules Barbier y Michel Carré*; Capítulo 10 - Sin dejar rastro - punto 3: «El hombre es un mísero montoncito de secretos», André Malraux, *Los nogales del Altenburg* (Comares, 2001, trad. de Juan Hilario Martínez); Capítulo 10 - Sin dejar rastro - punto 4: «No hay secreto que el tiempo no desvele», Jean Racine, *Británico**; El cementerio de Montparnasse: sobre el *kintsugi,* véase el hermoso texto de Christophe André en la revista *Kaizen* n.º 33 (2017).

Por exigencias del decorado, he cambiado ligeramente algunas fechas, como la de la reapertura de la noria de las Tullerías (Inicio del capítulo 4 - Una época insensata), la del montaje de Christo y Jeanne-Claude (Inicio del capítulo 12 - La plaza de l'Étoile) o la de la instalación del MOSE de Venecia (Una marea histórica asola Venecia).

Los editores de esta novela han hecho su mejor esfuerzo por reproducir fidedignamente los extractos de las obras citadas, así como por obtener su respectivo permiso de mención siempre y cuando ha sido posible.

**Ilustraciones: © Matthieu Forichon**

---

[4]* Traducción de la cita: Amaya García Gallego.

[5]* Traducción de la cita: Amaya García Gallego.

Título original: *Angélique*

Edición digital: 2023

*Angélique* by Guillaume Musso
© Calmann-Lévy, 2022
© de la traducción: Amaya García Gallego, 2023
Ilustrations © Matthieu Forichon
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
**www.AdNovelas.com**

ISBN ebook: 978-84-1148-422-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

# Contenido


I. Louise Collange

1. La joven del violonchelo
2. La caída de Stella Petrenko
3. La investigación imposible
4. Una época insensata

II. Angélique Charvet

5. Los dos lados de la barrera
6. Un poco loca
7. Situarse donde corresponde
8. Dar el paso
9. Una hija de la familia

III. Mathias Taillefer

10. Sin dejar rastro
11. *Hikikomori*
12. La plaza de l'Étoile
13. El orden y el desorden
14. El síndrome del corazón roto
15. El hombre de la capa roja
16. La noche oscura del alma
17. Lena Khalil
18. Dos asesinos en la casa

IV. Fragmentos

Después de la tormenta

El tribunal del punto de honra

Syrinx

Alice Bakker

Una primavera libanesa

El cementerio de Montparnasse

Referencias

Créditos